

Los Niños Villistas

UNA MIRADA A LA HISTORIA DE LA INFANCIA EN MÉXICO, 1900-1920



BEATRIZ ALCUBIERRE

TANIA CARREÑO KING

Secretaría de Gobernación ■ Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana

s Villistas

INFANCIA EN MÉXICO, 1900-1920

BEATRIZ ALCUBIERRE TANIA CARREÑO KING

Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana

MÉXICO, 1996

SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN

LIC. EMILIO CHUAYFFET CUEMOR
Secretario de Gobernación

LIC. ARTURO NÚÑEZ JIMÉNEZ
Subsecretario de Gobierno

DR. JOSÉ NATIVIDAD GONZÁLEZ PARÁS
Subsecretario de Desarrollo Político

LIC. RAFAEL RODRÍGUEZ BARRERA
Subsecretario de Asuntos Jurídicos y Asociaciones Religiosas

LIC. CÉSAR BÉCKER CUÉLLAR
Subsecretario de Población y Servicios Migratorios

LIC. JUAN RAMIRO ROBLEDO RUIZ
Subsecretario de Protección Civil y de Prevención y Readaptación Social

LIC. AUSENCIO CHÁVEZ HERNÁNDEZ
Oficial Mayor

LIC. SERGIO DOMÍNGUEZ VARGAS
Contralor Interno

LIC. DAVID LÓPEZ GUTIÉRREZ
Director General de Comunicación Social

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

DRA. GUADALUPE RIVERA MARÍN
Vocal Ejecutiva del INEHRM

LIC. ROCÍO GONZÁLEZ HIGUERA
Directora de Difusión

LIC. LETICIA E. BARRAGÁN LÓPEZ
Directora de Investigación

Consejo Técnico

DR. GASTÓN GARCÍA CANTÚ, DRA. MA. DEL REFUGIO GONZÁLEZ,
DR. ÁLVARO MATUTE AGUIRRE, DR. SANTIAGO PORTILLA,
MTRA. BERTA ULLOA ORTIZ Y DR. FAUSTO ZERÓN-MEDINA.
Secretaría técnica: LIC. MA. TERESA FRANCO Y GONZÁLEZ SALAS

BENIGNO CASAS
Producción editorial

JAVIER DÍAZ PERUCHO
Cuidado de la edición

MIGUEL MARÍN
Diseño

Primera edición: 1996
DR © 1996, Secretaría de Gobernación
Abraham González núm. 50, Col. Juárez
CP 06699, México, DF
DR © 1996, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de la Revolución Mexicana
Francisco I. Madero núm. 1, Col. San Ángel
CP 01000, México, DF
Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 970-628-191-6
IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
Capítulo I	
EL MÉXICO DEL NORTE	15
EL ESCENARIO	17
LOS ACTORES	27
Capítulo II	
LOS MUNDOS DE LA INFANCIA	35
EL ESTADO PORFIRISTA FRENTE A LA INFANCIA	37
EL IDEAL IMAGINADO	55
LA INFANCIA OLVIDADA	67
LA NIÑEZ CAMPESINA	75
Capítulo III	
¡VÁMONOS CON PANCHO VILLA!	87
LA DIVISIÓN DEL NORTE	89
EL NUEVO ESPACIO DOMÉSTICO	101
LAS SOLDADERAS	119
EL NACIMIENTO	133
NIÑOS EN EL CAMPO DE BATALLA	151
LA MUERTE NIÑA	165
Capítulo IV	
VILLA Y LOS NIÑOS	177
FRANCISCO VILLA, PROTECTOR Y BENEFactor DE LA NIÑEZ	179
LA VIDA EN CANUTILLO	193
CONCLUSIONES	205
CRONOLOGÍA	211
FUENTES	231

INTRODUCCIÓN





HACIA UNA HISTORIA DE LA INFANCIA

EL HISTORIADOR FRANCÉS ERNEST LABROUSSE SUGIRIÓ ALGUNA VEZ QUE EL ESTUDIO DE las revoluciones debería hacerse revisando no lo que cambia, sino lo que permanece. Siguiendo su idea, el propósito central del presente trabajo consiste en observar, a través del papel desempeñado por los niños en el contexto específico del movimiento villista, el grado de permanencia de las estructuras básicas del grupo doméstico campesino del norte del país durante el transcurso del movimiento armado. Para ello se consideró necesario acceder a uno de los terrenos menos estudiados por la historiografía mexicana: el de la infancia. Así, se presenta, a manera de escenario general, una mirada a la historia de la infancia en México durante las dos primeras décadas del siglo XX. Mirada que penetra en los diferentes ámbitos de la vida infantil para descubrir que no existe uno, sino varios mundos infantiles, los cuales demandan y merecen estudios profundos y especializados que contribuyan a la construcción de una historia más humana y comprensible.

La elección del movimiento villista como el escenario particular de esta recreación de imágenes responde a dos motivos: el primero se identifica con la conformación de las tropas, definidas como populares, de origen fundamentalmente rural y, en gran medida, juveniles. Dicha conformación permitió que el espacio doméstico, construido y habitado por las familias unidas al movimiento, se convirtiera en un espacio móvil. El segundo motivo concierne a ciertos rasgos en el carácter de Pancho Villa, los cuales lo llevaron a establecer una especial relación con los niños, tanto en su vida de caudillo como en su vida personal, identificándose plenamente con su propia forma de concebir la Revolución Mexicana.

Este trabajo es sólo una primera aproximación cuya pretensión consiste en plantear un nuevo tipo de cuestionamiento en torno a la historia de la infancia y, en particular, a la historia del villismo. De esta investigación surgen más preguntas que respuestas, no sólo en cuanto al tema en sí, sino también respecto al método y las fuentes más adecuados para abordarlo.

Aunque a veces provoca cierta confusión, la historia de la vida cotidiana no se limita a la simple recopilación de anécdotas y descripciones concernientes a usos y costumbres —por ser ajenos a nuestra propia cotidianidad—, hoy pudieran parecer curiosas e, incluso, divertidas. Lejos de ello, su propósito fundamental establece lazos con la exploración de los procesos subterráneos, profundos, que rigen los motores del cambio y la permanencia, más allá del mero acontecimiento político y militar. Como bien explica Rafael Torres Sánchez: “Si a algo debe conducir el estudio de la vida cotidiana es, precisamente, al encuentro de la relación que guardan los acontecimientos menudos de la vida diaria con el proceso histórico que, desbordándolos, los sustenta y les imprime características y especificidades propias, según el tiempo y el espacio en que el observador fije la atención...”¹

Es, justamente, en el ámbito de lo cotidiano donde se manifiesta, privada o públicamente, todo cuanto se transforma con mayor lentitud y es, asimismo, compartido por el conjunto de una comunidad en particular: sistemas colectivos de pensamiento (códigos de conducta, creencias, formas de expresión, cosmologías e imaginarios), los cuales abarcan periodos temporales de larga duración.

Para dar al concepto de familia una connotación más amplia, los antropólogos sociales han acuñado el término *grupo doméstico*, el cual no se reduce al resultado de la unión entre un hombre y una mujer —que en buena medida se funda sobre bases biológicas—, ni se refiere tan sólo a los lazos sanguíneos. El grupo doméstico consiste en todas las personas que cohabitan bajo un mismo techo, compartiendo el espacio físico destinado a los propósitos de comer, dormir, descansar, recrearse, cuidar a los niños y procrear.²

Así entendida, la familia es el primer contacto del ser humano con la sociedad dentro de la cual ha de desarrollarse. Es el ámbito donde cada individuo, sin excepción, se convierte en lo que se ha llamado *ente histórico*: conoce y asimila el entorno físico y social, asume un rol que le compete exclusivamente con todo y sus funciones implícitas; aprende códigos de lenguaje y comportamiento y, al mismo tiempo, contribuye a la transformación de dichas estructuras a partir de su práctica cotidiana. De tal suerte, el salto de la historia de la familia a la historia de la infancia resulta inevitable. La forma como cada sociedad reinterpreta el hecho natural del nacimiento, estableciendo un patrón de crian-

¹ Rafael Torres Sánchez, *Revolución y vida cotidiana: Guadalajara, 1914-1934*, p. 2.

² Peter Laslett, “Historia de la familia”, en Pilar Gonzalbo (comp.), *Historia de la familia*, p. 45.

za y desarrollando su propio concepto de niñez, constituye una particularidad que, asimismo, representa un reflejo del proceso histórico en el cual se configura.

Ahora bien, ya inscritas dentro de un proceso histórico cambiante por definición, tales manifestaciones de la vida cotidiana, desde luego, se transforman con el paso del tiempo, aunque dicha transformación es un fenómeno lento, imperceptible para quienes lo viven.

Por lógica, en un contexto turbulento, como lo fue la Revolución Mexicana, las estructuras de lo cotidiano entran en un estado de vulnerabilidad que acelera su proceso natural de transformación. Dicha apreciación no es igualmente válida para todos los ámbitos de la acción humana, ni para todas las regiones afectadas por un movimiento revolucionario.

El principal problema que representa la historia de la vida cotidiana para quien desee estudiarla es, por un lado, lo escurridizo de la naturaleza de su materia —“la vida viva, en el momento de ocurrir”—,³ y por otro, la inexistencia de un consenso académico en cuanto a las fuentes y el método de investigación. “Al caos de la cotidianidad —expone Torres Sánchez— corresponde el caos de las fuentes para su estudio. Aquí, la estrategia radica en seguir pistas, en traducir huellas, en atisbar a fondo los indicios para, a partir de ellos, reconstruir y explicarse relaciones de contexto [...] aquí, puesto que se trata de la vida cotidiana, de su ambiente inmediato, sobresale el particular, el individuo, no el grupo, no el estrato o clase social a los que pertenece, por más que contribuyen a explicarlos [...]”⁴

Así las cosas, para esta búsqueda de “indicios”, en gran medida intuitiva, ha sido utilizada una heterogénea combinación de fuentes: en primer lugar, una investigación hemerográfica, centrada fundamentalmente en la década de 1900 a 1910, permitió trazar, a grandes rasgos, el concepto tradicional de infancia, compartido por el Estado porfiriano y las familias pertenecientes a las clases media y alta. Dicho concepto funcionó como suerte de parámetro para establecer, en forma hasta cierto punto indirecta, el concepto de infancia en el mundo rural anterior a la Revolución.

Por otra parte, se recurrió a un segundo tipo de fuentes, que podrían calificarse como “testimonios personales”, los cuales incluyen memorias y autobiografías de veteranos villistas, crónicas de periodistas y observadores —algunas veces extranjeros—, y testimonios orales de antiguos soldados —en su mayoría niños al momento de la Revolución—. Además, fueron revisadas algunas narraciones —relatos, cuentos y novelas de corte realista—, de las cuales se aprovecharon ciertas descripciones y estereotipos basados en hechos reales, dado su carácter en buena medida autobiográfico.

³ Rafael Torres Sánchez, *op. cit.*, p. 6.

⁴ Siguiendo el “método indiciario” de Carlo Ginzburg, en *ibidem*, p. 62.

Por último, y quizá sea el punto más importante, se encuentra el vasto universo de fotografías tomadas antes y durante la Revolución, que descubren a la vista, aunque sea por instantes, espacios, objetos y gestos de la vida cotidiana.

De todas estas fuentes se desprende una diversidad de visiones particulares y subjetivas que han permitido esbozar, apenas, una serie de imágenes en torno a la vida familiar y los mundos infantiles que convivían en el México de principios de siglo y, específicamente, en el contexto del movimiento villista.

Este trabajo ha sido estructurado en cuatro capítulos que corresponden a cuatro diferentes niveles de aproximación al tema:

“El México del Norte” consiste en un breve marco geográfico e histórico cuya finalidad es ubicar el contexto espacial, temporal y social, donde se originó el movimiento villista. A grandes rasgos se observa que los actores sociales que habitaban el norte del país en la etapa inmediatamente anterior a la Revolución constituían un tejido heterogéneo y conformaban distintos tipos de familias, las cuales, a su vez, daban origen a variadas formas de concebir la infancia.

Así pues, el segundo capítulo, “Los mundos de la infancia”, da cuenta de diversas actitudes asumidas por la sociedad porfiriana ante la niñez: la del Estado paternalista, la de las clases medias y altas (con sus afanes de progreso), y la observada frente a los menores pertenecientes a las clases trabajadoras, quienes en cierto sentido fueron ignorados como *niños*. Particularmente, se hace hincapié en el concepto de niñez compartido por las familias campesinas, pues éste permeó las relaciones familiares dentro del contexto en el movimiento villista.

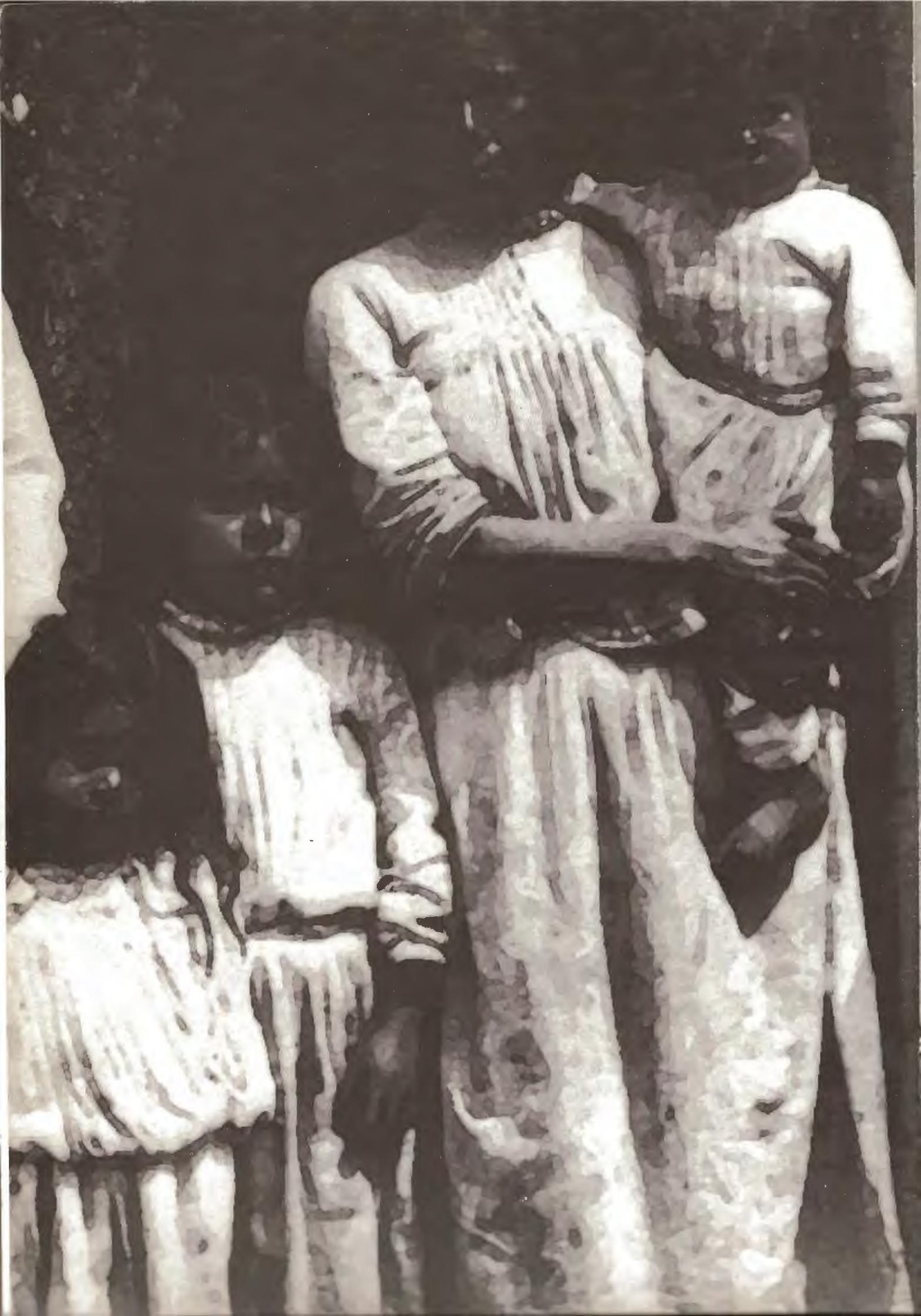
La parte central de este trabajo la constituye el tercer capítulo, “¡Vámonos con Pancho Villa!”, donde se aborda específicamente la presencia familiar e infantil en las filas del ejército villista, además es descrito el papel desempeñado por los niños en los diferentes ámbitos de la vida cotidiana a lo largo del movimiento.

Finalmente, en el último capítulo, “Villa y los niños”, es rescatada, a partir de una serie de anécdotas, la preocupación del caudillo por la infancia. Actitud identificada no como una prueba más del supuesto carácter contradictorio de su personalidad (al mismo tiempo brutal y sensible), sino como una de las manifestaciones de su ideario como líder revolucionario.

Capítulo I

EL MÉXICO DEL NORTE





EL ESCENARIO

Con los últimos destellos del sol, el desierto era una cosa resplandeciente.

Íbamos por una tierra silenciosa, encantada, que parecía un reino submarino. Había en todo el contorno enormes cactus de colores rojos, azules, púrpura, amarillos, a semejanza del coral en el lecho del océano [...] Rumbo al oriente, bajo un cielo en que ya aparecían las estrellas, estaban las rugosas montañas [...] Era una tierra para amarse —este México—, una tierra para luchar por ella.

JOHN REED, *México Insurgente*.

LOS DESIERTOS, VALLES, RÍOS, MONTAÑAS, PUEBLOS Y CIUDADES, FONDO Y PAISAJE DEL movimiento villista, se localizan, geográficamente, en el extenso estado de Chihuahua y en la región de La Laguna, que se dilata por los suelos de Durango, Coahuila y Zacatecas.

Desde su colonización pionera, estas regiones se vieron envueltas en un proceso de formación con características distintas a las del resto del país. Se trataba de inabarcables extensiones territoriales, con escasa presencia de asentamientos indígenas, y cuya riqueza fue ubicada por los conquistadores españoles en los yacimientos de oro y plata. Tardíamente —respecto a la colonización del centro y sur del país—, la zona se fue poblando con españoles que se mudaban a la entonces provincia de Nueva Vizcaya con la intención de explotar para la Corona los yacimientos mineros recién descubiertos.

Paralelo al desarrollo minero, se fueron otorgando, a costa de las antiguas tierras de la población indígena, enormes extensiones de tierra a los españoles para su explotación agrícola y ganadera. Por otra parte, en el territorio que hoy abarca el estado de Chihuahua, la Corona repartió concesiones de tierra —además de beneficios como la exención de impuestos por diez años y, finalizado este periodo, tasaciones muy reducidas, además de plenos derechos de ciudadanía que muchos indígenas del México central no tuvieron jamás— a las colonias militares con el objeto de frenar los continuos ataques de las tribus apaches y comanches.

La bonanza económica que llegaron a tener estas regiones en la época colonial decayó al finalizar la guerra de Independencia: la minería se estancó por la falta de recursos e inversiones, situación que repercutió en las actividades agrícolas: grandes parcelas de

tierra dejaron de cultivarse debido a la disminución de la demanda —proveniente de los centros mineros— de granos, ganado y otros productos. Así, durante buena parte del siglo XIX, el norte del país se distinguió por sus vastas zonas desérticas y despobladas, en las que apenas se dibujaban unos cuantos latifundios y otros tantos poblados.

Sin embargo, conocidas por sus áridos desiertos, calurosísimo clima y por el peligro que representaban las tribus de indios apaches y comanches, dichas regiones se convirtieron, a partir de 1876, en uno de los centros agrícolas, industriales y mineros más importantes del Porfiriato, en prototipo del México progresista.

El cultivo de algodón en La Comarca Lagunera, cosechado desde las postrimerías de la Colonia, se convirtió para finales del siglo XIX en la actividad más productiva de los latifundistas. La política económica de Porfirio Díaz benefició el auge de esta región al ofrecer a los plantadores exenciones de impuestos, concesiones especiales, préstamos garantizados, protección arancelaria y precios de garantía.¹ En suma, se ofreció a los interesados las facilidades para colonizar y explotar la tierra antes olvidada de La Laguna. El impulso final que promovió la bonanza de la región fue la construcción del ferrocarril y la instalación de una estación en el —entonces— pequeño rancho de Torreón, Coahuila, que comunicaba a La Laguna, por el norte, con Ciudad Juárez y la frontera de Estados Unidos; por el sur, con la ciudad de México. De esta manera, con la inauguración del Ferrocarril Central —marzo de 1884—, la aislada Comarca Lagunera aceleró su crecimiento económico y demográfico durante las dos últimas décadas de la centuria anterior.

Las concesiones del gobierno porfirista no sólo beneficiaron a los algodoneros, también sus licencias abarcaron otra de las ramas básicas de la economía del país: la minería. Las montañas que bordean la frontera occidental de La Laguna ofrecieron sus yacimientos mineros a los acaudalados inversionistas —entre quienes se encontraban los Guggenheim y los Madero—. De esta manera, el algodón, los minerales, el descubrimiento (en 1902) de un medio para extraer hule del guayule silvestre y la entrada del ferrocarril a Torreón y Gómez Palacio, transformaron violentamente el paisaje de la región.

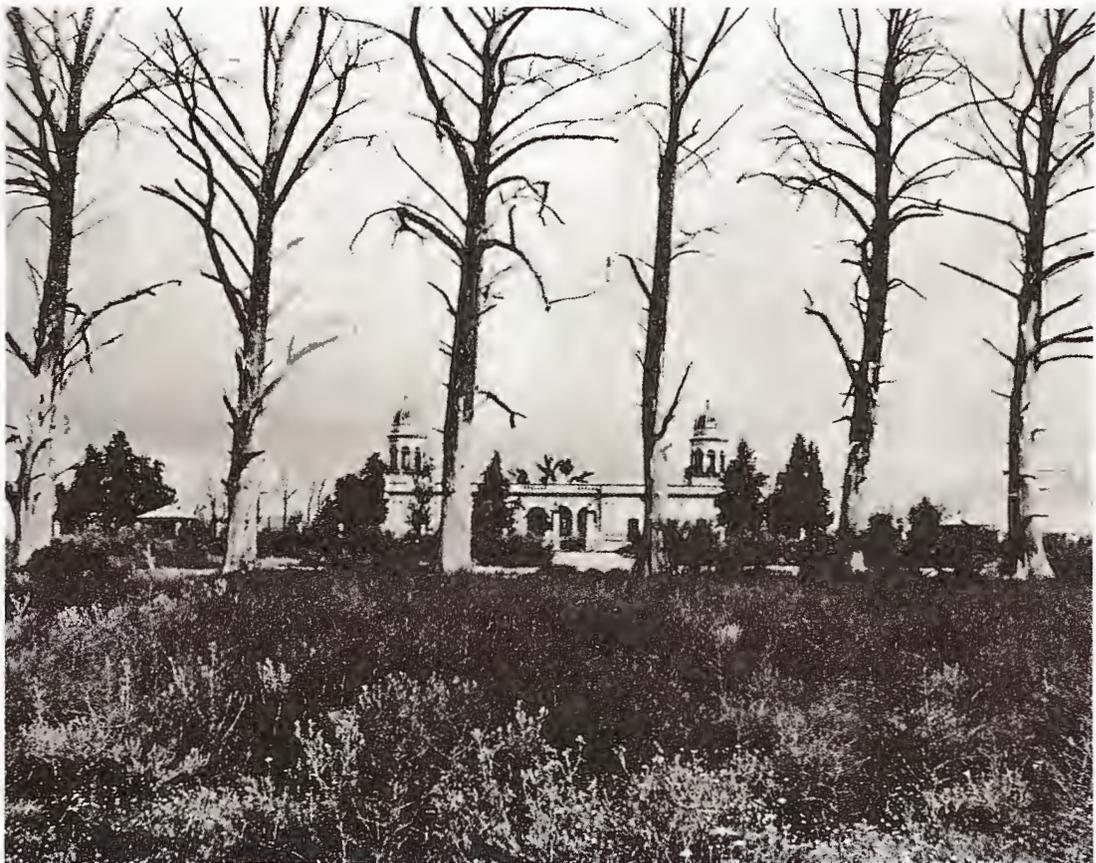
La dimensión del cambio se observa en el solo ejemplo de las ciudades de Torreón y Gómez Palacio. Cuando Porfirio Díaz llegó por primera vez al poder, Torreón no aparecía siquiera en el mapa de la República; en 1910 la ciudad tenía más de 40 000 habitantes, calles pavimentadas, luz eléctrica, teléfonos y una línea de tranvías urbanos. Gómez Palacio, por su parte, pasó de 7 680 habitantes en 1900, a 42 846 en 1910; la zona industrial que formaban Torreón y Gómez Palacio empleaba a más de diez mil trabajadores, y sus fábricas producían hule, jabón, harina, textiles, cerveza y glicerina.²

¹ William K. Meyers, "La segunda División del Norte: formación y fragmentación del movimiento popular de La Laguna, 1910-1911", en Friedrich Katz (comp.), *Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, vol. II, p. 116.

² Vid. Eduardo Guerra, *Historia de Torreón, su origen y sus fundadores*, pp. 93-96.



Enrique Ramírez Leyva y Francisco Muñoz



Enrique Ramírez Leyva y Francisco Muñoz



Enrique Ramirez Leyva y Francisco Muñoz

El paisaje de Chihuahua también sufrió una importante transformación a partir de 1885, fecha en que fue derrotado el más importante contingente de apaches y, coincidentemente, año en que se inauguró la primera línea ferroviaria que unía al México central con el suroeste de Estados Unidos, cuyo tendido corría a través de Chihuahua. Esto provocó que el valor de las tierras se elevara considerablemente y, en beneficio de unos cuantos terratenientes, se decidiera prescindir de las colonias militares. Una gran parte de sus tierras fue expropiada a los antiguos colonos e incluso éstos perdieron la autonomía municipal que habían detentado por largo tiempo.

Así, para 1910, el gobierno porfirista podía estar orgulloso de la transformación y auge económico que vivía el norte del país; empero, como en el resto de la República, los frutos del progreso se concentraron en unas cuantas manos, dejando desprotegida y sin oportunidades a la mayor parte de la población. El vasto territorio que formaban los estados de Chihuahua y Durango se encontraba repartido en unas cuantas familias dueñas de la tierra y, por tanto, de sus beneficios.

Tan sólo en el caso de Durango, cuya extensión territorial sumaba un poco más de 12 000 000 de hectáreas, había 30 propietarios de haciendas —ganaderas en su mayoría— con más de 50 000 hectáreas; 42 propietarios de haciendas, las cuales abarcaban entre 20 000 y 50 000 hectáreas; 73 haciendas que comprendían entre 10 000 y 20 000; 59 pequeñas haciendas de 5 000 a 10 000; 186 ranchos cuya superficie ascendía de 1 000 a 5 000 hectáreas.³ Después de estas grandes posesiones se encontraban las que constituían la pequeña propiedad —fincas menores a 1 000 hectáreas—, patrimonio de los sectores medios rurales. Finalmente, existían poco más de 3 000 agricultores a quienes pertenecían pequeñas parcelas ubicadas en los terrenos de los pueblos de la región, que en su totalidad no sumaban 50 000 hectáreas. Éstos sufrieron constantemente el embate de los grandes latifundistas, quienes al extender los linderos de sus propiedades se apropiaban, mediante sentencias judiciales, compra o simple despojo violento, de las parcelas de los pueblos vecinos.

En Chihuahua, la situación era más extrema, pues coexistían dos tipos básicos de propietarios: hacendados y rancheros. Estos últimos habían adquirido sus tierras ya sea de la Corona española durante los últimos años del siglo XVIII, o bien del gobierno mexicano en la década de 1860 —como parte de los programas de las colonias militares, conocidas como presidios, cuyo objeto era frenar los ataques ofensivos de los indios—. Los hacendados, en cambio, eran más recientes, pues la mayoría había recibido sus grandes extensiones territoriales de las compañías deslindadoras a partir de 1880. Los hacen-

³ Memoria presentada al Congreso del Estado por el gobierno del mismo sobre los actos de la administración pública, durante el periodo del 16 de septiembre de 1904 al 16 de septiembre de 1906, Durango, Imprenta del Gobierno, 1906.

dados, no obstante, vieron la posibilidad de extender sus propiedades a costa de los pequeños propietarios. La Ley Municipal de la Tierra (1905) permitió, legalmente, el ataque masivo de los latifundistas y especuladores (en cuyas filas se encontraban políticos y hombres de negocios) contra las propiedades de las antiguas colonias militares.⁴ En este proceso de acaparamiento de la tierra, una sola familia adquirió gran parte: el linaje Terrazas-Creel.

Al comenzar el siglo XX no había duda, pues, de que el norte del país era una de las regiones más prósperas. Los inversionistas extranjeros disfrutaban de las ganancias que producían las minas; los terratenientes buscaban las formas de seguir extendiendo sus dominios a costa de los pequeños ranchos y las antiguas poblaciones; los industriales y grandes comerciantes gozaban de sus buenas fortunas; y los políticos gobernantes, al igual que don Porfirio, envejecían detentando un poder que consideraban mérito. Los ferrocarriles, símbolo del progreso, trasladaban a los trabajadores del centro hacia las tierras boyantes del norte y, además, transportaban los frutos que producía la región al mercado norteamericano.

Las ciudades crecían, por ello el alumbrado, la pavimentación de sus calles, la introducción del drenaje, los trabajos de entubamiento de agua potable, los tranvías, bancos, edificios públicos y comercios, cambiaban su fisonomía. Los hijos de los terratenientes estudiaban en colegios del extranjero y las familias de más renombre socializaban en bailes, banquetes y reuniones. Gracias al ferrocarril, además, estas familias podían “viajar a la capital”, ya fuera por negocios, política o simplemente para ponerse al día en los caprichos de la última moda que dictaba la cultura afrancesada de la “aristocracia” porfiriana.

El auge económico de la región norteña a principios de siglo se reflejaba también en el crecimiento de las clases medias. Artesanos especializados, comerciantes, pequeños industriales, caporales de las grandes haciendas ganaderas, capataces y guardabarreras de las compañías mineras, y profesionistas —abogados, letrados, médicos, periodistas—, compartían los beneficios de la prosperidad económica.

Aparentemente, tampoco se podían quejar los miles de mineros, vaqueros, pastores, peones, obreros y trabajadores eventuales, quienes recibían salarios privilegiados comparados con los recibidos en otras zonas del país. Sin embargo, la economía que sustentaba la supuesta *paz* y el deseado *progreso* del norte del país albergaba en su seno, al igual que el anquilosado sistema político, el germen de su descomposición.

El crecimiento de las haciendas en Chihuahua se había logrado a costa del despojo de pequeños ranchos, ejidos y municipios; también en Durango y Coahuila los latifundios se expandieron ocupando las parcelas de los pueblos vecinos. El avance de las com-

⁴ Vid. Mark Wasserman, “La ruptura. Los orígenes sociales de la Revolución de 1910 en Chihuahua”, en *Latin American Research Review*, pp. 15-34.



Enrique Ramírez Leyva y Francisco Muñoz



Library of Congress

pañías extranjeras, sobre todo norteamericanas, en la actividad minera y maderera, fue desplazando a los inversionistas mexicanos, quienes quedaron como socios menores o se vieron en la necesidad de vender sus propiedades mineras a las grandes fundidoras.⁵ El círculo de familias que ejercía el poder político y económico cada vez era más restringido, el caso extremo era el de la familia Terrazas-Creel en Chihuahua, detentora del poder político y propietaria de una buena parte del estado.

Los miembros de las élites estrechaban lazos familiares a través de matrimonios, participaban en inversiones mutuas y, por medio de favores, ocupaban puestos públicos. Asimismo, mantenían estrechas relaciones con la jerarquía eclesiástica. Con todo ello, unas cuantas familias llegaron a mantener un extraordinario control económico, político y social de la región; mientras que, en forma inversa, la población veía aminorar su calidad de vida y sus posibilidades de ascenso social. Esta situación era común a todo el país, donde el sistema político y económico del Porfiriato había terminado por marginar, después de casi treinta años de control, a la gran mayoría de los ciudadanos.

⁵ Vid. Graziella Altamirano Cozzi, *Los años de la Revolución en Durango, 1910-1920*.

LOS ACTORES

A mí me quitó mi ranchito un pariente del gobernador. Primero quiso comprármelo. Como no se lo vendí, me agarró entre ojos. Primero les tiraron tiros de sal a mis vacas. Después me echaron abajo las cercas. Y, por último, me quemaron la casa. Cuando les enseñé las uñas, me alborotaron a los rurales, y mientras yo huía, ellos hicieron allá una escritura falsa y se quedaron con todo. Y como ellos siguieron dueños de la tierra, me he metido a la revuelta para ver si recupero lo mío. No quiero más; solamente lo mío.

GREGORIO LÓPEZ Y FUENTES, *Campamento*.

LAS CARACTERÍSTICAS PARTICULARES QUE DEFINIERON LA FORMACIÓN HISTÓRICA TANTO de la región lagunera como del estado de Chihuahua —la escasa colonización en la época colonial, la poca numerosa población indígena, el acelerado crecimiento demográfico a finales del siglo XIX y la concentración de la tierra en unos cuantos propietarios—, establecieron, también, formas distintas de organización social y, sobre todo, un tipo de hombres diferentes, en mentalidad y tradición, a los del resto del país.

Si es concebida la sociedad porfiriana en forma piramidal, el vértice que forma la cúspide lo formaban unas cuantas familias integrantes de la oligarquía terrateniente que se había venido conformando desde la primera mitad del siglo XIX. Este pequeño grupo detentaba tanto el poder económico como el político de la región. Abajo de este segmento se encontraba una creciente clase media compuesta por pequeños propietarios, comerciantes, empleados y profesionistas, grupo heterogéneo que se definía a sí mismo como “todos católicos, todos antiamericanos, todos contribuyentes, trabajadores y probos, honor de su patria, ejemplos de moderación y de dignidad”.⁶ La base de la pirámide estaba integrada por la gran mayoría de la población que dependía de sus pequeñas parcelas, la menor parte; el resto, del trabajo asalariado.

⁶ Definición tomada de la revista *El tiempo*, apud Moisés González Navarro, *El Porfiriato. Vida social*, p. 388.



CESU



AGN



AGN



Archivo Cassola

La población en general carecía de tierra propia, lo que la convertía en un conglomerado de trabajadores asalariados obligado a vender su mano de obra a los principales centros de trabajo que ofrecía la región: los grandes latifundios, las minas, las fábricas de hilados y tejidos, la explotación del guayule, las cervecerías y las industrias de jabón, glicerina, dinamita y calzado.

El florecimiento económico de la zona, al finalizar el siglo pasado, trajo consigo una creciente demanda de mano de obra, imposible de satisfacer con la escasa población lugareña; a diferencia del sureste del país, había pocos pueblos indígenas que despojar y menos indios que trabajaran por la fuerza en las haciendas. Así la situación, la región lagunera se convirtió en foco para los emigrantes del centro y sur del país, quienes llegaban ahí en busca de un salario de subsistencia, aunque sin perspectivas de adquirir una propiedad.

Dadas estas circunstancias, puede decirse que la movilidad constituyó la principal característica de la población trabajadora de la zona, lo cual dio lugar al surgimiento de un tipo de trabajador semiindustrial, semiagrícola, desconocido en el centro y sur de México.⁷ Esta mano de obra errante y sin asidero encontraba trabajo en el tendido de los rieles para el ferrocarril y, durante las temporadas de siembra y pizca del algodón, se incorporaba a las cuadrillas de trabajadores que contrataban las plantaciones algodoneras.

La pizca era la actividad que más jornaleros requería; cada año llegaban a dicha zona entre diez y cincuenta mil trabajadores migrantes para recoger la cosecha. Entre éstos había quienes lograban convertirse en trabajadores residentes —con lo que aseguraban el salario de un año—, ya que cada cien hectáreas de cultivo de algodón requerían ocho trabajadores permanentes. Si es tomado en cuenta que para 1910 las fincas algodoneras llegaron a sumar cien mil hectáreas, resulta que la población ascendía a más de cien mil trabajadores.⁸

El trabajo eventual fue característico de las regiones agrícolas especializadas —como es el caso de las plantaciones algodoneras de La Laguna— concentradas principalmente en la exportación, aunque otro tipo de propiedades, también típicas del norte del país, requerían la mano de obra de los trabajadores permanentes. Era el caso de las haciendas ganaderas, que contrataban vaqueros durante todo el año. Los vaqueros constituían un numeroso grupo, sobre todo en el estado de Chihuahua; eran trabajadores privilegiados, con respecto a los campesinos del resto del país, en tanto que recibían altos salarios,⁹

⁷ Vid. Friedrich Katz, "Condiciones de trabajo en las haciendas de México durante el Porfiriato: modalidades y tendencias", en *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, p. 59.

⁸ William K. Meyers, *op. cit.*, p. 122.

⁹ En Chihuahua ganaban, en 1902, siete u ocho pesos más alimentos; en la mayoría de las haciendas norteñas de la familia Terrazas, los salarios habían subido a quince pesos al mes en 1913. Vid. Friedrich Katz, "Condiciones de trabajo en las haciendas de México durante el Porfiriato: modalidades y tendencias", *op. cit.*, p. 59.



CESU

alimentos y la posibilidad de tener ganado propio, que apacentaba en tierras de la hacienda. Y en una mejor situación de privilegio se encontraban los caporales, quienes gozaban de mejores sueldos y beneficios de la hacienda. Abajo de vaqueros y caporales estaban los pastores, cuya situación laboral era semejante a la de los vaqueros.

Quizá los vaqueros eran los trabajadores asalariados que contaban con mejores condiciones laborales, pues tenían el trabajo y el salario asegurados todo el año y su labor no dependía de las fluctuaciones salariales, ni de las estaciones del año —que regían los tiempos de la siembra y la cosecha—, ni de los cambios climatológicos, situaciones que sí afectaban a la gran mayoría de los trabajadores semiagrícolas y semiindustriales que constituían la fuerza de trabajo del norte del país. A pesar de ello, las condiciones de vida de estos trabajadores eran mejores que las de los campesinos del resto del país. La capacidad de movimiento que tenían (debido a la situación de frontera y la posibilidad de pasar del trabajo agrícola a la minería o la industria), obligaba a los hacendados norteños a buscar incentivos para atraer y conservar a sus trabajadores, los cuales iban desde el ofrecimiento de salarios, que superaban por mucho a los ofrecidos en las haciendas del centro y sur del país, hasta la aplicación de métodos “paternalistas”, que proporcionaban a los trabajadores ciertos beneficios. La hacienda de la familia Madero, en La Laguna, es un ejemplo de la política que se seguía con los trabajadores: ahí se instalaron escuelas y servicios médicos y, en tiempos de hambre o desempleo, se proporcionaban alimentos a los habitantes de las aldeas cercanas que trabajaban temporalmente en la hacienda.¹⁰

Por otra parte, la abundancia de tierra en la región norteña permitió la creación de una especie de clase media agrícola que, sin ser propietaria, accedía a la tierra a través de la renta. Los arrendatarios podían alquilar a los grandes terratenientes parcelas de buen tamaño y trabajarlas en su beneficio. Sin embargo, no siempre era ésta una situación de privilegio, sobre todo si se considera que la tierra del norte es poco fértil y que, debido al clima extremo, las sequías son constantes. Aun así, estos campesinos tenían la posibilidad de completar su salario laborando en las minas, en la industria, el ferrocarril o cruzando la frontera hacia Estados Unidos.

Las mismas características geográficas y económicas de esta zona dieron cabida a otro tipo de pobladores, quienes vivían fuera de las estructuras sociales establecidas y amenazaban constantemente los espacios económicos y políticos: los bandidos o bandideros. Hacia las últimas décadas del siglo XIX, la región serrana fue el lugar de las andanzas de las bandas de salteadores como la del famoso bandido Heraclio Bernal, quien operaba en la frontera compartida por Durango y Sinaloa; las de Ignacio Parra y Doroteo Arango (después conocido como *Francisco Villa*), quienes, aprovechando la difícil geografía del terreno, operaban con tácticas de guerrilla para asaltar pueblos y diligencias, y su centro

¹⁰ Vid. *Ibidem*, p. 57.



CESU



AGN

de operaciones abarcaba desde la zona central del estado de Durango hasta la sierra colindante con Chihuahua. El fenómeno del "bandidaje social" fue uno de los principales síntomas de la descomposición del sistema porfirista. No fue raro, entonces, que una buena parte de estas gavillas se hayan convertido en precursores del movimiento revolucionario de 1910.

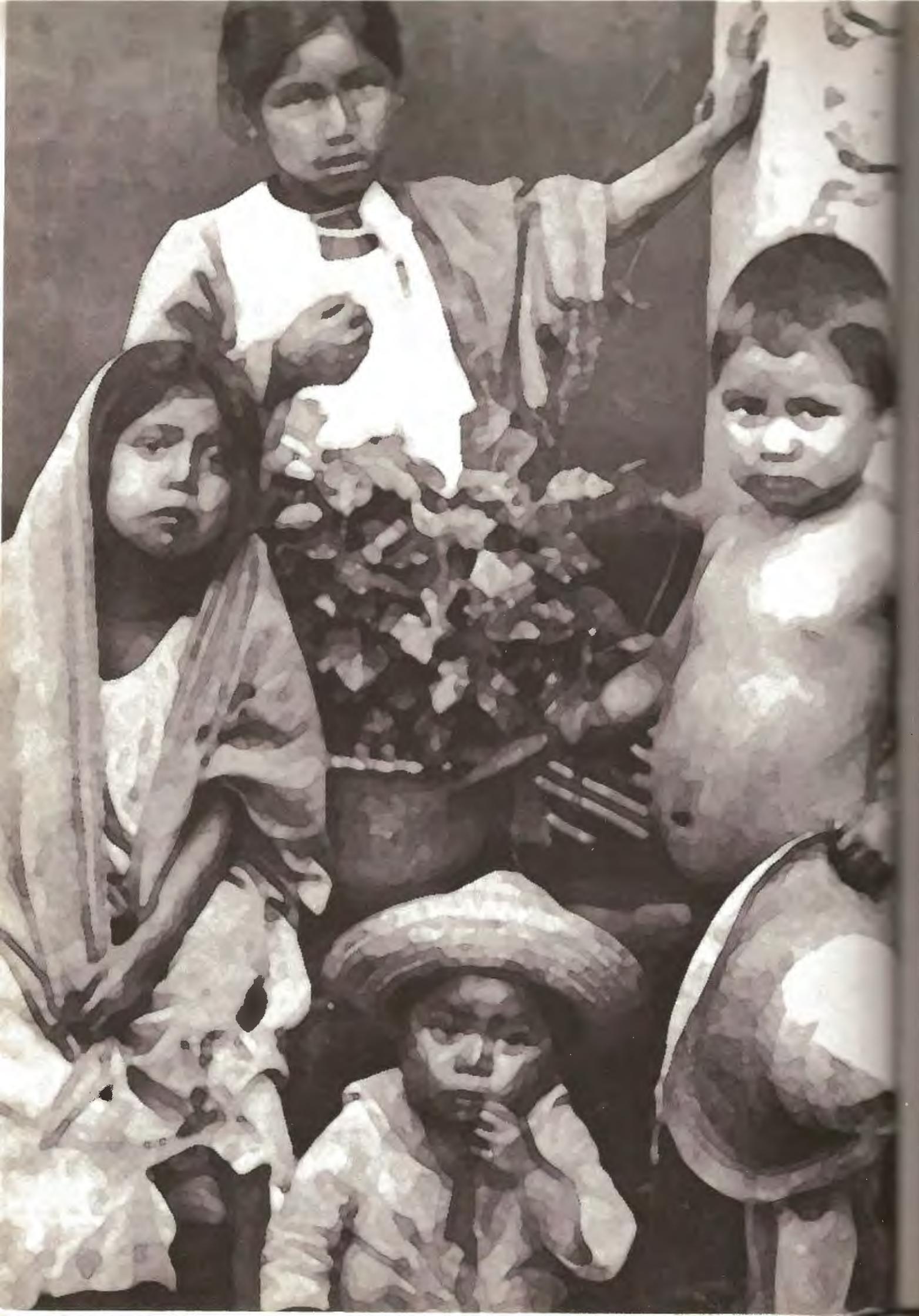
Éstos eran pues, a grandes rasgos, los actores sociales que habitaban el norte del país, previo al estallido revolucionario de 1910. En síntesis, una sociedad heterogénea, organizada jerárquicamente y escindida por fuertes diferencias sociales y económicas.

Al penetrar en el mundo de la infancia es posible observar que cada uno de estos grupos sociales vivía y concebía de manera distinta a la niñez, por lo que se presenta no uno, sino varios mundos infantiles: aquél que se encargaba de velar el Estado; el ideado por los sectores medios y altos de la sociedad; el olvidado de los niños trabajadores, huérfanos y abandonados y, finalmente, el campesino, mundo mayoritario cuya dinámica respondía a sus propias costumbres y tradiciones legendarias.

Capítulo II

LOS MUNDOS DE LA INFANCIA





EL ESTADO PORFIRISTA FRENTE A LA INFANCIA

Cual conquistador y uno de los personajes más interesantes de la literatura surgió el niño en la centuria pasada con el triunfo del ideal democrático y la sublime aspiración de que aumente y se perpetúe el progreso de la raza humana en todas sus grandiosas manifestaciones.

El Correo de Chihuahua, 1911.

DURANTE EL PORFIRIATO, MÉXICO SE CONVIRTIÓ EN UN PAÍS DE JÓVENES. A PESAR DE LOS elevados índices de mortandad infantil, los menores de veinte años ocuparon más de la mitad de la población total de principios de siglo y, de entre ellos, el grupo más numeroso lo constituyeron los niños.¹ No es de sorprender, entonces, que la infancia se hubiera convertido en una de las preocupaciones fundamentales de la sociedad porfiriana.

Respecto a la región norteña, en particular, puede decirse que la coincidencia de una serie de variables determinó un aumento considerable de la población infantil. En primer lugar, dada la extensión de los ramales ferroviarios —que permitieron la modernización y urbanización de antiguas localidades y propiciaron el surgimiento de otras—, así como el desarrollo de la minería y el auge de la agricultura, las ciudades del norte presentaron los mayores avances del país en términos de crecimiento poblacional, producto básicamente de un intenso proceso de inmigración. Por otro lado, si es tomado en cuenta que las condiciones de vida, las circunstancias de trabajo y la movilidad social, eran superiores en los estados del norte que en el resto del país, es posible comprender, en parte, el hecho de que la esperanza de vida fuera mayor en esta zona. De modo que, tanto

¹ Para el final del Porfiriato se cuenta con información razonablemente confiable sobre el volumen total de la población mexicana. Los censos levantados en 1895, 1900 y 1910 arrojaron los siguientes resultados generales: los niños (menores de 15 años) representaban el 41 por ciento; los jóvenes (entre 16 y 31), el 29; los adultos (entre 31 y 50), el 21; y los ancianos, ocho por ciento. Moisés González Navarro, *El Porfiriato. Vida social*, p. 10.

en el campo como en las ciudades, el norte mexicano de principios de siglo contó con una población infantil que superaba el 40 por ciento de la población total de la región.

Con la avanzada del liberalismo y después del positivismo como ideologías dominantes en la sociedad porfiriana, se vivió una transformación en las maneras de concebir la sociedad en su conjunto. A pesar de que no existía una legislación que contemplara los derechos sociales de mujeres y niños, el matrimonio legal, instituido por los liberales después de la revolución de Ayutla, tuvo por objetivos asegurar un padre legítimo a los hijos y exigió que el matrimonio civil fuera un contrato social, con el fin de evitar el abandono de mujeres y progenie, y procurar que las familias gozaran de “honor, derechos y consideraciones”, que la sociedad y la ley dispensaban a los casados.

Sin embargo, en este cuerpo legal, el cual normó durante todo el Porfiriato, nada se decía sobre el derecho de los niños, los huérfanos y de los hijos naturales. Este vacío jurídico fue señalado en el Congreso Constituyente de 1856 por Ignacio Ramírez, quien afirmó efusivamente que “el derecho no nace de la ley, el hombre nace con derechos, a nadie se le ha ocurrido que se necesite la ley para que el niño tenga derecho a ser amantado o los hombres puedan alimentarse, éstos son derechos tan sagrados como lo es el derecho al trabajo”.²

Si bien el matrimonio civil estipulaba al menos protección legal a los hijos legítimos, no hubo legislación que abogara específicamente por los derechos de la infancia. Éstos sólo fueron fijados en cuanto a la educación y en ciertas medidas que regularon la higiene y el trabajo infantil, y procuraron contrarrestar la mendicidad. Los derechos de la infancia, entonces, eran entendidos como algo “natural”, por lo que no se creyó necesario, en aquellos momentos, legislar sobre ellos. Así, aunque no existía aún una carta de derechos del niño, se puede decir que éstos quedaron establecidos de *facto* en favor de determinados sectores de la población infantil. “La democracia firme y permanente por los cuidados de todo pueblo —afirmaba un columnista de *El correo de Chihuahua*— presupone la mayor solicitud y cariño en beneficio de la infancia.”³

A partir de la certeza de que en los niños descansaba el futuro del país, se volcó hacia ellos un especial cuidado atendiendo su desarrollo físico y mental a través de la educación. Los niños comenzaron, entonces, a ser un asunto de Estado; es decir, éste asumía la responsabilidad de enriquecer y regular su formación, por medio del control educativo. Para la mentalidad liberal y positivista que permeaba los círculos intelectuales y políticos del Porfiriato, la educación se concebía como el único medio para alcanzar la *civilización* y el *progreso* de la sociedad: “La educación de la niñez debe ser un tema que preocupe

² Vid. Francisco Zarco, *Crónica del Congreso Constituyente. 1856-1857*, México, El Colegio de México, 1975.

³ *El correo de Chihuahua*, 7 de mayo de 1911, p. 3.



CESU



CESU



CESU



CESU

seriamente la atención de la sociedad, salvando de esta manera el porvenir de ella y de todos sus miembros.”⁴

Durante la primera década de nuestro siglo, se hizo manifiesta la intención de modernizar los métodos de enseñanza: se prohibieron formalmente los castigos corporales o infamantes; se renovaron los programas de estudio; se construyeron nuevas escuelas; se prepararon maestros; se instauró la escuela de párvulos para los niños de cuatro a seis años, siguiendo las teorías del alemán Friedrich Froebel;⁵ se sustituyó la enseñanza mutua por la simultánea; se adoptó el sistema de la lecto-escritura (anteriormente se enseñaba primero a leer y después a escribir), y se introdujeron las excursiones escolares.

Sin embargo, en la práctica, los alcances de la reforma educativa dejaron mucho que desear. En las escuelas se siguieron utilizando los correctivos antiguos: palmetazos, orejas de burro, “pararnos en el rincón con la cara en la pared, darnos un coscorrón, estirarnos los pelitos de las orejas”.⁶ Los castigos físicos no sólo eran comunes en la enseñanza, además eran vistos con naturalidad. Recuerda, por ejemplo, un viejo habitante de Paso del Norte, Chihuahua:

Porque el muchacho llegaba tarde, porque rayaba la pizarra, porque no se había aprendido de memoria la lección señalada, por todo, en fin, aplicaba el castigo de los palmetazos. Y se pulía cuando atrapaba la mano del muchacho, contando y haciendo que sonaran bien los palmetazos cuyo número tenía ya señalado. Doce, quince palmetazos eran un término medio razonable para las faltas comunes y corrientes.⁷

Además, se continuó utilizando los sistemas tradicionales de aprendizaje como los silabarios, y se conservó la inclinación paterna por internar a los hijos varones en escuelas militares con el fin de reprimir los malos hábitos y doblegar el carácter.

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX se realizaron cuatro congresos de instrucción pública (el primero, de enero de 1882 a enero de 1883; el segundo, de noviembre de 1889 a marzo de 1890; el tercero, de noviembre de 1890 a febrero de 1891; el último se verificó en septiembre de 1910),⁸ en los cuales se concluyó que la uniformidad de la educación nacional consistiría en su enseñanza obligatoria, gratuita y laica.

⁴ *La familia*, 16 de julio de 1890.

⁵ Plantea el *kindergarten* como un espacio de transición entre el hogar doméstico y la escuela primaria, funcionando como medio para disciplinar el juego. Vid. Manuel Flores, *Tratado elemental de pedagogía*, pp. 246-247.

⁶ Entrevista con el profesor Rodolfo Rodríguez Escalera, realizada por Ximena Sepúlveda, 4 de julio de 1974, Torreón, Coahuila, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/61.

⁷ Rómulo Escobar, “Memorias de Paso del Norte”, en *Boletín de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos*, Chihuahua, Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, abril de 1939.

⁸ Vid. Moisés González Navarro, *op. cit.*, pp. 533-537.

Y, con el nuevo siglo, se emprendió una reforma educativa, a cargo de Justo Sierra, que tuvo como fin último la alfabetización total de la población y proveer de escuelas dignas y maestros preparados a todos los niños del país. Sin embargo, hubo que enfrentar serios obstáculos que, a la larga, impidieron que se alcanzaran satisfactoriamente los objetivos de uniformidad: la presencia indígena —muestra evidente de la diversidad cultural del país—, el trabajo infantil, tanto en las haciendas como en las ciudades, la carencia de escuelas rurales, la escasez de maestros capacitados, el bajo presupuesto destinado en algunos estados a la educación, entre otros.

Como ministros de Instrucción Pública, Joaquín Baranda y Justo Sierra orientaron gran parte de sus esfuerzos para que la educación llegara a amplios sectores de la población; empero, puede decirse que el triunfo educativo del Porfiriato tuvo lugar más en el terreno de la cimentación ideológica que en cuanto a los resultados numéricos. El analfabetismo alcanzaba un porcentaje altísimo en 1910 (84 por ciento de la población). El número mayor de analfabetos se encontraba en el campo. En las ciudades también era bastante elevado, pero preocupaba menos a las autoridades, pues se consideraba más fácil de solucionar.

En 1888 fue aprobada la Ley sobre Enseñanza Primaria en el Distrito y Territorios, la cual insistía en el carácter obligatorio de la enseñanza elemental. Estipulaba entre sus artículos que la instrucción primaria se dividiría en *elemental* y *superior*; la primera comprendería instrucción moral y cívica, lengua nacional, lectura y escritura, nociones elementales de ciencias físicas y naturales, nociones elementales de cálculo aritmético, de geometría y del sistema legal de pesos y medidas, nociones elementales de geografía e historia nacionales, ejercicios gimnásticos y labores manuales para niños. Dicha ley también establecía que en el Distrito Federal debían funcionar dos escuelas de instrucción primaria elemental, una para niños y otra para niñas, por cada cuatro mil habitantes, cuando menos. Tales escuelas debían ser gratuitas y quedaba prohibido el empleo de ministros de culto alguno o de persona que hubiera hecho voto religioso.⁹

La educación, según dicha ley, era obligatoria para hombres y mujeres de seis a doce años, y agregaba: “esta instrucción puede adquirirse en cualquier establecimiento oficial o particular, o en lo privado”. Además, como novedad, se introdujo la noción de “maestros ambulantes” de instrucción primaria, quienes tenían la obligación de recorrer periódicamente aquellos lugares donde no hubiera escuela. Se instituyeron también escuelas rurales, las cuales debían establecerse en las haciendas, rancherías y agrupaciones de población, que no fueran cabeceras de municipio. Asimismo, fue determinado que en cada colectividad con 500 habitantes se debía construir una escuela de niños y otra de niñas y, si tal acción no era posible, una mixta por cada quinientos habitantes. En el caso

⁹ Vid. Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México*, pp. 58-59.



CESU



CESU



AGN



CESU

de poblaciones menores a doscientos habitantes y situadas a más de tres kilómetros de algún centro escolar, se establecería la enseñanza elemental por medio de los maestros ambulantes.

Sin embargo, según Moisés González Navarro, las escuelas rurales eran en su mayoría edificios ruinosos, antihigiénicos, provistos de material de enseñanza “verdaderamente primitivo”, maestros abandonados en la miseria, la rutina y la ignorancia.¹⁰ Otro problema fue la falta de preparación de la mayoría de los profesores: pocos estaban titulados. Por ejemplo, en Chihuahua en 1906 había 45 profesores normalistas con título; 30 titulados no normalistas y 310 sin título.¹¹

Llama la atención el hecho de que ante el enorme número de niños que trabajaban, el nuevo ordenamiento educativo, publicado en marzo de 1891, sólo estipulaba que “ningún propietario o administrador de fincas rústicas o establecimientos industriales, recibirá a su servicio menores que no hayan cumplido doce años, si no presentan el certificado de haber concluido la instrucción primaria elemental”; es decir, legalmente estaba contemplado el trabajo de los menores de edad, siempre y cuando éstos hubieran concluido sus estudios. Fue hasta la Constitución de 1917 cuando quedó establecido en el artículo 123 que los niños menores de doce años no podían ser objeto de contrato.

Después de expedida la Ley sobre Enseñanza Primaria en el Distrito y Territorios, se procuró hacerla extensiva a todos los estados de la República, para ello el ministro Joaquín Baranda envió a los gobernadores de las entidades una circular con el nuevo ordenamiento. La circular tiene fecha 7 de mayo de 1891 y, entre otros asuntos, decía lo siguiente:

No podía pasar inadvertida la triste situación en que se encuentran los niños que trabajan en las haciendas, ranchos, fábricas o talleres, pues la acción del Estado debe extenderse de preferencia a ellos para evitar que crezcan en la ignorancia y en la servidumbre y que sean prematuramente explotados, lo que ha sucedido y pudiera aún suceder algunas veces, por desgracia, con mengua de los fueros de la civilización y de la humanidad. En este concepto, y deseando conciliar la ley del trabajo, único medio de satisfacer las necesidades más imperiosas de la existencia, con la necesidad no menos imperiosa de cultivar las facultades que constituyen la vida intelectual, se ha prevenido que siempre que en dichos establecimientos no haya escuela, los dueños o administradores de los mismos no puedan recibir a su servicio niños de edad escolar, si no comprueben haber terminado su instrucción o que la reciban en alguna de las escuelas de la localidad.¹²

¹⁰ Moisés González Navarro, *op. cit.*, p. 594.

¹¹ *Ibidem*, p. 604.

¹² *Apud* Carlos Alvear Acevedo, *La educación y la ley. La legislación en materia educativa en el México Independiente*, p. 168.

En general, se consideraba que el trabajo infantil era el **principal obstáculo** para alcanzar la deseada uniformidad educativa, pero éste se atribuía fundamentalmente al descuido de los propios padres de familia y no tanto a cuestiones de carácter económico y político; de modo que se trató de evitarlo por medios legales. Las leyes, sin embargo, resultaron inaplicables cuando se confrontaban con la realidad. Por más esfuerzos que se hicieron en el terreno legislativo para regular el trabajo infantil, éste era tan habitual en el campo y la ciudad que impedía la asistencia de los niños a la escuela.

Así, a pesar de las buenas intenciones de Joaquín Baranda y Justo Sierra —este último promotor de la reforma integral de la educación y de la iniciativa para que la instrucción tuviese su propio ministerio, el cual fue constituido en 1905 con la creación de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes—, los servicios educativos en 1910 apenas llegaron a cubrir la demanda escolar en 23 por ciento; es decir, quedaron sin educación más de 75 por ciento de los niños en edad escolar.¹³

Hay que decir, no obstante, que la educación mereció mayor atención en algunos gobiernos estatales y, sobre todo, en las entidades del norte del país, regiones que alcanzaron mayores índices de alfabetización con respecto al centro y sur de la República debido, en gran parte, a que contaban con poca población indígena, mayores recursos económicos y la gobernaban mandatarios preocupados por la educación (a Chihuahua, Miguel Ahumada y Enrique C. Creel; en Sonora, Ramón Corral, y a Nuevo León, Bernardo Reyes).

Así, en estos estados se realizaron considerables esfuerzos por mejorar la calidad de la instrucción pública y combatir, en la medida de lo posible, el analfabetismo: se impusieron gravámenes especiales destinados al fomento de la instrucción primaria, se ofrecieron recompensas para los maestros y alumnos, se contrataron docentes de otras entidades, se construyeron escuelas, se cobraron multas a los infractores de la instrucción obligatoria, se suprimieron legalmente los castigos corporales.

En Chihuahua, por ejemplo, se expidió, en julio de 1875, la Ley de Enseñanza Obligatoria para todos los niños de entre siete y catorce años; y en la Constitución Política del estado, firmada en septiembre de 1887, quedó establecido, entre otros deberes, que “era obligación del Estado proporcionar al pueblo la instrucción primaria. Ésta será gratuita, laica, uniforme y obligatoria para todos los habitantes del Estado. Se dará en los términos que prevenga la ley y se costeará por los fondos públicos”.¹⁴ La mayoría de las escuelas del estado funcionaban para uno u otro sexo, pero también había, sobre todo en

¹³ La población escolar en 1909-1910 era de 3 765 802 niños. El número de inscritos en toda clase de escuelas era de 901 003. La población no atendida en ningún tipo de escuelas era de 2 864 799. Vid. Carlos Alvear Acevedo, *ibidem*, p. 175.

¹⁴ Enrique González Flores, *Las constituciones de Chihuahua*, pp. 86-100.

las zonas rurales, algunas escuelas “mixtas”, donde niños y niñas convivían en el salón de clase, aunque separados a la hora del recreo.

Para 1910, Chihuahua era el estado que más invertía en educación, destinándole 43 por ciento de su presupuesto.¹⁵ Además de las escuelas que sostenía en las ciudades y principales poblados, el gobierno estatal realizó algunos intentos por establecer escuelas especiales para los indígenas. En 1891, el gobernador Lauro Carrillo fundó seis escuelas de este tipo; en 1900 fue fundada otra en el pueblo de Tonachic, y a mediados de 1906, el mandatario estatal Enrique C. Creel insistió en la necesidad de llevar la educación a las comunidades indígenas de la Sierra Madre. Uno de los ensayos más importantes se hizo con los tarahumaras: se escogió, mediante concurso, un libro especial para ellos y, como parte de los actos conmemorativos del Centenario de la Independencia, se inauguraron cinco escuelas destinadas a los niños tarahumaras.

Además de las escuelas oficiales, algunos hacendados norteros también se preocuparon por tener dentro de sus propiedades escuelas para los hijos de sus peones y empleados. Es posible identificar dicha preocupación con una actitud paternalista que pretendía mejorar las condiciones de vida de los trabajadores con el fin de aumentar su rendimiento. El ejemplo clásico se encuentra reflejado en las medidas adoptadas por Francisco Madero para modernizar su hacienda algodonera en Coahuila. Sin embargo, esta actitud, sobre todo concerniente a las escuelas, no era la más común, como se confirma en el siguiente informe presentado por un comisionado del gobierno local, quien asistió a la aplicación de los exámenes finales en la hacienda de Santa Rosalía en 1891:

El hacendado Epifanio Álvarez —dueño de esta hacienda— concurrió a los exámenes. Es él quien de sus recursos particulares paga al preceptor la suma de \$15.00 pesos, proporcionando también a la escuela aquellos útiles que le son más indispensables. Consigno este rasgo por justicia con el intento de que tuviera imitadores [...]¹⁶

Por lo demás, la educación que se impartía en las referidas haciendas se encontraba muy lejos de cumplir con los objetivos trazados por el gobierno: a partir de ciertos testimonios es sabido que, aunque había escuelas físicamente, llegaban a funcionar más como “guarderías” que como centros de instrucción propiamente: se ignoraban los programas oficiales y se empleaban maestros y métodos improvisados. Una muestra la constituye la respuesta del señor Salvador Varela Reséndiz a la pregunta de si había o no escuela en la hacienda donde trabajaban sus padres y donde vivió los primeros años de su vida:

¹⁵ Vid. Mílada Bazart, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, p. 90.

¹⁶ *El Estado de Chihuahua. Periódico Oficial*, 7 de marzo de 1891.



CESU



CESU



CESU



CESU

Había esporádicamente [...] llegaba una señorita, que si el patrón quería ayudar, pero no tenía preparación ninguna; iba y le enseñaba a uno la doctrina cristiana [...] a los quince días se iba. Pero leer y escribir ¡nada completamente!; la doctrina cristiana, castigar y regañar; eso es en la escuela de allá [...] le estoy hablando a usted del año de 1904, 1905.¹⁷

Así las cosas, a pesar de la política educativa que se siguió en algunos estados del norte, las escuelas siguieron siendo insuficientes para atender la creciente demanda de niños en edad escolar y los problemas comunes a todo el país, como la falta de preparación de los maestros y la falta de recursos, no les fueron ajenos. En el informe citado anteriormente fue observado que el principal problema que enfrentaba la educación consistía en el ausentismo de los niños, porque debían trabajar. Por ejemplo, en la municipalidad de Rosales, Chihuahua, de 49 alumnos inscritos se registró una asistencia promedio diaria de 35, de quienes sólo 29 presentaron los exámenes finales. En el plantel para niñas de la misma municipalidad había inscritas 66 alumnas, cuya asistencia diaria promedio fue de 40 y al examen se presentaron sólo 36.¹⁸

Las leyes relacionadas con la instrucción pública no fueron los únicos *corpus* jurídicos diseñados para la protección de la niñez. Aparte de éstos, también se redactó una serie de códigos sanitarios que pretendían mejorar la comida, la indumentaria y la habitación de las clases humildes, la cual era “vergonzosa” en las ciudades y, sobre todo, en la capital. Por lo general este problema, en manos de los gobiernos locales y de ciertos grupos de voluntarios “aristócratas”, fue atacado con paliativos y no con soluciones eficientes. En principio, las instituciones de beneficencia se crearon más con el propósito de preservar y justificar el orden social jerárquico que con el de mejorar las condiciones de vida de los niños desposeídos.

Las instituciones de beneficencia fueron manejadas por el clero hasta la primera mitad del siglo XIX. No fue sino hasta las Leyes de Reforma cuando el presidente Benito Juárez, mediante el decreto expedido el 2 de febrero de 1861, secularizó todos los hospitales y establecimientos de beneficencia, entre ellos se encontraba la Casa de Niños Expósitos. En enero de 1878, la institución pasó a depender de la Dirección de Beneficencia, cuya labor era alojar, alimentar y dar educación tanto a los niños pensionados —aquéllos cuyas madres pobres no podían mantener— como a los verdaderamente abandonados o huérfanos. Los niños asistían a misa diariamente, desayunaban una taza de champurrado, atole o chocolate, y una pieza de pan o tortillas, y fruta los domingos. Los niños recibían instrucción primaria y participaban en talleres de zapatería, doraduría o carpintería; las

¹⁷ Entrevista con el profesor Salvador Varela Reséndiz, realizada por María Isabel Souza y María Alba Pastor, 2 y 3 de octubre de 1974, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/62.

¹⁸ *El Estado de Chihuahua. Periódico oficial*, Chihuahua, 7 de marzo de 1891.

niñas, clases de música, costura y bordado. En 1884 este hospicio alojaba a 303 niños y 462 niñas.¹⁹

Además de esta institución, en noviembre de 1861 se estableció, también por decreto de Juárez, el Hospital de Maternidad e Infancia, el cual fue inaugurado con un reducido número de camas; al poco tiempo, debido a la intervención francesa y a la instauración del Imperio de Maximiliano, el hospital fue cerrado. La emperatriz Carlota mandó rehabilitar el hospital en 1867, logrando que para finales de los años setenta, éste fuera considerado una de las instituciones mejor organizadas de la Beneficencia Pública. Durante el Imperio, el Hospital de Maternidad e Infancia albergó anualmente 122 niños; de 1875 a 1877 fueron internados anualmente 285 infantes; de 1886 a 1888 los internos aumentaron a 782. Estas cifras indican que cada diez años se duplicaba el número de niños que necesitaban —por falta de recursos o abandono de sus padres— los servicios de ese hospital.

El Hospital de Maternidad e Infancia también se encargó de impartir educación elemental a los internos. Se les enseñaba a comer con manteles y cubiertos, a bañarse frecuentemente y a cambiarse de ropa cuando fuera necesario. Durante el Porfiriato, diversas organizaciones se encargaron de impartir educación religiosa, toleradas por las autoridades del hospital por la buena imagen que proyectaban a la sociedad porfiriana.²⁰

En 1887, la esposa del presidente Porfirio Díaz, doña Carmelita, fundó la Casa Amiga de la Obrera, cuyo fin era atender durante las horas de labor a los hijos —con edades de tres a nueve años— de las trabajadoras. Para que los niños fueran aceptados se tenía que comprobar la ausencia del padre y el tipo de trabajo que realizaba la madre para justificar que no podía atenderlos durante el día. Ya iniciado el siglo XX, la casa recibía a más de cien niños diariamente.

Por último, durante el Porfiriato se construyó el famoso Hospicio de Niños (inaugurado en 1905), el cual superaba en tamaño, condiciones higiénicas y alimenticias, a los anteriores fundados en la centuria recién finalizada. Este hospicio tenía un departamento de niñas, otro de niños y uno más dedicado al *kindergarten*.

Si bien estas instituciones —dependientes del Estado pero subvencionadas, en gran parte, por la caridad de asociaciones civiles y religiosas de grupos pudientes— funcionaron durante el Porfiriato como paliativo de la creciente pobreza y el abandono infantil que se vivía, no sólo no pudieron constituir una solución real al problema, sino que la calidad de vida y el trato que se daba a los niños internos tenía más de ambiente carcelario que de “hogar” propicio para su desarrollo emocional y físico.

¹⁹ Vid. Moisés González Navarro, *La pobreza en México*, México, El Colegio de México, 1985.

²⁰ Vid. Secretaría de Salud, *La atención materno-infantil. Apuntes para su historia*, México, Secretaría de Salud, 1983.



CESU



Detalle

Sin embargo, a pesar de la ineficacia de las medidas institucionales, no hay que perder de vista el alcance simbólico y jurídico que representan las primeras normas sociales promulgadas, precisamente, a propósito de la infancia. Lo que afirma Michel Perrot para el caso de la Francia decimonónica, puede aplicarse, asimismo, al México porfiriano:

Durante el siglo XIX el hijo está más que nunca en el centro de la familia, ya no pertenece únicamente a los suyos; es el futuro de la nación y de la raza, productor, reproductor, ciudadano y soldado del día de mañana. Entre él y la familia, sobre todo cuando éste es pobre y se le presume incapaz, se deslizan terceros: filántropos, médicos, hombres de Estado que pretenden protegerlo, educarlo y disciplinarlo.²¹

²¹ Michel Perrot, "Figuras y funciones", en Philippe Ariès y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, vol. IV, p. 154.

EL IDEAL IMAGINADO

*Los niños son la alegría del hogar y el lazo más poderoso
y firme para consolidar la familia. Los hogares sin niños
son como jaulas sin aves, como frondas sin rosas [...]*

El Diario Ilustrado, 1907.

SEGÚN SE PERCIBE A TRAVÉS DE LA PRENSA Y LA ICONOGRAFÍA, PARA LA ÚLTIMA DÉCADA DE la dictadura porfiriana los niños habían conquistado un sitio central en el seno familiar de las clases media y alta. Adquirieron la categoría de individuos con voluntad propia. Voluntad que, a juicio de la pedagogía moderna, se hacía visible desde los primeros meses de vida, a partir de gestos como la risa y el llanto.²²

En general, entre dichas familias se fue desarrollando un concepto de paternidad, en buena medida importado de Europa, que se percibe a través de trajes, juguetes, literatura y métodos educativos, creados específicamente para los niños. Concepto que se identificaba profundamente con el discurso liberal y los principios de la doctrina positivista. No es que los padres concibieran por vez primera la preocupación por el bienestar de sus hijos —seguramente actitud hasta cierto punto instintiva—, sino que, de algún modo, empezaron a asumirla como un deber para con la sociedad y, antes que nada, para con la nación.

Los “pequeñuelos”, “chicuelos”, “querubines” o “angelitos”, no sólo eran considerados la alegría del hogar sino, aún más importante, fueron asumidos como una responsabilidad para la sociedad en su conjunto. Había que atender y educar las manifestaciones de su personalidad para hacer de ellos adultos de provecho. Dada su fragilidad y el peligro que la propagación de enfermedades representaba, había que prestar la mayor atención a su cuidado; sobre todo, había que capacitarlos eficientemente para el futuro.

²² Vid. “La expresión facial del niño”, en *Album de damas*, núm. 30, febrero de 1908.





CESU



S.O. (Méx.) '03.

Velando su sueño

Duerme, mi ángel celestial,
Duerme; nada te importuna,
Que te besa hasta la luna
Dándote luz ideal.

Tu cabecita dorada,
Que es mi encanto, mi tesoro,
Parece una lluvia de oro
Cayendo sobre la almohada;

Y tus manitas de rosa,
Con sus dedos chiquitines,
Dos perfumados jazmines
O alas de una mariposa.

¿Sonríes? ¡Con cuánto anhelo
Contemplo tu faz risueña!
¡Cásó mi niño sueña
Con los ángeles del cielo!

Fuera, la lucha bravía
Resuena de las pasiones...
Ángel de mis ilusiones,
¡No despiertes todavía!

Duerme, y en sueño profundo,
Como antes, mi bien, te vi,
Que no lleguen hasta tí
Los ategjes del mundo.

Cuando la borrasca empieza
Nos rodean densas brumas,
¡Tú sólo las espumas
Blancas como tu pureza...

Pasó la noche callada
Disipando mis enojos...
¡Ya puedes abrir los ojos
A la aurora nacarada!

Julio Valadon y F. B. B. B.

AGN



CESU



Las tres etapas

— Quién eres tú? — Soy la Infancia.
 — ¿De vas? — Como la brisa
 Vago entre azul y fragancia.
 — Eres feliz? — Sin jactancia
 Es la vida una sonrisa:

— Quién eres? — La Juventud.
 — ¿De vas? — Do va el progreso.
 — Eres feliz? — Con exceso,
 Del placer vibro el laud:
 Es la vida un dulce beso.

— Quién eres? — La Ancianidad
 — ¿De vas? — Do sólo amida
 El reposo y la verdad.
 — Eres feliz? — ¿Mi edad;
 Una lágrima es la vida.

Eduardo Peñelloide.



CESU



AGN



CESU



AGN

Es posible decir que la familia tradicional porfiriana asumió como función vital el desarrollo adecuado de los niños: “Uno de los primeros deberes del hombre —declaraba un columnista de *El amigo de la juventud*— es contribuir materialmente a la conservación de sus hijos, a su bienestar y a su mejoramiento.”²³ En 1896, *El periódico de las señoras* se encargó de definir cuáles eran los deberes que debía cumplir una madre hacia sus hijos en el siguiente “Decálogo”:

- *→ Criarás a tu hijo con la leche de tus pechos, y a no ser posible, vigilarás atentamente su alimentación.
- *→ No le destetarás hasta que tenga dientes, señal de que puede digerir, y aun así no le darás alimentos fuertes.
- *→ No usarás más medicamentos que los que el médico te ordene, repasando toda instrucción de comadre.
- *→ Tendrás siempre limpio a tu hijo como lo manda la madre ciencia, no abrumándolo con ropas, ni desnudándolo imprudentemente.
- *→ No le obligarás a dormir en vano, ni le alimentarás en cada momento.
- *→ Le darás diariamente un baño de aire puro, y a ser posible, de agua fresca.
- *→ No permitirás que escuche ruidos desagradables, no le expongas a focos de luz muy fuertes, ni le acostumbres a seguir sus caprichos.
- *→ Le vacunarás sin pretexto alguno.
- *→ No obligarás a tu hijo a hacer esfuerzos materiales ni intelectuales que no estén relacionados con sus condiciones físicas o mentales.
- *→ Le acostumbrarás a vivir las penalidades de la vida, a creer en algo y a practicar el lema de: si quieres ser amado, ama.²⁴

La mujer debía consagrarse por completo a la maternidad, ocupándose en primer término de todos los aspectos referentes a la salud física y la educación moral de sus hijos. Debía observar los mayores cuidados desde el embarazo y la lactancia, y transmitir a sus vástagos, por sobre todas las cosas, los valores de la religión, la honra, el respeto y aprecio por la tranquilidad, así como el amor a la patria y la disposición para defenderla. La siguiente cita, tomada del diario católico *El tiempo*, es tan sólo uno de los muchos ejemplos que ilustran esta idea:

²³ “La paternidad desde los puntos de vista social y moral”, en *El amigo de la juventud*, marzo de 1904, p. 1.

²⁴ “Decálogo de la madre”, en *El periódico de las señoras*, 1896, p. 14.

La madre [es] la primera institutriz práctica de sus hijos, quien les inspira las primeras elevaciones del alma hacia Dios, las primeras aspiraciones del corazón hacia lo bueno [...] La madre es ejemplar [...] es el ángel del hogar, que conserva bajo sus alas benditas los futuros hijos de la Iglesia, los futuros defensores de la Patria.²⁵

Mientras tanto, el padre de familia, “dotado tradicionalmente con todas las insignias del poder sobre su esposa e hijos”,²⁶ tenía la misión de vigilar el desenvolvimiento intelectual de éstos y preservar el orden, elemento indispensable para el desarrollo social, mediante el ejercicio de la autoridad: “[...] otro de los deberes primarios y naturales del padre es secundar a la madre en la educación moral de los hijos y consagrarse él a formarlos con sus enseñanzas, con sus consejos, con su autoridad indiscutida y con sus buenos ejemplos [...]”²⁷

Entre los grupos que conformaban la clase media imperaba una certeza: el papel que el niño y la niña habrían de desempeñar dentro y fuera del entorno doméstico debería determinarse en el hogar desde los primeros meses de su vida. Así, los juegos constituían un entrenamiento para la vida futura del niño. De ahí que la mayor parte de sus actividades lúdicas fueran una reproducción en miniatura del mundo de los mayores. La afición de los niños eran los juguetes relacionados con la guerra: fusiles, trajes militares, espadas, caballos, soldaditos de plomo. O bien, aquéllos destinados a ejercitar su destreza física: pelotas, valeros, trompos. Por su parte, las niñas crecían entre cantos y rondas y entre aquellos juegos que las iniciaban en las labores domésticas y los afanes de la maternidad: muñecas, siluetas de papel para recortar, juegos de té, casitas.

Muy significativo es, en ese sentido lúdico, el famoso poema de Juan de Dios Peza —conocido en su época como el *Poeta del hogar*—, “Fusiles y muñecas” entre cuyos versos escribiría:

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
que embellecen mi hogar con sus cariños,
se entretienen con juegos tan humanos
que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado
y monta en una caña endeble y hueca
besa Margot, con labios de granado,
los labios de cartón de su muñeca.

²⁵ “Para las damas. Deberes de las madres”, en *El Tiempo*, 3 de mayo de 1895, p. 1.

²⁶ Vid. Verena Radkau, “Por la debilidad de nuestro ser”. *Mujeres del pueblo en la paz porfiriana*, p. 20.

²⁷ *Ibidem*.

Lucen los dos sus inocentes galas,
y alegres sueñan en tan dulces lazos:
él, que cruza sereno entre las balas;
ella, que arrulla un niño entre sus brazos.²⁸

[...]

Un rasgo importante de este entrenamiento para la vida adulta se refleja en la insistencia de los padres y profesores —en buena medida apoyados por la prensa— en someter a los hijos a toda suerte de competencias. Desde pequeños, los niños debían competir entre sí, demostrar superioridad, ya fuera en términos de encanto, ingenio o talento. La mayoría de las revistas y diarios de la época incluía una sección infantil, destinada en gran parte a la promoción de convocatorias, que iban desde certámenes de belleza hasta concursos de ensayo o la solución de problemas aritméticos. En cualquier tipo de competencia —escolar o convocada por cualesquier publicación—, todo ganador era premiado y su triunfo reconocido públicamente. Premiación que constituía el elemento reforzador por excelencia, cuyo propósito final consolidaría en el niño el deseo de superación individual.

No debe pasarse por alto la especial importancia que en la época cobró el acondicionamiento físico como una de las más contundentes demostraciones de superioridad. Así se expresa ésta, por ejemplo, en el siguiente anuncio publicitario de los productos deportivos Sport:

[...] la influencia y el poder de los juegos de Sport y los demás ejercicios que hemos señalado, harán del niño mexicano el atleta vigoroso que sepa soportar los rigores del frío y del calor porque su naturaleza fuerte de por sí y desarrollada, son una garantía de su acción como hombre de fuerza, como [lo] será indudablemente por su cultura como ser intelectual.²⁹

Por otro lado, los ejercicios físicos también se recomendaban a las madres de familia como método auxiliar para la educación moral de los niños, pues se pensaba que con ellos era posible mantenerlos distraídos, evitando “que frecuenten en unión de malos amigos lugares peligrosos para su cuerpo y alma”.³⁰

Toda forma de entretenimiento concebida por adultos y dirigida expresamente a los niños iba acompañada de una preocupación: mantenerlos en aislamiento. La idea de fondo era simple: no existía nada más dañino para la salud física y mental del infante que el contacto con el mundo exterior. Una atmósfera aislada, incluso *aséptica*, en la que reinara la armonía moral y estética, era ideal para su desarrollo. Había que evitar, a

²⁸ Juan de Dios Peza, *Cantos del hogar*, p. 22.

²⁹ “Ejercicios físicos” (publicidad que anunciaba los juegos Sport), en *La educación contemporánea*, núm. 4, p. 7, febrero de 1905.

³⁰ Anuncio de los juegos Sport, en *El Heraldo del hogar*, núm. 18, p. 3, agosto de 1910.

toda costa, que escuchara las conversaciones entre adultos, que estableciera vínculos “demasiado íntimos” con otros niños; había que evitar, en fin, cualquier tipo de infiltración peligrosa:

Algunas personas [...] creen que ciertas cosas deben saberlas los niños para que las eviten. Éste es un error, el niño las aprende a costa de su salud física y de su bienestar moral; porque su discernimiento no es tan grande que pueda servirle en su tierna edad, para evitar lo que halaga a sus instintos.³¹

El objetivo fundamental de la educación doméstica, a cargo de la madre, era reprimir el *instinto* en la medida de lo posible, dado que éste expresaba la inclinación de todo individuo hacia el mal. Aunque se partía de la premisa de que el niño es un ser bueno por naturaleza, existía la idea de que su misma inocencia lo hacía débil y, por tanto, corruptible. Por ello, la educación (tanto doméstica como escolar) debía contener una buena dosis de rigidez. Los más recurrentes instrumentos —morales, físicos, psicológicos— con que contaban los padres eran el premio, el castigo, el consejo y, sobre todo, el buen ejemplo.

No obstante compartir las clases media y alta un ideal romántico de niñez importado de Europa, lo cierto es que fueron los progenitores pertenecientes a la clase media quienes se comprometieron más seriamente con aquél. El uso común de nodrizas, por ejemplo, es una prueba de que, entre los estratos más altos, el deber de amamantar a los niños —nada menos que el primer punto del “Decálogo de la madre”— era regularmente desatendido: en general, los pequeños “aristócratas” eran criados por la servidumbre. Sin embargo, la gran cantidad de publicaciones dedicadas a las mujeres incluía un código de conducta que pretendía implantar dicho modelo en todos los ámbitos de la sociedad porfiriana.

Como bien describe Moisés González Navarro, mientras las señoras de clase media dedicaban su existencia a la solución de problemas caseros, las damas de la aristocracia se daban tiempo para asistir a “elegantes clubes y fastuosos bailes”, actitud indignante a juicio de la prensa clasemediera, que constantemente lanzaba acusaciones como la siguiente:

[...] aunque muchas mujeres están siempre dispuestas a amar a los niños y hasta sacrificarse por ellos ¡qué pocas son las que comprenden la inmensa responsabilidad contraída con la maternidad! [...] ¡qué pocas madres velan a la cabecera de sus hijos, prefiriendo ese placentero deber a pasatiempos falaces!³²

³¹ “Presencia de los niños”, en *La Clase Media*, abril de 1909, p. 2.

³² “La maternidad”, en *El hogar mexicano*, 1910, p. 70.



AGN



AGN

En el ámbito conformado por estas familias de la clase media y alta mexicana de principios de siglo, la actitud hacia la infancia se encontraba directamente asociada con el ideal positivista del progreso. Instituciones que concebían la niñez como un periodo de entrenamiento, a partir del cual el sujeto debía recibir “las mejores armas y los más seguros medios de defensa para abrirse paso en el mundo”.³³ Una vez provisto de tales elementos, el niño se convertiría en hombre y sería capaz de enfrentar la competencia, mejorando las condiciones de vida de las generaciones venideras.

Cabe aclarar, sin embargo, que este concepto correspondía exclusivamente al niño varón. Él era a quien se consideraba hombre del porvenir, promesa para el futuro: quien habría de llevar en sus manos el progreso social. La niña, por su parte, estaba destinada a cumplir el papel “que la naturaleza y la sociedad le impusieron” dentro del ámbito doméstico:

No se puede negar —opinaba cierto anónimo “experto” en materia de educación— que en la crianza de las hijas, es menester gran tiempo para no formar unas sabias ridículas. Las mujeres tienen por lo común un espíritu más débil y más curioso que los hombres y por esto no se les debe aplicar como empeño a aquellos estudios que pueden producir en ellas la tenacidad; y supuesto que no han de seguir la carrera de las armas, ni se han de dedicar al ministerio de las cosas sagradas, ni ejercitarse en la mayor parte de las artes mecánicas, se les puede privar de cierta extensión de conocimientos que pertenecen a la política, al arte de la guerra, a la jurisprudencia, filosofía, teología y artes.³⁴

Puede decirse que mientras el varón era concebido en sentido dinámico, como instrumento del progreso social, las cualidades que se otorgaban al género femenino poseían el carácter de inmutables. “De esta manera se preparó la separación de un ámbito ‘privado’ femenino hipostasiado como refugio dentro de la dura realidad que significa el ámbito público del varón.”³⁵

³³ *Ibidem.*

³⁴ *Ibidem.*

³⁵ Verena Radkau, *op. cit.*, p. 18.

LA INFANCIA OLVIDADA



*Hay niños que no son niños jamás,
hay quienes no tienen de la infancia más
que la debilidad y las lágrimas [...]*

La Clase Media, 1908.

LOS CONCEPTOS DE LA SOCIEDAD MODERNA OCCIDENTAL, CON SUS IMPLÍCITOS ANHELOS de orden, libertad e igualdad entre los individuos, eran válidos también para una sociedad culturalmente dependiente como el México porfirista. Sin embargo, como es bien sabido, la realidad estaba permeada en todos sus niveles por desigualdades profundas. La idea romántica de la niñez, imperante entre las clases media y alta, chocaba violentamente con el escenario que ofrecían las calles y el campo mexicanos de principios de siglo.

Las clásicas figuras del niño vestido de marinero o la niña cubierta de encajes, que implicaba una atmósfera de cariño, amparo, ternura, “un seno tibio donde reposar la cabecita [...] días de goce y risa, noches de reposo placentero mientras el amor de la madre vela en torno del lecho [...]”,³⁶ así como un considerable grado de aislamiento, era imposible en los niños trabajadores y, más aún, en los niños desamparados.

Los niños pobres se encontraban tan alejados de la realidad que vivían los sectores medios y altos de la sociedad porfiriana que, incluso, dejaron de ser considerados niños. La vagancia, el desempeño laboral prematuro, el trasiego de la vida entre lo insalubre y el descuido de sus padres, los habían convertido, a juicio de la prensa clasemediera, en adultos precoces y llenos de vicios: fumadores, bebedores, jugadores y, para colmo, “léperos”. Eran observados como pícaros irredentos y constituían una constante causa de

³⁶ “Niños que jamás son niños”, en *La Clase Media*, diciembre de 1908, p. 2.

preocupación ya que, de algún modo, representaban un latente peligro para la sociedad: eran el principal foco de contagio de las epidemias y también de los males morales. Un columnista de *La Clase Media* afirmaba:

Se distinguen por su falta de aseo, por su ropa hecha jirones, su cabello crecido y enmarañado, su físico raquítrico [...] Recogen en la calle el sarampión, las viruelas, la escarlatina; y allí, en su cuchitril [...] pasan sus enfermedades; una vez que salvaron la crisis, en imperfecta convalecencia, vuelven a la calle [...] se mezclan con niños sanos [...] y en todas partes derraman sus microbios [...]³⁷

En algunos casos, como lo muestra la siguiente cita, ni siquiera eran considerados dignos de ostentar el honroso sustantivo *niños*; era más apropiado referirse a ellos simplemente como *muchachos*:

[...] todos hemos visto en la corriente humana que circula por las calles y llena los paseos, a una multitud de niños de cara fresca, pero donde se ve retratada una angustia; no son niños, tienen en el rostro la prematura seriedad del hombre, tienen ya el rictus de un sufrimiento, de una pena o de un trabajo [...] por eso decimos que la niñez, cierta niñez se entiende, no lo es sino de nombre.³⁸

El “orden porfiriano” descansaba sobre la base de la polarización social. La división tajante entre “los de arriba” y “los de abajo”, que aparentemente contradecía el principio de la democracia, encontraba sustento ideológico en el propio discurso del positivismo: era evidente que los privilegios políticos y económicos que detentaban los individuos poderosos eran el resultado de su mayor aptitud natural, del mismo modo que la miseria era el resultado de la torpeza, de origen “genético”, de los desposeídos: “El pueblo de México —escribió Manuel Rivera Cambas en su *México pintoresco, artístico y monumental*—, verdadero enjambre de hombres, mugeres [*sic*] y muchachos harapientos que se agitan en medio de los chismes y las pasiones [...] esa multitud que no piensa en el día de mañana, toma el desorden por la libertad [...]”³⁹ Así las cosas, el problema no era que los pobres existieran, sino que, dada su natural ineptitud, entorpecieran el camino hacia el progreso de los más aptos.

En las ciudades era común que los niños trabajaran como aprendices, obreros o papeleros, lo cual indignaba enormemente a la opinión pública. Tal parece, sin embargo, que dicha actitud se centraba más en el daño que los pequeños trabajadores, así como los

³⁷ José González y González, “Cómo viven las familias pobres en la capital”, en *La Clase Media*, enero de 1909, p. 1.

³⁸ “¡La niñez se pierde!”, en *La Clase Media*, enero de 1909, p. 1.

³⁹ Manuel Rivera Cambas; *México pintoresco, artístico y monumental*, vol., II, p. 146.



AGN



AGN



AGN



AGN



AGN

mendigos, causaban a la comunidad citadina que en el desamparo en que vivían. En Chihuahua, por ejemplo, un columnista denunciaba:

desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde, los niños pobres de Chihuahua, en su gran mayoría, sólo piensan en vender muchos periódicos para ganar muchos centavos, y con ellos comprar muchas golosinas, jugar mucho al 'águila o sol', alquilar bicicletas, fumar cigarrillos, etc. La escuela es para ellos un sitio fastidioso, del cual procuran alejarse 'pintando venado' diariamente [...]⁴⁰

Con respecto a los niños trabajadores, como ha sido visto, las autoridades se limitaron a establecer un par de normas tendientes a hacer respetar la ley de enseñanza obligatoria, a partir de la prohibición del trabajo de los menores de edad que no hubieran concluido su instrucción primaria, cuestión que de ninguna manera se logró.

En el norte del país, donde se vivía un auge en la industria, la minería y la agricultura, fue encontrada una fuerte presencia de trabajadores menores de edad, quienes sufrían, al parejo de los adultos, pésimas condiciones laborales: jornadas de más de doce horas, negación del descanso dominical, maltrato, bajos salarios, insalubridad en los centros de trabajo, ausencia de indemnizaciones por accidentes de trabajo, etcétera.

Sobre todo en la industria textil, era común la contratación de mujeres y menores de edad. En 1887, el viajero inglés A.J. Campbell, en correspondencia con *Le Democrat de París* sobre la industria textil mexicana, asentó que "en las fábricas trabajan niños tan pequeños, que tienen que subirse en un cajón para alcanzar los husos". Ante tal comentario, *La semana mercantil* respondió: "Podrá suceder eso en algunas fábricas de las que haya visitado el señor Campbell; pero en la mayoría sólo se emplean *muchachos* de diez años para arriba."⁴¹ No hace falta decir que muchas industrias preferían la contratación de menores, pues ellos recibían, generalmente, salarios mucho menores que los devengados por los trabajadores adultos.

En cuanto al problema que representaba la niñez desvalida, puede decirse que se valió, sobre todo, de un recurso: ocultarla en las instituciones de beneficencia. La reclusión de los niños pobres, mendigos, abandonados y huérfanos, en asilos, hospicios y hospitales, fue la solución que el Porfiriato dio al enorme conflicto que significaba la proliferación de niños desnutridos, sin hogar, harapientos y con propensión a la delincuencia —inclinación ésta que más preocupaba a las élites porfirianas—.

Otro de los recursos de la época para *ayudar* a los menesterosos fueron los repartos "caritativos" de ropa, juguetes o alimentos que, de vez en vez, realizaban algunas socieda-

⁴⁰ *El correo de Chihuahua*, 30 de abril de 1911.

⁴¹ Vid. Fernando Rosenzweig, "La industria", en Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida económica*, vol. I, p. 405. (Cursivas nuestras.)

des de damas de la “alta sociedad”. Los *regalos* que se hacían a los *desposeídos*, en especial a los niños, era uno de los sucesos que la prensa de la época registraba con más entusiasmo. La siguiente nota de un evento, realizado en el marco de los festejos patrióticos de 1911, sirve de ejemplo:

La junta organizadora de los festejos patrióticos de la 4a. Demarcación, obsequió diez mil contraseñas a otros tantos niños pobres, para que concurrieran a una tamalada que tuvo verificativo en el Frontón Nacional, el miércoles último. No concurrieron tantos pero sí cinco mil, los mismos que fueron obsequiados con tamales y atole, con lo cual, por ser *muchachos* y ser *pobres*, se les proporcionó un momento feliz [...]⁴²

Así, a partir de la hemerografía consultada, es viable inferir que el único “mundo infantil” que existía en la última década del periodo porfiriano y, por tanto, las únicas costumbres que interesaba relatar eran aquellas pertenecientes a los niños de las clases media y alta. Sin embargo, que los niños de las clases bajas tuvieran que trabajar, tanto en el campo como en la ciudad, no significaba que hubieran dejado de ser niños, ni siquiera implicaba necesariamente abandono o maltrato de los padres. Su forma de vida, su función dentro del grupo doméstico, sus costumbres y mentalidades, eran simplemente distintos al ideal imaginado.

⁴² *La semana ilustrada*, 20 de octubre de 1911. (Cursivas nuestras.)



AGN

LA NIÑEZ CAMPESINA



*La casa de madera a la entrada del valle, donde su mujer y su hija
limpiaban los almudes del maíz para la siembra, y la misma parcela,
mitad polvorosa como un camino, mitad revuelta en líneas paralelas
como arañada por un enorme rastrillo [...] y su yunta y su hijo [...]*

RAFAEL F. MUÑOZ, *Vámonos con Pancho Villa.*

HASTA AQUÍ SE HA PLANTEADO QUE LA FAMILIA TRADICIONAL PORFIRIANA ASOCIABA EL método común de crianza con una tendencia al aislamiento: el grupo doméstico conyugal se aparta del mundo, asume el espacio cerrado de la casa como su dominio privado y encausa toda su energía a ayudar a los hijos a abrirse paso en la vida, individualmente y sin ambición colectiva. No así la familia campesina. El concepto de infancia y los métodos de crianza que en ésta se desarrollaban responden a un ideal, si no opuesto, por lo menos enormemente alejado del que se ha descrito anteriormente.

En primer lugar, el grupo doméstico campesino puede estructurarse de dos maneras distintas: la primera consiste en el conjunto conyugal o “nuclear”, conformado por marido, mujer y prole; la segunda, que recibe el nombre de “extensa”, puede consistir en un hombre con varias esposas y los hijos que ellas conciban, en familias pertenecientes a varias generaciones, o en grupos nucleares de la misma generación.⁴³

En el norte del país coexistían dos tipos básicos de trabajadores agrícolas: los pequeños propietarios o rancheros y los trabajadores asalariados, cuya característica principal era su capacidad de movimiento, la cual les permitía transitar del trabajo agrícola al industrial o minero y viceversa. Esta situación hacía que la estructura socioeconómica —a cuyo servicio se organizaba el agregado doméstico— fuera heterogénea y dispersa.

⁴³ Vid. Eric Wolf, *Los campesinos*, Barcelona, Labor, 1971.

En estas circunstancias, entonces, se podían encontrar **ambos tipos** de organización familiar: los campesinos “acomodados”, dotados de una pequeña propiedad, tenían la posibilidad de organizarse en familias extensas para facilitar el trabajo, y aquéllos que se desempeñaban como trabajadores eventuales, carentes de tierra propia, debían establecerse en grupos familiares compactos que permitieran su movilidad, siendo estos últimos los más numerosos. Resulta que, a diferencia de lo que ocurría en el sur del país, donde predominaba el tipo de familia extensa, la región del norte presentaba ciertas condiciones que determinaron la preponderancia de familias de tipo conyugal.

Las crónicas escritas por observadores foráneos, así como las memorias y relatos de lugareños, ofrecen una buena cantidad de descripciones que confirman la ascendencia de familias conyugales en la región norteña. En la mayoría de los casos las viviendas descritas eran de un solo cuarto —máximo dos—, en el cual se realizaban todas las actividades familiares: por la noche funcionaba como dormitorio general para los miembros de la familia y durante el día servía de cocina y comedor. Asimismo, las familias estaban integradas por grupos pequeños: padre, madre y de dos a cuatro hijos. Valga como ejemplo la descripción que incluye Rafael F. Muñoz en su relato “El saqueo”:

En un rincón de las montañas de la Sierra Baja [...] a la orilla de un arroyo olvidado por la geografía y a muchos kilómetros lejos de caminos reales y vías férreas, había una casucha de adobe y troncos de pino [...] En derredor de ella un huertecillo en el que trabajaban una mujer y dos muchachitos [...] Durante el día hallábanse solitarios en el silencio de las montañas desiertas, pero al caer la tarde llegaban un hombre, un muchacho, dos mulas y un perro, que eran el resto de los pobladores de aquella rinconada, y que de sol a sol trabajaban la tierra de las laderas, arando parcelas pequeñas y sembrando maíz, frijol y papa.⁴⁴

Por otra parte, a diferencia de la forma de organización doméstica y laboral descrita por Muñoz, propia de una familia de arrendatarios, el trabajo que realizaban los peones, dentro de las haciendas, implicaba un tipo de organización de carácter más comunitario en el que se hacía indispensable la cooperación entre las distintas familias. Si bien éstas no habitaban una misma *casa*, por lo que no puede identificarse como un único grupo doméstico, sí compartían un mismo espacio de trabajo y buena parte de las faenas cotidianas. Así lo muestra el siguiente pasaje tomado de *México Insurgente*:

Abajo en la hondonada, más de un centenar de casas de los peones formaban una vasta plaza abierta, en la que niños y animales retozaban juntos mientras las mujeres se arrodillaban en su eterna molienda de maíz. Afuera en el desierto, una tropilla de vaqueros cabalgaba lentamente al hogar a menos de un kilómetro por el río, la cadena sin fin de mujeres cubiertas con rebozos oscuros acarreando el agua sobre sus cabezas [...] ⁴⁵

⁴⁴ Rafael F. Muñoz, “El saqueo”, en *Relatos de la Revolución*, p. 71.

⁴⁵ John Reed, *México Insurgente*, p. 28.



CESU



AGN



AGN



AGN



AGN

Con todo, ya sea en familias de tipo extenso o de tipo conyugal, lo que define finalmente al grupo doméstico campesino es la forma en que sus miembros se relacionan con el trabajo y la naturaleza. El ámbito de lo propio y lo íntimo adquiere un sentido más local que espacial, lo que significa que la casa, como símbolo del dominio familiar, no queda limitada a los muros que contienen la vida privada que transcurre en su interior. Por el contrario, ésta incluye el indivisible conjunto de habitación y tierra. Por su parte, la familia se determina como tal en tanto que se organiza alrededor del trabajo y, asimismo, sus miembros se definen unos a otros en función de la solidaridad entre ellos.

Ahí donde la casa se confunde con la tierra, donde el grupo doméstico funciona como unidad de producción y donde no reina el individualismo de las sociedades industriales, el niño se enfrenta, pues, a un paisaje abierto. Las necesidades de la comunidad se imponen a las de los individuos que las conforman. Cumplir con ellas implica, forzosamente, romper con todo tipo de aislamiento: salir a la intemperie y vivir en contacto constante con otros seres, humanos y animales:

Es imposible imaginar —comenta John Reed en el mismo pasaje de *México Insurgente*— lo cerca de la naturaleza que viven los peones de esas grandes haciendas. Sus propias casas están construidas de la tierra que pisan, calcinadas por el sol. Su alimento es el maíz que siembran; lo que toman, el agua que corre por el río que se agota, transportada dolorosamente por sus cabezas, las ropas que usan tejidas de lana y sus huaraches de piel de novillo recién sacrificado. Los animales son sus constantes compañeros, familiares en sus casas. La luz y la oscuridad son su día y su noche [...] ⁴⁶

Más que como simple entorno físico, el paisaje funciona como proveedor: el campo, los ríos, los árboles, son medios de subsistencia. La tierra ofrece el alimento —como tal es el origen de la vida—, también es el espacio vital, resguardo de las historias familiares.

El niño campesino crece libre de la disciplina y el afán de las supervisiones materna y escolar. Su preparación intelectual no es, en modo alguno, necesidad vital u obligación que involucre a su familia como grupo: todo esfuerzo por instruirlo corresponde, estrictamente, a las inquietudes de un Estado orientado hacia la modernidad. No se inculca en el infante el sentido de competencia ni se le hereda la preocupación por superar en términos generacionales a sus predecesores.

En sentido general, las comunidades campesinas de México poseen una percepción del tiempo histórico distinta a la de los grupos urbanos. De ahí que no persigan el ideal del progreso. Entre ellas prevalece una mentalidad que se relaciona fundamentalmente con la idea del ciclo natural: la función vital del grupo doméstico consiste en asegurar la permanencia mediante el trabajo cotidiano: asegurarla incluso después de la muerte de quienes conforman el grupo.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 29.



AGN

1987



AGN



AGN



AGN



AGN

Comúnmente, el niño campesino no se **desarrolla bajo el aislamiento y las atenciones especiales** que requiere el “niño ideal”: en el mayor de los casos carece de la instrucción escolar más elemental —puede decirse que vive al aire libre, por ello se encuentra expuesto a las enfermedades—, carece, también, de un espacio íntimo propio y, lo más grave (en términos de lo que hoy se conoce como derechos de la infancia), trabaja codo a codo con sus mayores. De ahí que la prensa porfiriana, inspirada en el modelo ideal de familia, sostuviera que aquél no podía considerarse estrictamente niño.

Dicha afirmación no es en absoluto absurda. Entre las primeras aproximaciones a la historia de la infancia, emprendidas por historiadores europeos, una de las más importantes, la de Philippe Ariès,⁴⁷ plantea como tesis central que, hasta antes del siglo XVII, no existía en Europa la idea de infancia como una fase aislada de la vida humana; una vez que los seres humanos podían vivir sin la solicitud constante de sus madres, entraban a formar parte de la vida adulta. De modo que el concepto de niñez resulta ser, según este historiador, una suerte de invento de la sociedad occidental moderna.

Así pues, partiendo de la idea de que existe un único concepto posible de infancia, que se identifica con el modelo ideal expuesto anteriormente, es lícito afirmar, retomando la tesis de Philippe Ariès, que entre las familias campesinas del Porfiriato no existía una idea de infancia que estableciera una distinción clara entre el mundo del adulto y el del niño, ya que éste se vestía como adulto, trabajaba como adulto y, como se verá más adelante, iba a la guerra como adulto.

Sin embargo, hay que aclarar, en primer lugar, que el trabajo infantil no implica el ingreso prematuro al mundo de los adultos: tener una visión comunitaria de la vida no equivale a que los miembros que conforman la comunidad se confundan unos con otros. Dentro del engranaje del trabajo cotidiano, el niño desempeña funciones específicas, funciones que solamente él, como niño, tiene la capacidad de cumplir adecuadamente.

En los ambientes rurales —explica Michel Perrot— la familia es una empresa, la casa un espacio de trabajo, y los papeles respectivos de padres e hijos, de jóvenes y viejos, de hombres y mujeres se hallan rigurosamente establecidos dentro de una complementariedad cuya serenidad no hay que exagerar.⁴⁸

En ciertas haciendas porfirianas del norte del país, los hijos de los peones realizaban la tarea de la siembra: “El padre cosechaba con la yunta y los hijos a sembrar [...] a los que les sobraban hijos los repartían [...] hay gente que no tenía, no tenía sembrador.”⁴⁹

⁴⁷ Vid. Philippe Ariès, *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Madrid, Taurus, 1987.

⁴⁸ Michel Perrot, *op. cit.*, p. 114.

⁴⁹ Entrevista con el señor Julián Escobedo Girón, realizada por María Isabel Souza, 5 de noviembre de 1973, Torreón, Coahuila, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/115.

Por lo demás, aun entre los mismos niños, existían diferencias respecto a las funciones que se les asignaba de acuerdo con su edad y género. A partir de las imágenes revisadas, en términos generales, es posible observar dos etapas distintas, posteriores al periodo de la lactancia.

Una vez que el pequeño había dado sus primeros pasos, libre del rebozo que lo sujetaba a la espalda de la madre, o a la hermana, se iniciaba un primer momento de su niñez, el cual se extendía, aproximadamente, hasta los siete años. Durante este tiempo se mantenía cerca de la madre, colaborando en las actividades domésticas —como la preparación de los alimentos y el desgrane del maíz—, haciendo *mandados*, acarreado agua, u otros quehaceres. Pasados los siete, los varones se iniciaban en las labores propias del campo, aunque realizando trabajos más suaves que los adultos. Y no era sino hasta alrededor de los trece años que ingresaban, finalmente, al mundo de los adultos, alcanzando el término de su niñez.

La infancia femenina resultaba aún más corta que la del varón, pues las niñas se iniciaban en las labores “propias de su sexo” desde la primera infancia. En ellas, los cambios entre una etapa y otra se sucedían en una forma mucho más gradual. La mayoría se convertía en madre apenas alcanzada su adolescencia —a partir de los doce o trece—; aunque, con frecuencia, las niñas fungían como tales desde antes, ya que se les encomendaba el cuidado de sus hermanos menores.

En *Los niños olvidados*, Linda Pollock señala que “culturas diferentes poseerán métodos diferentes de criar a sus hijos, pero comparten el mismo fin, que no es otro que llevar al niño desde sus primeros días hasta una etapa en que sea adulto independiente [...] capaz de participar plenamente en la sociedad”.⁵⁰ De modo que, según esta autora, la preocupación por la supervivencia física y el buen desarrollo de los menores es, en realidad, una actitud común a todos los grupos sociales, dado que ellos representan lo indefenso y débil, que debe ser protegido, vigilado y educado, además de constituir un elemento valioso para la sociedad.

Dicha tesis se ajusta mejor que la de Ariès al caso de la niñez campesina del Porfiriato: a pesar de que los niños se convertían en fuerza de trabajo a temprana edad, es posible percibir, en algunas manifestaciones culturales del México rural de principios de siglo, una actitud particular hacia la infancia. Actitud estrechamente relacionada con la mentalidad católica, y entremezclada con ciertos rasgos de religiosidad prehispánica. El ejemplo más claro se observa en los rituales que se efectuaban (y se efectúan todavía) en torno a *la muerte niña* en distintas regiones del país, incluyendo, por supuesto, la del norte.

Libre ya del pecado original, por el bautismo recibido y su corta edad, no hay duda de que el niño muerto entrará de manera directa al paraíso. Así, sus padres experi-

⁵⁰ Linda A. Pollock, *Los niños olvidados. Relaciones entre padres e hijos de 1500 a 1900*, p. 55.

mentan un doble sentimiento: el dolor por la pérdida, como la alegría que les provoca la certeza de que su hijo, convertido en “angelito”, vivirá para la eternidad. He aquí la sorprendente visión de John Reed frente a lo que calificó como la “procesión más extraña del mundo”:

El sonido de la música, música alegre, me hizo sentar [...] Primero venía un peón harapiento con la rama en flor de cierto árbol. Detrás de él, otro llevaba sobre la cabeza una pequeña caja similar a un ataúd [...] por encima de él yacía el cuerpo de una niñita, con los pies descalzos y las pequeñas manos morenas cruzadas sobre el pecho. Tenía una guirnalda de flores de papel sobre la cabeza, todo su cuerpo estaba cubierto de ellas. Un arpista iba al final, tocando un vals popular llamado ‘Recuerdos de Durango’. El cortejo fúnebre se movía lenta y alegremente, pasando por un campo de rebota, donde los jugadores jamás cesaban su partido de pelota, hasta el pequeño camposanto.⁵¹

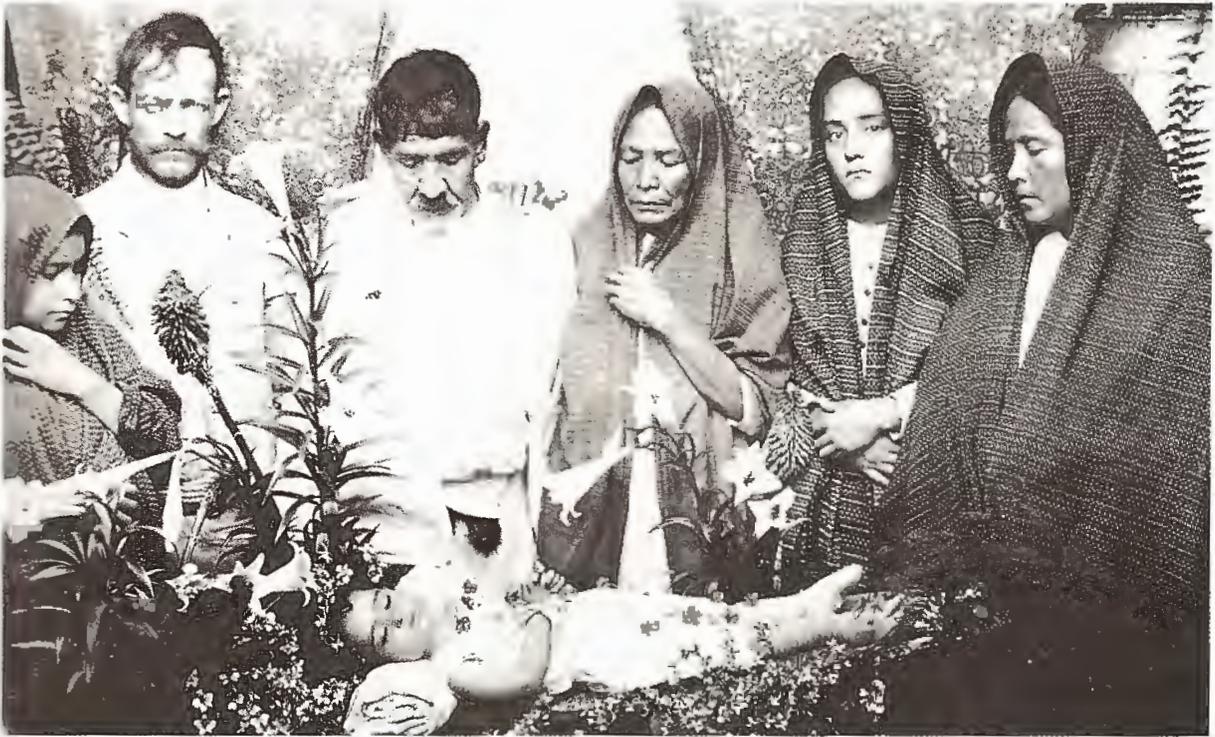
Entendiendo el concepto de *infancia*, en su sentido más amplio, como la distinción clara entre el mundo adulto y el mundo infantil, aquellos rituales funerarios constituyen una prueba de que, entre las familias campesinas de México, los niños eran, de hecho, considerados como criaturas de naturaleza distinta a la de los adultos.

Fue este mundo campesino, con toda su carga de tradiciones, costumbres y hábitos propios, el que marcó, mayoritariamente, el proceso revolucionario que se inició en el país en 1910.

La Revolución Mexicana fue básicamente una revolución campesina. “Los despojados del sur y los desarraigados del norte ambicionaban algo común, la tierra, pero a partir de planteamientos diferentes y, naturalmente, de soluciones diversas.”⁵² Los hombres del norte (campesinos despojados, peones asalariados, arrendatarios, vaqueros y pastores) se alzaron en armas, primero en 1910, y después con mucho más fuerza en 1913, siguiendo a Francisco Villa. Al abandonar sus hogares, muchos de ellos lo hicieron llevando consigo a su familia, sus animales y algunos enseres domésticos. Así, durante la marcha revolucionaria, se fueron construyendo los espacios para llevar a cabo la reproducción de la vida familiar cotidiana, transformando el rostro de la Revolución en un movimiento popular, que incluiría a hombres, mujeres, ancianos y niños.

⁵¹ John Reed, *op. cit.*, p. 48.

⁵² Eugenia Meyer, “El estado bárbaro del norte”, en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, p. 176.



Colección particular



AGN

Capítulo III

¡VÁMONOS CON PANCHO VILLA!



LA DIVISIÓN DEL NORTE

*Porque aunque a todos les pese
dio pruebas de su valor,
en los estados del norte
Pancho Villa era el terror.*

*Villa fue leal partidario,
siempre benigno y sincero,
vengó la horrible traición
que le hicieron a Madero.*

*Cuando ese infame de Huerta
a Madero traicionó
Francisco Villa en el norte
en armas se levantó.*

“La muerte de Francisco Villa”.

EL LLAMADO DE FRANCISCO I. MADERO PARA QUE “EL PUEBLO DE MÉXICO” SE LEVANTARA en armas en noviembre de 1910, hizo eco, en un primer momento, en unas cuantas regiones, principalmente en el norte del país. Sin embargo, en poco tiempo, el movimiento fue creciendo y extendiendo su presencia hacia el centro de la República. Madero, cuyo fin principal era impulsar un cambio en el sistema político, logró encabezar un movimiento popular y rural, cuyas razones bélicas se encontraron más que en el terreno político en las circunstancias locales y en la prolongación de los problemas ancestrales.

La inestabilidad laboral en que vivían los trabajadores semiagrícolas y semiindustriales en el norte del país, el favoritismo con que eran tratados los extranjeros, el desempleo reinante, las pocas posibilidades de adquirir tierras, la carestía y el descenso de los salarios y, en particular, el despojo de que habían sido objeto los pequeños propietarios y las comunidades, fueron elementos suficientes para emprender el camino de las armas.

Para 1911 era evidente que el llamado de Madero había provocado una inmensa movilización popular. La Revolución fue creciendo de manera espontánea, a pesar de que había un grito unificador —¡Viva Madero!— y un plan político —el de San Luis—. Los contingentes de revolucionarios eran pequeños, locales y casi se podría decir “familiares”, en tanto que se formaban, en gran medida, a través de los lazos de parentesco, compadrazgo y vecindad, que unían a los alzados entre sí.

Francisco Villa, conocido como el famoso bandolero Doroteo Arango, junto con su compadre Tomás Urbina, organizó también su propio grupo de revolucionarios de

acuerdo, al igual que otros contingentes, con los planes proyectados por Abraham González, jefe del antirreeleccionismo en el estado. Aunque en principio el grupo de Villa contaba con apenas treinta hombres, en poco tiempo se convirtió en uno de los contingentes más numerosos de la Revolución.

Estos grupos no seguían tácticas militares convencionales (de ejército a ejército) ni un método para hacer la guerra; su estrategia fueron los ataques relámpago a las poblaciones, los asaltos a las haciendas para confiscar armas, caballos y alimentos, y acciones de sabotaje tales como cortar las vías de comunicación ferroviaria y quemar los puentes. La gran movilidad de los insurgentes era otra de sus características militares. Eran hombres que conocían el terreno que pisaban y generalmente contaban con el apoyo de sus familiares, amigos o conocidos, en las poblaciones y rancherías. Si bien la misma necesidad de moverse rápidamente por la sierra imposibilitaba en ocasiones la presencia entre la guerrilla de mujeres y niños, éstos no dejaron de colaborar activamente en la lucha, ya fuera proporcionando alimentos a los alzados cuando entraban en alguna plaza o ranchería, o consiguiendo información sobre la actividad que realizaban las tropas federales.

Conforme avanzaba la Revolución, se fue estableciendo un tipo de ejército más "formal", producto de la unión de pequeños grupos de insurrectos y sumado a su propio crecimiento. Se asignaron a sí mismos, entonces, los nombres de ejércitos, brigadas y columnas, utilizando en su organización interna los grados militares tal y como lo proponía el artículo transitorio del Plan de San Luis, de acuerdo con el número de hombres que cada jefe tuviera a su mando.

Al intensificarse la Revolución, al "formalizarse" los ejércitos y al abandonar las tácticas guerrilleras, el movimiento revolucionario comenzó también a transformar su fisonomía. No obstante existir un pequeño grupo dirigente conformado por miembros de las élites económicas e intelectuales, la gran mayoría de los hombres que integraban las tropas eran campesinos, obreros, mineros, ferrocarrileros, desempleados y bandidos, quienes se unieron a la Revolución, muchas veces, con todo y su familia.

La revolución maderista triunfó después de la famosa toma de Ciudad Juárez, la cual se verificó entre el 8 y 10 de mayo de 1911, mismo sitio donde se firmaron, el 21 de mayo, los tratados de paz cuyas principales cláusulas contemplaban las renunciaciones de Porfirio Díaz y Ramón Corral, la sucesión legítima en la Presidencia interina de Francisco León de la Barra, quien convocaría a elecciones generales, el cese inmediato de las hostilidades y el licenciamiento de las fuerzas revolucionarias.

Con los tratados de Ciudad Juárez, la revolución maderista se dio por terminada, más tarde se procedió a licenciar a las tropas populares que le habían dado el triunfo. Para Madero la Revolución había terminado, mas para la mayoría de los campesinos, mineros y trabajadores, que se habían levantado en armas demandando tierras, por reivindicaciones laborales o con la esperanza de regresar a sus trabajos con mejores condiciones, la Revolución apenas había comenzado.



Library of Congress



Library of Congress



Francisco Villa se había convertido, para 1911, en uno de los revolucionarios más afamados de la revolución que él encabezaba. Se había distinguido por sus triunfos militares pero, sobre todo, por la facilidad con que atraía adeptos a sus filas. Sin embargo, los pocos meses que duró la Revolución apenas alcanzaron para trazar el esbozo de su liderazgo y de la presencia que años más tarde alcanzaría sobre la región norteña.

Con la aparente “paz” lograda después de los tratados de Ciudad Juárez, Villa se retiró a la vida privada y a sus negocios de ganado. Mientras tanto, Francisco I. Madero, quien había tomado posesión de la Presidencia el 6 de noviembre de 1911, hacía malabares para sostener un gobierno que no terminaba de convencer ni a los revolucionarios ni a los antiguos porfiristas. Con el descontento de miles de revolucionarios del norte del país —licenciados sin obtener ningún beneficio—, con la persistencia de las luchas zapatistas en el sur, con una prensa y opinión pública agresivas, sin el apoyo real de un círculo político que añoraba su origen porfiriano y enfrentando los embates de una política crecientemente desfavorable por parte de Estados Unidos, el gobierno de Madero, dividido y débil, hacía empeños por sobrevivir.

Finalmente, en 1913, un golpe de Estado terminó con el gobierno y las vidas del presidente Madero y la del vicepresidente Pino Suárez, acciones que posibilitaron a Victoriano Huerta su ascenso al poder, encendiendo, nuevamente, la Revolución en el país. La revolución popular que había sido suspendida en 1911 renació con mayor intensidad, pues no solamente se trataba de vencer militarmente a un gobierno usurpador y reaccionario a los ideales revolucionarios de 1910, sino también de alcanzar las demandas sociales que continuaban pendientes.

El mandatario de Coahuila, Venustiano Carranza, desconoció al gobierno de Huerta y proclamó el Plan de Guadalupe, que instaba a la lucha revolucionaria. Plan que aglutinó los dispersos y espontáneos brotes rebeldes que surgieron en casi todo el país con un solo objetivo: restaurar el orden constitucional quebrantado por Huerta. El 18 de abril, en Monclova, las distintas facciones revolucionarias —a excepción de los zapatistas que continuaron su propia lucha— aceptaron secundar el Plan de Guadalupe.

A pesar de que Villa aceptó los lineamientos de organización militar dictados por Carranza y reconoció a éste como Primer Jefe de la Revolución, el movimiento villista fue definiendo, desde muy temprano, sus propias características y aspiraciones. Movimiento básicamente popular que demandaba la solución de sus problemas ancestrales, integrado por antiguos colonos militares, rancheros, pequeños propietarios, vaqueros y pastores, peones libres, mineros, obreros, ferrocarrileros, bandoleros y demás miembros de los grupos marginados, dispersos a lo largo de la frontera con Estados Unidos.

Los triunfos militares que lograba Villa hacían que sus tropas se multiplicaran: en cada poblado y rancharía se sumaban voluntarios que a su vez invitaban a sus familiares y vecinos. Cientos de hombres, muchas veces acompañados por sus mujeres e hijos, se unieron al villismo abandonando sus hogares. Para muchos, Pancho Villa simbolizaba

romper con las jerarquías sociales establecidas, la posibilidad de “quitarle a los ricos para devolverle lo que era suyo a los pobres”, y una certeza: la defensa de “lo propio”: la tierra. Al mismo tiempo, el hecho de unirse a los “rebeldes” era también una forma de escapar de la leva federal.

A Villa se unieron, además, muchos jefes revolucionarios que contaban con sus propios grupos guerrilleros. Así, con la unión de las tropas de Toribio Ortega, Juan N. Medina, Fidel Ávila, Maclovio Herrera, Tomás Urbina, Rodolfo Fierro, Calixto Contreras, los hermanos Aguirre Benavides, Yuriar y Juan E. García, en septiembre de 1913 nació la famosa División del Norte. Las tropas que comandaba cada uno de estos revolucionarios variaban en número de hombres, algunas apenas contaban con 200 guerrilleros, mientras que otras pasaban de 600. El total de las fuerzas revolucionarias que se unieron a la División pronto rebasó los 5 000 hombres. Villa fue nombrado entonces el “general en jefe” de todas las brigadas que se constituyeron.

Villa tomó como molde, para la organización de su ejército, a la antigua División del Norte comandada por Huerta —a la cual había pertenecido en 1912 para defender al gobierno de Madero de la rebelión encabezada por Pascual Orozco— y muy pronto la dotó de servicios tales como sanidad, transporte y alimentación. En cuanto a su estructura militar, organizó las tres armas: infantería, caballería y artillería. Sin embargo, la estructura interna de la nueva División del Norte no siempre obedeció el ideal que Villa deseaba. El *Centauro del Norte* pretendía profesionalizar a su ejército, establecer jerarquías militares, utilizar tácticas planificadas para la guerra. Metas casi imposibles de cumplir si es considerado que se trataba de un ejército de voluntarios, de soldados improvisados, quienes obedecían a sus propios jefes locales y que llevaban consigo a sus familias, mujeres e hijos.

Cuando Villa trató de organizar esta heterogénea unión de fuerzas locales (muchas de las cuales eran campesinas) en una sola fuerza efectiva de combate, se encontró tremendas dificultades: ¿cómo convencer a los campesinos de combatir fuera de las comunidades, e incluso fuera de los límites de Chihuahua, para dirigirse al sur, a la ciudad de México? ¿Cómo controlar efectivamente a estos oficiales elegidos por sus paisanos y contrarrestar su enorme fuerza sobre los hombres? ¿Cómo abastecer a sus hombres de armas, municiones, uniformes? ¿Cómo adiestrarlos para ser verdaderos soldados?¹

Villa prometió a cada revolucionario tierras propias y, paralelamente, restituir las tierras expropiadas a los poblados. Villa pagó un salario a sus tropas con regularidad y permitió, a quien dejaba a la familia en el norte, proveerla. Además de su leyenda, el aire de invencibilidad que lo rodeaba, ejercían una fuerte atracción sobre las poblaciones.

¹ Vid. Friedrich Katz, “Pancho Villa y la Revolución Mexicana”, en *Revista mexicana de sociología*, p. 99.



Library of Congress

829.
Horne
Co.
Gen. Fierro.
Gen. Villa.
Gen. Ortega.
Col. Medina.

Archivo Fotográfico
de Estudios de Historia de México
Condumex



Condumex

Transformar su ejército, suerte de migración popular acompañada por mujeres y niños, en una fuerza militar eficiente, era muy difícil; a pesar de sus esfuerzos, Villa nunca lo consiguió completamente. Quizá lo consiguió al formar el cuerpo de los *Dorados*, unidad selecta que respondía directamente a sus órdenes, equipada con buenos caballos y mejor armada, a la que no seguía ningún grupo civil, ni mujeres o familia.

A partir de septiembre de 1913, la División del Norte se volvió una fuerza incontenible. Sus victorias militares se extendieron por todo el norte del país; para 1914 el ejército villista llegó a ser el más numeroso y organizado de los que participaban en la Revolución. En marzo, Felipe Ángeles se unió a la División del Norte para encargarse, en adelante, de la artillería. Para muchos, fue Ángeles el verdadero cerebro del ejército villista. Recuerda, por ejemplo, el teniente coronel Arturo López:

La gente más organizada que hubo dentro de la Revolución fue la del general Villa. Posiblemente no por él, sino por el general Felipe Ángeles [...] Este señor empezó a disciplinarnos, empezó a organizarnos porque los ciudadanos armados sabíamos que íbamos a salir 50, pero no sabía si era escuadrón, si era sección o si era pelotón [...] y el señor general Ángeles vino a decirnos cuál era la misión de cada uno [...] fue el verdadero organizador de la División del Norte.²

Se calcula que llegaron a ser más de 50 000 hombres vestidos de negro, con sombrero tejano de igual color y paliacates rojos anudados al cuello. Además de los soldados, mujeres y niños, el ejército villista se componía de doctores, enfermeras, pagadores, cocineros y cocineras, bandas de músicos, periodistas, fotógrafos, cineastas y demás agregados complementarios, lo que daba a éste una fisonomía de ciudad errante, donde se llevaban a cabo, organizadamente, todas las actividades propias de la vida cotidiana.

Los trenes se convirtieron en el hogar móvil de los villistas. Durante 1914, los villistas recorrieron a bordo de los trenes el norte de la República, librando victoriosas batallas como la de Torreón (3 de abril) y la de Zacatecas (23 de junio). Con éstas victorias, el norte quedó en poder del constitucionalismo. Sin embargo, era ya evidente que el movimiento villista había alcanzado su propia fuerza y autonomía, cada vez más difícil de conciliar con el orden que exigía Venustiano Carranza.

El 13 de agosto de 1914 se firmaron los tratados de Teoloyucan, con los cuales se ponía fin a la dictadura de Victoriano Huerta y se confirmaba el triunfo constitucionalista. Aparentemente, la Revolución debía así llegar a su fin; sin embargo para ese momento, quizá más que nunca, la Revolución se encontraba completamente dividida.

² Entrevista con el teniente coronel Arturo López Flores, realizada por Jaime Alexis Arroyo, 31 de enero de 1961, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/3.

Una nueva fase de la Revolución comenzó entonces. Los constitucionalistas, reconociendo como Primer Jefe a Venustiano Carranza, establecieron su propio gobierno; por su parte, los villistas y zapatistas se unieron para respaldar al gobierno elegido por la Convención de Aguascalientes en octubre de 1914. Los encuentros bélicos entre los ejércitos y las entradas y evacuaciones de los distintos gobiernos a la ciudad de México, fueron una constante durante 1915. Finalmente, en lo que parecía ser el momento cumbre del movimiento villista, comenzaron los triunfos militares del constitucionalismo, que terminarían por mermar a la poderosa División del Norte.

Entre abril y julio de 1915, se llevaron a cabo las grandes batallas del Bajío entre villistas y los constitucionalistas comandados por Álvaro Obregón: Celaya, Silao, León y Aguascalientes. Batallas que se convirtieron en derrotas para los villistas. La División del Norte, vencida militarmente, comenzó también a fracturarse: cientos de soldados villistas optaron por regresar a sus hogares aceptando la amnistía ofrecida por Carranza; algunos prefirieron pasarse al bando constitucionalista, otros, como Felipe Ángeles y los hermanos Madero, decidieron trasladarse a Estados Unidos.

Después de un intento fallido por extender sus dominios sobre Sonora, en noviembre de 1915, el ejército villista —según cifras de Álvaro Obregón— había quedado reducido a unos 3 000 hombres, quienes se vieron obligados a internarse en la sierra y regresar a la antigua guerra de guerrillas. Nuevamente Villa —como apunta Aurelio de los Reyes— “es el fugitivo sobre el que caen infinidad de calificativos peyorativos, otra vez es la fiera acosada que anda a salto de mata, vuelve a ser el marginado que pelea por los marginados; sin proponérselo es de nueva cuenta el símbolo de los perdedores.”³

Desde que la División del Norte fue derrotada y la gran mayoría de los soldados hubo depuesto las armas, el movimiento villista limitó su espacio de acción a su antiguo territorio enmarcado por las sierras, valles y montañas, que bordean el estado de Chihuahua y sus poblaciones limítrofes. La fisonomía de las tropas también cambió radicalmente, no sólo se había reducido considerablemente el número de hombres que las conformaban, además dejaron de acompañarlas mujeres, niños y demás población flotante —doctores, enfermeras, periodistas, fotógrafos, camarógrafos—, que había caracterizado a la antigua División del Norte. Villa se rodeó, a partir de entonces, solamente por sus hombres más leales, de su fuerza de *Dorados*. Como novedad —quizá por la desesperación de Villa ante las desertiones entre sus tropas—, se introdujo la leva villista, lo cual acrecentó, sobre todo en las poblaciones de la sierra de Chihuahua, el sentimiento de “terror” que producía entonces la figura de Francisco Villa, minando la popularidad y el respeto que había alcanzado en sus mejores tiempos.

³ Aurelio de los Reyes, *Con Villa en México. Testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución. 1911-1916*, p. 73.

Un ejemplo de esto se encuentra en la breve ocupación de Torreón en diciembre de 1916. Ahí Villa consiguió alrededor de 2 000 hombres mediante “una virtuosa combinación de temor y buena voluntad: una multitud de pelados estaba reunida ante el hotel Francia, esperando poder ver y admirar a Villa. Éste salió pistola en mano, ordenó que amonestaran a todos y escogió a los hombres más aptos, a quienes obligó a enlistarse en el ejército”.⁴

Durante 1916, el gobierno de Carranza tuvo que enfrentar serios problemas internacionales producto de los ataques villistas contra personas e intereses norteamericanos. El mayor de ellos fue la famosa entrada de Villa a Columbus, Nuevo México. El ataque empezó a las cuatro de la mañana del 9 de marzo y terminó una hora después. El mismo día, el general Pershing pidió autorización para cruzar la frontera en expedición punitiva y capturar a Villa. Con cerca de 5 000 hombres de caballería, infantería y artillería, Pershing penetró en territorio mexicano el 15 de marzo, a pesar del rechazo expreso por parte del gobierno constitucional de Carranza.

La expedición de Pershing no logró la captura de Villa, mucho menos consiguió amedrentarlo. La guerrilla villista aparecía y desaparecía con igual facilidad en el extenso territorio de Chihuahua, logrando pequeños triunfos militares y ocupando momentáneamente algunas plazas principales. A pesar de los intentos del gobierno de Carranza por sofocar la rebelión, el movimiento villista no desapareció completamente hasta que, después del asesinato de Carranza en Tlaxcalantongo y el triunfo de la rebelión de Agua Prieta, Francisco Villa decidió rendirse ante el presidente provisional Adolfo de la Huerta. Después de diez años de guerra casi ininterrumpida, el *Centauro del Norte* se instaló en la hacienda de Canutillo para vivir ahí, hasta el día de su asesinato en 1923, rodeado por su guardia personal de *Dorados*, sus esposas y decenas de niños.

⁴ Vid. Alan Knight, *La Revolución Mexicana; del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*, vol. II, p. 916.



CESU



CESU

EL NUEVO ESPACIO DOMÉSTICO

Poco después [de la entrevista Villa-Madero] las tropas villistas viajan en tren; sobre la vía va a comenzar a escribirse también episodio tras episodio estrujante y revelador; el tren comienza ser lo mismo espía que hospital, ariete que polvorín; es mensajero, cuna de idilios y cuna de infantes.

VÍCTOR CEJA REYES,
Francisco Villa. El hombre.

PARA LOS MILES DE HOMBRES QUE DECIDIERON TOMAR EL CAMINO DE LAS ARMAS Y UNIRSE al ejército villista, la Revolución significó un trastocamiento de su vida cotidiana y privada. Sin embargo, se debe considerar que no se trató de una alteración en términos absolutos. Como explica Rafael Torres Sánchez: “la vida cotidiana puede seguir su curso en el contexto más amplio de un movimiento revolucionario ora atenuando, ora definiendo, ora adaptándose sin mayores consecuencias a las transformaciones que la onda expansiva del movimiento desata sobre las diversas regiones [...]”⁵

A diferencia del ejército zapatista, cuya guerra fue mucho más local, los villistas traspasaron las fronteras regionales, logrando grandes movilizaciones humanas hacia el centro y occidente del país, lo que dio al movimiento villista la fisonomía de una migración en masa que permitió, en el nuevo espacio doméstico que ofrecían los trenes y los campamentos, los vínculos tradicionales de convivencia.

Como ha sido visto, la misma organización de las tropas era, muchas veces, reflejo de la vida tradicional de cada región. Cada unidad militar se había iniciado alrededor de un grupo de hombres originarios de un poblado, ciudad o rancho, unidos generalmente por lazos de parentesco o compadrazgo. Así, estas unidades proyectaron sus antiguas formas de organización al campo de la guerra. Si un caporal se iba a la guerra, por ejemplo, integraba su grupo con los vaqueros, pastores y campesinos, que se encontraban

⁵ Rafael Torres Sánchez, *Revolución y vida cotidiana: Guadalajara, 1914-1934*, p. 68.

tradicionalmente a su mando. Lo mismo pasaba con los jefes políticos de cada poblado, quienes aseguraban el crecimiento de sus tropas a través de lazos corporativos fundados con sus coterráneos. La vida en trenes y campamentos, entonces, podía sobrellevarse en cuanto que arraigaba en las añejas formas de convivencia, importando al campo de batalla los hábitos y costumbres familiares.

La Revolución significó un receso del trabajo campesino; sin embargo, las formas de organización, cuya base era el trabajo familiar y colectivo, fueron trasladadas al campo revolucionario. A pesar de que algunos soldados villistas, sobre todo aquéllos que poseían pequeños ranchos o casa propia en los poblados, optaron por dejar a su familia en su lugar de origen; una gran mayoría (los peones, desempleados y trabajadores eventuales, acostumbrados como estaban a emigrar con todo y familia en busca de trabajo), cargó con mujeres y niños para integrarse a la Revolución.

Esta situación creó sus propias formas de vida cotidiana, determinadas por las nuevas condiciones, pero también importando y adecuando las formas tradicionales de vida. Trenes y campamentos adquirieron la fisonomía de espacios domésticos en cuyo interior se llevaban a cabo las actividades de convivencia familiar más cotidianas: comer, dormir, amar...; la organización laboral familiar, por su parte, se desplazó a los campos de batalla, adquiriendo cada miembro del núcleo que la integraba una responsabilidad y un papel determinados.

El ferrocarril, que había funcionado como símbolo del progreso porfiriano,⁶ se convirtió, paradójicamente, en símbolo bélico y hogar de federales y rebeldes. Durante más de diez años, el tren movilizó a los ejércitos, supliendo con su estructura metálica a los hogares de adobe abandonados por los campesinos convertidos en guerrilleros. En menor o mayor medida, todos los ejércitos se valieron de los trenes, pero fue el villista, por haberse convertido en el ejército más numeroso y móvil, el que hizo del tren una parte inherente y viva de su cotidianidad.

Los trenes eran mucho más que un medio de transporte. Los vagones o “carros-
caja” —como se les decía— eran convertidos en casas por las soldaderas, lo mismo los techos y los interiores, como la parte baja de los trenes, en el espacio libre que hay entre la vía y el suelo del vagón, sirvieron de cocina, comedor y dormitorio. En ocasiones, cuando la División del Norte llegaba a utilizar de doce a quince trenes, parecía, como lo describe Rafael F. Muñoz, “que una ciudad entera se hubiera puesto en marcha [...]”⁷

⁶ Cuando Porfirio Díaz llegó al poder en 1876 había 640 kilómetros de vías; cuando dejó la Presidencia se habían construido 19 205 kilómetros. Véase John H. Coatsworth, *El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato*, p. 35.

⁷ Rafael F. Muñoz, “Vámonos con Pancho Villa”, en *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. II, p. 714.



Condumex



Archivo Casasola



Metropolitan Magazine



Library of Congress

Además de los carros-caja, donde se transportaba y vivía la tropa villista, los trenes de la División del Norte contaban con vagones de carga para los caballos, cañones, ametralladoras, cajas de parque y demás pertrechos de guerra; carros utilizados como hospitales equipados con literas para los heridos, medicinas, enfermeras y doctores; carros convertidos en cocinas para preparar los alimentos de Villa y sus principales generales; carros bodegas para almacenar los costales de papas, maíz, frijol y demás alimentos básicos; carros pagadores que resguardaban las monedas y billetes villistas; coches para alojar a los jefes y al estado mayor, bien provistos de muebles, alimentos y vinos; y, por supuesto, el vagón principal, cuartel y hogar de Francisco Villa, amueblado con cama, comedor y sala de reuniones. El vagón de Villa no se distinguía por el lujo; como lo describe John Reed, era un vagón de cola rojo que tenía cortinas de zaraza, literas plegables y fotografías de "atractivas señoras en poses teatrales prendidas con tachuelas a las sucias paredes grises".⁸

Incluso, en los momentos de más gloria de la División del Norte, fue destinado un vagón especial para los corresponsales de guerra: los periodistas John Reed, de *The World y Metropolitan Magazine*; John William Roberts, de *El Paso Times*; Taylor y Timothy Turner, quienes trabajaban para The Associated Press; el escritor neoyorquino Edwin Emerson; el fotógrafo Robert Dorman, y los camarógrafos de la Mutual Film Corporation Sherman Martin, Herbert Dean, Charles Rosher y Leland J. Burrud, entre otros, viajaron en el furgón que Villa había mandado convertir de almacén de granos en lujosa y cómoda oficina de prensa, que también servía como dormitorio.⁹ Timothy Turner describe este espacio:

se emplearon carpinteros mexicanos, y con el ingenio de su raza lo transformaron en un Pullman de lujo. Construyeron literas toscas, pusieron un excusado y una cocina con su estufa y una chimenea para el humo que salía por una perforación en el techo; tenía una larga mesa de tabloncillos sobre la cual comíamos y en la que descansaba el orgullo del vagón, una vieja, aporreada, pero fiel no-visible máquina de escribir Remington.¹⁰

Las fotografías de la época conservaron esa imagen del ferrocarril como escenario, como guardián y plataforma de cientos de hombres, mujeres, niños, perros, caballos, bultos, sombreros y armas, que llenan todo: vagones, techos, ventanas, rieles y durmientes. Imágenes que muestran la transformación del tren en vivac, en campamento. Se convierte, por sí solo, en el paisaje de la Revolución. Un paisaje donde convivían, como lo registró John Reed, "peones con grandes sombreros de paja y bellísimos sarapes desteñidos; indios con ropas azules de trabajo y huaraches de cuero; mujeres con caras regordetas

⁸ John Reed, *México Insurgente*, p. 147.

⁹ Vid. Aurelio de los Reyes, *op. cit.*, p. 50.

¹⁰ *Ibidem* (documento núm. 99).

y chales negros en la cabeza y niños que **berreaban, se amontonaban en los asientos, pasillos y plataformas, cantando, comiendo, escupiendo y charlando [...]**¹¹

Los trenes de la División del Norte llegaban a permanecer estacionados **muchos días** en las afueras de las poblaciones capturadas entre tanto se decidía una nueva **movilización**. Semanas y, en ocasiones meses de “paz” entre las tropas villistas, permitían el **acomodo** de los hábitos y rutinas cotidianas. Las mujeres y niños se las arreglaban **para** conseguir en los poblados cercanos agua y alimentos; centenares de fogatas **humeaban** diariamente desde el amanecer sobre el techo de los carros.

Para la preparación de la comida, algunas mujeres habían cargado con sus **antiguos** comales, mientras que otras los improvisaban con un pedazo de lámina colocada **en** dos piedras sobre el fuego atizado con leña, raíces o lo que se tuviera a la mano. El **proceso** para preparar las tortillas de maíz, principal alimento de la tropa, comenzaba **desgranando** las mazorcas, más tarde se ponía a hervir para después molerse; luego de amasar, **las** mujeres palmeaban sin parar cientos de ellas. En muchas ocasiones, las tortillas eran el **único** alimento del día. A veces se aderezaban con frijoles, salsas y, cuando todo iba **bien**, con trozos de carne de res o de chivo. Entre los villistas, el consumo de carne seca fue **el** alimento más común; cortada en tiras y guardada en los morrales o bultos de las **soldaderas**, la carne se conservaba por días sin descomponerse.

El lavado de la ropa era también una de las actividades que las mujeres **realizaban** en los campamentos. Los riachuelos, pozos u ojos de agua, fueron convertidos en filas **de** lavaderos, donde las mujeres, desde ancianas y niñas, a falta de jabón, tallaban la **ropa** fuertemente sobre las piedras para quitarle la mugre, mientras charlaban y bromeaban.

A los hombres se les podía ver bruñendo y ensillando sus caballos, **acarreamo** leña, limpiando sus armas o realizando prácticas de tiro. Los momentos de recreo **también** tenían su lugar en tiempos de tregua militar: los juegos de baraja, los bailes, **canciones** y peleas de gallos, formaban parte de estos momentos de ordenación de la vida cotidiana. No era raro que Villa, al sorprender a un grupo de soldados alrededor de una **pelea** de gallos, corriera por el suyo, navajas amarradas, para que peleara contra los de sus soldados. Otro de los pasatiempos preferidos de los hombres era el tiro al blanco: una botella, un árbol o cualesquier objeto podía ser utilizado como blanco para las pruebas que se ponían los soldados en competencia.

En las noches eran comunes las reuniones en torno a las fogatas, para cantar y contarse las últimas proezas de los revolucionarios. A veces, sobre todo después de tomada una plaza, se organizaban durante la noche bailes, tiempo tradicionalmente dedicado al relajamiento y la interacción entre los cuerpos. El baile era el momento del goce instintivo; en pareja y con ritmo podían olvidarse las “penas” de la guerra y, así, se expresaban

¹¹ John Reed, *op. cit.*, p. 123.

públicamente los vínculos amorosos, los coqueteos y los cortejos. El baile, por tradición identificado con la fiesta, producía una ruptura en el ritmo de la vida cotidiana. En el mundo rural, las fiestas patronales, las ferias, las ceremonias familiares (bautizos, bodas), eran las ocasiones donde se permitían los desbordamientos festivos y la embriaguez ostentosa. Sin embargo, una de las peculiaridades del villismo fue restringir el consumo de alcohol. Villa tenía terminantemente prohibido que sus soldados tomaran alcohol, incluso llegó al extremo de cerrar en las ciudades que capturaba todas las pulquerías y cantinas. A su pesar, no fue raro que los soldados encontraran los espacios para disfrutar del sotol y el aguardiente.

Cuando una ciudad capitulaba ante el avance de la División del Norte, sus hombres se daban tiempo para asistir a las corridas de toros, al teatro o a alguna función del cinematógrafo, que entonces se había convertido en una de las principales atracciones. Es conocido el gusto que tenía Villa por el cine, no sólo se acompañó de camarógrafos norteamericanos para que filmaran sus principales batallas, también aceptó una dramatización cinematográfica de su vida —para la película *La vida del general Villa*—, donde él mismo se daba el tiempo para realizar —como actor— las escenas que le pedía el director. En ocasiones, Villa proyectaba a sus invitados películas del ejército constitucionalista en acción, deferencia que indica que, además de pertrechos de guerra, la División del Norte cargaba con rollos de películas y proyector.

La guerra también dejaba espacios para las fiestas. Bautizos y, en menor medida, bodas, siguieron celebrándose en los poblados tomados por los rebeldes. Cuenta John Reed que antes de entrar a Torreón en 1914, Villa se detuvo en el pueblo de Camargo para cumplir la promesa de ser padrino en la boda de un antiguo compañero suyo en sus andanzas de bandido:

Las fiestas duraron toda la noche del lunes, todo el martes, sin interrupción, bailando alegremente sin parar, jolgorio en el que Villa fue la figura más destacada, hasta que se fue el miércoles por la mañana para reincorporarse a su ejército.¹²

La famosa División del Norte funcionó, durante muchos años, como una imponente “máquina de guerra”, un ejército bien organizado que innovó las tácticas de combate. Ésta fue su cualidad guerrera. Sin embargo, más allá de su estructura militar, su organización funcionaba como comunidad social integrada por familias nucleares y extensas. Familias que adecuaron a la vida revolucionaria sus tradicionales formas de convivencia, convirtiendo los trenes y campamentos en sus propios espacios domésticos. Ahí, la presencia de las mujeres fue de vital importancia, pues fueron ellas, generalmente, quienes velaron por el sostenimiento cotidiano de las tropas revolucionarias. Cuenta Anita

¹² Aurelio de los Reyes, *op. cit.* (Documento núm. 103).



Archivo Casasola



Library of Congress



Colección Carter Rilla



Colección Carter Rilla

Brenner que estando ella en Aguascalientes presenció la llegada de los villistas, quienes venían huyendo de las tropas carrancistas al mando del general Obregón, para establecer allí el campamento de lo que sería la última y más importante campaña de Villa. En su relato sobresale la imagen de la mujer que delimita con sus actividades, objetos y niños, su pequeño territorio doméstico:

La tropa acampó frente a nuestra casa y se distribuyó a razón de un árbol por soldado. La mujer de la pareja que quedó enfrente de la puerta desenrolló las cobijas y puso un petate sobre las raíces del árbol, colocó unos clavos en el tronco para colgar los sombreros y talló un nicho para sus imágenes. Para caminar por la avenida había que tener cuidado de no pisar algún infante o no meter el pie en algún plato de sopa [...] Había siempre el sonido de clarines y el incesante rumor de huaraches que pasaban; siempre el olor de frijoles quemados y chile picante; siempre el rumor de las pláticas y el golpeteo de las manos de las mujeres haciendo tortillas; y ningún momento sin el sollozo de un recién nacido y el lamento de un corrido.¹³

Uno de los aspectos de la vida revolucionaria que más llamó la atención de los observadores, sobre todo extranjeros, era el “amontonamiento” en que vivían los guerrilleros en campamentos y trenes. Cada pequeño núcleo familiar se asentaba en un espacio, cuya división con el siguiente era sólo imaginaria. Decenas de familias podían compartir un mismo vagón o techo del ferrocarril y los campamentos, que aun cuando se instalaran en extensos campos abiertos, se caracterizaban por la proximidad de los cuerpos. Los campamentos se organizaban espontáneamente; las mantas y sarapes servían de improvisados techos que cobijaban a grupos pequeños de soldados con sus familias, rodeados de bultos, utensilios de cocina, perros, gallinas, puercos y demás animales domésticos que acompañaban o servían de alimento a la comunidad. El doctor E. Brondo Whitt recuerda:

Media hora después de detenido el tren, henos ahí constituidos en campamento [...] Hay hombres que al verse con familia pequeña se han lanzado con ella a la campaña, y se establecen bajo cualquier cobertizo, bajo cualquier azotehucla, con su vieja, su nene, su cenizote y su perro; y allí se cocina, se lava, se espulga y se ama.¹⁴

Estos momentos de convivencia *privada* eran llevados a cabo a la intemperie, públicamente. Sin embargo, aun cuando se trataba de una situación improvisada, no se quebrantaban del todo las formas tradicionales de la vida campesina. Al contrario, una de las características del mundo agrario, desfasado de la mentalidad individualista, es la convivencia comunitaria: en ella las nociones de *intimidad*, *privacidad* y demás conceptos que describen las necesidades individuales propias del mundo moderno, no formaban parte de la mentalidad campesina.

¹³ Anita Brenner, *Ídolos tras los altares*, pp. 235-236.

¹⁴ Doctor E. Brondo Whitt, *La División del Norte por un testigo presencial*, p. 177.

Las viviendas agrarias eran generalmente un espacio abierto, donde convivían sin intimidad todos los miembros de la familia. Especialmente, aquellos campesinos que trabajaban como peones acasillados en las haciendas estaban acostumbrados a vivir, como lo recuerda un antiguo villista, en “series de cuartos redondos, pegados, que les llamaban cuadrillas, una salita y una cocinita era todo lo que tenían y ahí vivía [toda] la familia”.¹⁵ La gran mayoría de las casas rurales era de espacio reducido, generalmente de un solo cuarto o dos, ocupada por pocos muebles y escasos enseres: colchones —cuando los había— o simples petates y sarapes para dormir, utensilios de cocina, una mesa, unas cuantas sillas y a veces un ropero o cómoda, un pequeño espejo y algunos objetos decorativos como plantas o jaulas con aves canoras. También eran comunes las imágenes de santos o vírgenes sobre alguna de las paredes. No se encontraban objetos suntuarios, cada uno de los implementos que ocupaban el espacio tenían un uso práctico y cotidiano.

Es muy significativo que al dejar el hogar, muchos de los hombres no sólo cargaran con la familia, sino también con una buena parte de esos objetos, incluidos los animales que convivían con ellos. Quizá la presencia de éstos —referencia inmediata de la vivienda abandonada— facilitó el acondicionamiento de la vida cotidiana en el nuevo espacio doméstico improvisado sobre la marcha revolucionaria.

Esta convivencia comunitaria, no pocas veces tachada de “promiscua” o de “vida salvaje”, muestra también la existencia de valores morales del mundo agrario y campesino distintos a los impuestos por los grupos medios y altos de la sociedad. No pocos actos cotidianos, considerados “íntimos” en otras circunstancias, eran llevados a cabo públicamente, lo que determinaba también una concepción natural y libre de cargas morales del cuerpo, de las relaciones sexuales y de la vida en general.

Desgraciadamente, resulta casi imposible penetrar en el mundo sentimental y amoroso de la vida campesina, pues éste pocas veces deja vestigios que constaten su existencia. El uso de cartas, diarios o algún otro soporte de registro de los sentimientos privados no era común en estas sociedades agrarias, pues privaba el analfabetismo. Sin embargo, es evidente que las relaciones amorosas, de pareja, así como las relaciones afectivas entre padres e hijos, tenían sus propias formas de expresión, de acuerdo con las tradiciones y costumbres campesinas.

Más que a través del lenguaje, el sentimiento amoroso se expresaba a través de gestos y expresiones corporales. Así, un matrimonio podía ser “arreglado” sin necesidad de previo cortejo o un noviazgo prolongado. Pancho Villa decidió casarse con Luz Corral, habiéndose visto solamente una vez el día que entraron los revolucionarios a San Andrés, cuando Villa visitó la tienda de la madre. Luz recuerda que encontrándose ella en

¹⁵ Entrevista con el señor Salvador Varela Reséndiz, realizada por María Isabel Souza y María Alba Pastor, 2 y 3 de octubre de 1974, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/62.

la trastienda, con la vista fija en la costura: “De **improviso** me di cuenta, sorprendiéndome, de que Francisco Villa estaba atento viéndome por una hendidura de la puerta; mi sorpresa fue mayor cuando oí que mi madre me llamaba para que le ayudara a despachar mercancía que se entregaba a los revolucionarios.” Luz, asustada, apuntaba las mercancías que su madre le dictaba. La única frase que Villa le dirigió fue: “¿Tiene miedo, muchachita? No temblaba su mano al estar tejiendo, como tiembla ahora con ese lápiz.” A los pocos días se presentó nuevamente Villa en la tienda y pidió a la madre de Luz hablar con ella, fue entonces cuando:

Con palabras francas me dijo de su amor y de su vida solitaria y errante; que tenía la esperanza de que pronto terminaría la revolución y que quería, más que todo en el mundo, tener un hogar. Al preguntarme si mi contestación era favorable, mi madre, que había estado vigilándonos y se daba cuenta del curso de la conversación, vino en mi ayuda y le dijo que lo pensaríamos y que tendría la contestación a su regreso.¹⁶

Después del triunfo de la revolución maderista, Villa regresó a cumplir su “compromiso” con Luz Corral, y a los pocos días se casaron. No hace falta decir que éste no fue el primero ni el último matrimonio de Pancho Villa. Entre los más conocidos se encuentran, además del de Luz, uno anterior con Juana Torres, y dos posteriores con Soledad Seañez y Austreberta Rentería.

Las relaciones amorosas que se establecían en el campo de batalla no dejaron de asombrar a los observadores extranjeros, pues ¿cómo entender que una mujer se fuera con un hombre sin cortejo previo, sin acuerdo explícito? ¿Cómo era posible que las soldaderas, al morir su compañero, fueran “tomadas” por otro hombre con la mayor naturalidad? ¿No existía el “amor” entre aquellos campesinos convertidos en guerrilleros? Durante la guerra era inusual que se celebraran matrimonios, entonces lo más común era la unión libre. El hombre llamaba a su compañera su “mujer”; ella se refería a él llamándolo su “hombre”. Cuando el hombre moría, ella se dedicaba a cuidar, si lo tenía, a algún pariente cercano (su hermano, su tío), o bien se iba con otro “hombre” de la tropa.

John Reed anotó, con asombro y desconcierto, el caso de Isabel. “Una muchacha india de piel muy oscura, como de veintiséis años de edad, con el cuerpo rechoncho de su raza explotada; facciones agradables; el pelo cayendo adelante sobre sus hombros, en dos largas trenzas y grandes dientes que brillaban con su sonrisa.” Isabel caminaba atrás del caballo del capitán Félix Romero cargándole, en ocasiones, su pesado rifle. Tomando un descanso a la orilla de un arroyo, Isabel se acuclilló para preparar la cena de su hombre. Fue entonces cuando Reed se acercó a ella:

¹⁶ Luz Corral de Villa, *Pancho Villa en la intimidad*, p. 15.



Colección Andreas Brown



Archivo Casasola

—¡Oiga, señor, quienquiera que usted sea! —dijo Isabel suavemente mirándome—. Mi amante murió ayer en el combate. Este hombre es ahora mi hombre; pero por Dios y todos los hombres, no puedo dormir con él esta noche. Permítame quedarme con usted.

No había el menor rasgo de coquetería en su voz. Aquel espíritu equívoco, infantil, se encontraba en una situación que no podía soportar, y había hallado la salida instintivamente [...] Asentí. Abandonamos juntos el fuego [...] Sin la menor turbación, Isabel se acostó a mi lado en la cama. Su mano alcanzó la mía. Se arrimó junto a mi cuerpo, buscando su calor, musitó “hasta mañana” y se durmió [...] Cuando desperté, a la mañana siguiente, se había marchado. Abrí la puerta y miré afuera [...] Isabel estaba en cuclillas sobre una pequeña hoguera cerca de la esquina de la casa, palmeando tortillas para el desayuno del capitán. Sonrió al verme; me preguntó cortésmente si había dormido bien. Ahora estaba muy contenta; podía vérselo por la forma en que cantaba haciendo su trabajo [...]

—¿Te vas? —le pregunté curiosamente. Isabel me miró con los ojos muy abiertos.

—Claro que me voy. ¡Seguro! ¿No es él mi hombre? —miró hacia él con admiración.

—Es mi hombre —dijo—. Es muy guapo y muy valiente. Por ejemplo, en la batalla, el otro día...

Isabel había olvidado a su amante.¹⁷

En la novela de la Revolución también se encuentran pasajes que muestran la aparente frialdad y rudeza con que se entablaban las relaciones amorosas entre la tropa revolucionaria. La historia de Camila, robada por Demetrio en *Los de abajo*, es uno de los ejemplos. Camila, engañada, amanece en la cama con Demetrio y no tiene otro camino más que montar la yegua y seguir a la tropa. Llorando, cuenta a *La Pintada* su desgracia; ésta le ofrece ayuda: “cuando Demetrio te diga que te prevengas para irnos, tú le respondes que tienes muchas dolencias del cuerpo y que estás como si te hubieran dado de palos, y te estiras y bostezas muy seguido. Luego te tientas la frente y dices: ‘Estoy ardiendo en calentura.’ Entonces yo le digo a Demetrio que nos deje a las dos, que yo me quedo a curarte y que luego que estés buena nos vamos a alcanzarlo. Y lo que hacemos es que yo te pongo en tu casa buena y sana.” Cuando llegó la hora de partir, Demetrio ordenaría que se ensille la “yegua mora” para Camila. *La Pintada* respondió con prontitud:

—Camila no se puede ir.

—¿Quién te pide a ti tu parecer? —Repuso Demetrio con aspereza.

—¿Verdád, Camila, que amaneciste con mucha dolencia de cuerpo y te sientes acalenturada ahora?

—Pos yo..., pos yo..., lo que diga don Demetrio...

—¡Ah, qué guaje!... Di que no, di que no... —pronunció a su oído *La Pintada* con gran inquietud.

—Pos es que ya le voy cobrando voluntá... ¿Lo cree?... —Contestó Camila también muy quedo.¹⁸

¹⁷ John Reed, *op. cit.*, pp. 84-89.

¹⁸ Mariano Azuela, “*Los de abajo*”, en *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. I, p. 95.

Hay en estas historias —la de Reed y la de Azuela— la mirada inquisitiva del observador, cuya lejanía con respecto al mundo observado no puede más que provocarle una mezcla de asombro y desconcierto. No es posible saber a ciencia cierta qué sentían los revolucionarios en su intimidad. Las pocas memorias que dejaron se caracterizan por su tono impersonal; en ellas el panorama de la vida pública centra toda su atención y ahí la mayor parte de los aspectos de la vida privada y sentimental (amor, las relaciones matrimoniales o familiares), no se mencionan. Sin embargo, sí es posible pensar que en la misma situación improvisada de la guerra, escenario donde se vivían desmembramientos familiares y pérdidas, y en el cual la sobrevivencia cotidiana exigía la participación comunitaria, los vínculos amorosos y fraternales se establecían de manera automática regidos por un principio elemental de solidaridad.



Library of Congress

LAS SOLDADERAS



*Con los soldados, cien soldaderas llevando al hombro sus muchachos,
sus ollas, sus comales, sus cobijas, levantaban el ánimo de los hombres
silenciosos, con sus canciones, sus chistes léperos, sus frases cariñosas [...]*

RAFAEL F. MUÑOZ, "Agua".

LA PRESENCIA DE LOS NIÑOS EN EL MOVIMIENTO VILLISTA ESTÁ ESTRECHAMENTE LIGADA A la presencia de las mujeres que participaron activamente en la Revolución, pues además de soldaderas, cocineras, agentes o enfermeras, las mujeres eran madres activas: no sólo acompañaron a sus hijos adolescentes que se iban con "la bola", o cargaron siempre con sus hijos pequeños para acompañar a sus esposos o amantes sino, además, el mismo tipo de convivencia que exigía la Revolución provocó la proliferación de no pocos nuevos nacimientos. El número de mujeres que se sumó a las filas revolucionarias es enorme, aunque parece incalculable el número de niños que las acompañaban, niños que no dejaron de nacer y que tampoco dejaron de morir durante la Revolución.

Hay investigaciones que han estudiado el papel de la soldadera que se remontan a los tiempos prehispánicos, en ellos se encuentran —representadas en figurillas y códices— mujeres guerreras o defensoras tribales.¹⁹ Más adelante, en las guerras de conquista española, norteamericana y francesa, acontecidas de los siglos XVI al XIX, también se registra la participación de la mujer, tanto en los ejércitos extranjeros como en el nacional. En estos casos, la mujer cumplía un papel de "servicio" a los soldados, que iba desde procurarle alimentos, servirle de lavandera y mandadera, hasta la procuración de placeres sexuales. En este sentido, el papel histórico de la soldadera ha cumplido la forma y función de una fuente de trabajo, la cual ha respondido a las mismas necesidades económicas de los grupos de bajos recursos y a una aspiración de movilidad social a través del ejército.

¹⁹ Vid. Elizabeth Salas, *Soldaderas en los ejércitos mexicanos. Mitos e historia*, México, Diana, 1995.

Durante el Porfiriato, una de las características del ejército federal fue precisamente la presencia de las soldaderas. Aunque no necesariamente eran esposas de los integrantes de la tropa, se dedicaban a administrar el salario de éstos: comprar y prepararles sus alimentos y, en ocasiones, servirles sexualmente. El ejército representaba una opción atractiva para las mujeres de clase baja, ya que proporcionaba una fuente segura de subsistencia. El soldado federal, por su parte, no sabría sobrevivir sin la *impedimenta*. Estaba habituado a la costumbre en que las mujeres, una vez provistas de dinero, e incluso sin él, se introducían en los caseríos, adelantándose a la tropa para conseguir los alimentos necesarios. Era una relación de mutua convivencia. Unos y otras la asumían como modelo de subsistencia. Esta situación se refleja en un diálogo entre dos oficiales revolucionarios, fabulado por Gregorio López y Fuentes en su novela *Campamento*:

En una de las fogatas más cercanas un oficial revolucionario discursa acerca de las inconveniencias que tiene la impedimenta en tratándose de columnas volantes.

—Especialmente las mujeres —dice— son un estorbo tremendo. No resisten las jornadas fuertes. Se enferman fácilmente de insolación. Y en los trances difíciles orillan a la tropa a los más grandes sacrificios.

—No quiero desmentirlo, mi capitán —contesta el sargento—; pero serví en las líneas federales. ¡Si viera usted cuánto ánimo le dan a uno las viejas! ¡Si viera usted cómo atienden a los heridos! Yo caí herido de un plomazo en la mera cabeza. Si no ha sido por unas soldaderas me quedo en manos de los contrarios. Ellas me llevaron arrastrando hasta los carros cuando el enemigo ya entraba por la otra garita.²⁰

Los *Relatos de la Revolución* (de Rafael F. Muñoz) y la novela *Tropa vieja* (de Francisco L. Urquiza), contienen descripciones detalladas de la vida cotidiana en el ejército federal. Ambos autores caracterizan a las soldaderas como parte integral del funcionamiento de las tropas: mujeres que, a diferencia de las que aparecen en otras novelas, asumen su desempeño en la guerra como un oficio. Sin embargo, las narraciones de Muñoz concernientes a las soldaderas se encuentran impregnadas de cierto tono de exaltación que les resta credibilidad, que contrasta con la frialdad que lo caracteriza. Tres de sus relatos, “El niño”, “Villa Ahumada” y “Agua”, giran exclusivamente en torno al heroísmo sacrificado y anónimo de las mujeres en la Revolución: personajes carentes de causa que responden por instinto, movidas por el amor a sus *Juanes*. Frente a las amazonas que describe Muñoz, las soldaderas de *Tropa vieja* aparecen más apegadas a la realidad. Son consideradas heroínas en tanto que cumplen cabalmente con el deber de asistir a sus hombres dentro y fuera del campo de batalla, en tanto que exponen su vida como lo hace cualquier soldado. No son mártires, sino simples soldaderas. Si su *Juan* muere en la

²⁰ Gregorio López y Fuentes, “*Campamento*”, en *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. II, p. 186.



América Fotografía
Centro de Estudios de Historia de México
Códice 100

Condumex



Library of Congress



refriega, dolor callado en su corazón, se colocan con otro. Gregorio López y Fuentes también hizo hincapié, en *Campamento*, en esta característica de los ejércitos federales:

Bien se ve que la organización de los federales ha sido distinta a la de los grupos revolucionarios. La presencia de las mujeres y de los niños denota que han pertenecido a uno de esos pesados convoyes militares de la Federación, que marchan lentamente con todas las precauciones y que buscan los encuentros decisivos, donde entra en acción la artillería y todo obedece a un plan perfectamente madurado. Sólo así puede concebirse que cada soldado lleve su soldadera, que cada soldadera lleve uno o varios muchachos y que éstos lleven perros y hasta pericos.²¹

Fue parte de un proceso lógico que al estallido de la Revolución, los ejércitos revolucionarios adoptaran, al incorporar entre sus filas a muchos de los ex federales, las costumbres y prácticas de la milicia tradicional, entre ellas la costumbre de las mujeres de acompañar a sus hombres a la guerra. Así como se verificaban permutas de soldados de un ejército a otro, las soldaderas también se asimilaban al cambio, ciertamente con más frecuencia que los federales, pues no pocas veces se convertían en parte del botín ganado por los revolucionarios.

No fue extraño, entonces, que las mujeres de los federales, al ver muertos a sus maridos, se incorporaran después a los ejércitos rebeldes. Un caso que ejemplifica esta situación, rescatada en la revista *Reel Life*, es el de la soldadera Matilde Martínez, esposa de un teniente en el ejército federal huertista. En la batalla de Chihuahua contra los villistas, el esposo perdió la vida. Matilde (a pie y con cinco hijos, uno de los cuales era de brazos), comenzó a caminar por el desierto dirigiéndose hacia el norte. Muchos días después, llegaron al campamento de Ciudad Juárez pidiendo ayuda y comida.²² Después de interrogada, Matilde y sus hijos se incorporaron a las huestes villistas.

Habría que decir, contrariando el mito forjado en torno a la soldadera, que su presencia en los ejércitos revolucionarios respondía más —guardadas las excepciones— a una tradición de abnegación, sometimiento y servicio de la mujer campesina al hombre, que a una cuestión de patriotismo o ideología. Si ellas no se iban con sus esposos, compañeros, amantes o raptos, “¿quién les haría las tortillas?” Recuerda el teniente coronel Victoriano de Anda:

era una abnegación completa, eso sí conmueve a la gente, ver a las soldaderas lo abnegadas que son, y luego son tan hermandadas, pa' mí que no había una que dijera “yo no”, y a jalar [...] ²³

²¹ *Ibidem*, p. 186.

²² *Reel Life*, 16 de mayo de 1914, *apud* Aurelio de los Reyes, *op. cit.* (Documento núm. 45).

²³ Entrevista con el teniente coronel Victoriano de Anda, realizada por Laura Espejel, México, DF, [s.f.], Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/46, p. 40.

Las mujeres cumplían con una de las tareas **fundamentales** para el **sostenimiento** de la tropa: el abastecimiento de los alimentos. Muchas veces eran ellas quienes, **tomada** alguna ciudad, se las arrebataban para hurtar los sacos de maíz, frijol, azúcar, café y **demás** productos necesarios para preparar los alimentos y, con frecuencia, se adelantaban **a la** tropa para tener listas las tortillas a la llegada de sus hombres. Otro villista, el **capitán** primero Jesús Herrera Calderón, también afirmaría:

Pues hombre, yo considero que la mujer mexicana en lo general es abnegada, se **sacrifica** mucho. Y cuando andábamos en la Revolución [...] acompañaban mucho las soldaderas **que** ellas decían a su "Juan". Llegaban a una parte, si era posible, se adelantaban un poco a **donde** se iba a llegar (cuando ya sabían), para prepararles cosas a sus maridos allí, así lo hacían.²⁴

Uno de los hábitos que claramente fue trasladado de la vida familiar **sedentaria** campesina a la vida revolucionaria, fue el de preparar y llevar el *itacate* al hombre. La mujer, que antes llevaba el almuerzo a los campos de cultivo, ahora se traslada a los campos de batalla, muchas veces arriesgando la vida, para llevar los alimentos. Sin embargo, este papel no sólo era cumplido por las mujeres, en muchas ocasiones fueron los niños quienes hicieron las veces de mandaderos.

En el caso específico del villismo es claro que el papel de las mujeres no sólo estaba perfectamente limitado a las labores "propias de su sexo" (provisión de alimentos, atender la cocina, el lavado de ropa, el cuidado de los niños y la procuración de placeres sexuales a los hombres de la tropa), además las propias tácticas militares de Villa mandaban expresamente la exclusión de las mujeres en los campos de batalla y en las rápidas movilizaciones, de repliegue o de ofensiva.

Hay que tomar en cuenta que las columnas revolucionarias de Villa, sobre todo en los inicios de su movimiento, eran fundamentalmente guerrilleras, unidad militar que exigía una movilización ágil y rápida. Tal situación no permitía la carga de impedimentas. Al crecer el movimiento (a partir de 1913) y formarse la División del Norte, Villa tuvo la intención de modernizar su ejército a través de cambios en las formas de hacer la lucha: mayor movilidad de la tropa y un sistema de abastecimiento más eficiente. Él creía que la base de un ejército moderno debería formarse exclusivamente por hombres que ocuparan todos los puestos de línea y que, al verse libres de mujeres y niños de primera infancia, la caballería pudiera participar en las famosas "marchas relámpago", que caracterizaron a la División del Norte. Un artículo del periodista Joseph Rogers Taylor, aparecido en *The World's Work* [sic], en julio de 1914, hacía referencia a esta característica del ejército villista:

²⁴ Entrevista con el capitán primero Jesús Herrera Calderón, realizada por Ma. Isabel Souza, 17 de mayo de 1973, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/53, p. 13.

Villa ha realizado tres mejoras importantes respecto a los métodos federales en sus campañas. Sirvió en el Ejército Federal bajo las órdenes de Huerta en la campaña contra Orozco. La primera reforma que introdujo fue cortar el inmenso número de soldaderas que el Ejército Federal siempre llevaba consigo. Una idea del tamaño de ese contingente femenino puede tenerse al saber que el Ejército Federal, que cruzó la frontera en Ojinaga, tenía cerca de mil mujeres por tres mil trescientos soldados. La supresión de esta impedimenta dio al Ejército mayor movilidad, menores exigencias de alimentos y mejoró la disciplina y salud de la tropa [...] La tercera reforma fue sencilla, pero importante: un aumento en la rapidez del movimiento [...] Una vez en marcha se mueve con presteza. Todos sus hombres van montados, por regla general; no había hordas de mujeres y niños que estorbaran la marcha [...]²⁵

De hecho, en los momentos cumbres de la División del Norte, en las campañas en San Pedro de las Colonias y Torreón, en abril de 1914, las soldaderas y los niños más pequeños no marcharon con el grueso de las tropas, quedándose reclusos en los campamentos, alejados de los campos de batalla. Llama la atención, sin embargo, que el necesario papel de "ayudantes de campo" (cargar comida y parque, llevar mensajes), antes desempeñado por las mujeres, fue encomendado a decenas de niños, hijos, sobrinos o hermanos menores de los combatientes.²⁶

Todas las mujeres se quedaban siempre en la retaguardía muy lejos, fuera de tiro. Por ejemplo, cuando entramos a Celaya se quedaron como tres mil quinientas mujeres en la retaguardía, en la impedimenta, es decir, en los trenes se quedaron [...] Eso fue en la primera batalla, y en la segunda, prohibió Villa ahí en Salamanca que trajeran mujeres, y el que se atreviera a traer mujeres sería fusilado; y creo que llegó a fusilar ahí a uno para ejemplo de los demás.²⁷

El espacio de las mujeres villistas era generalmente el campamento y el tren, manteniéndose así la tradicional división por género de las labores. Existe un recuerdo entre los veteranos de la revolución villista, al recordar las órdenes de Villa de no permitir a las mujeres acompañar a los combatientes. Cuenta por ejemplo el mayor Francisco Muro Ledezma:

[...] el general Villa prohibió que fueran las mujeres, porque tenía razón; decía que a qué iban ellas. En primer lugar eran un obstáculo, de estorbo hasta cierto punto [...] y en segundo lugar, iban a sufrir ellas, no tenían necesidad de sufrir. Entonces las dejaban, de donde salíamos, ahí se quedaban ellas.²⁸

²⁵ Joseph Rogers Taylor, "Pancho Villa at first hand", en *The World's Work* [sic], julio de 1914, apud Federico Cervantes, *Francisco Villa y la Revolución*, pp. 154-155.

²⁶ Vid. Juan Bautista Vargas Arreola, *A sangre y fuego con Pancho Villa*, México, FCE, 1995.

²⁷ Entrevista con el señor Apolonio Gómez, realizada por América Teresa Briseño y María Isabel Souza, 29 de junio, 3 y 6 de julio de 1973, México, DF, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/58, p. 28.

²⁸ Entrevista con el mayor Francisco Muro Ledezma, realizada por María Isabel Souza, 17 de agosto de 1973, oficinas de la Confederación de Veteranos Revolucionarios de la División del Norte, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/97, p. 6.





Rosa y Lila

Ernesta

Condumex



Rosa y Lila
Ernesta

Condumex

Otro villista, el teniente coronel Eduardo Ángeles Meraz, recuerda:

[...] En un principio había soldaderas, pero ya después el general Villa comprendió que la soldadera era un estorbo, y no permitía que siguieran a las tropas [...] Iban disminuyendo gradualmente, al grado que ya después, cuando las grandes batallas de la Revolución, especialmente cuando la de Zacatecas [...] había algunas mujeres que acompañaban a las tropas, pero no desempeñaban propiamente la misión de soldaderas [...]²⁹

A pesar de las órdenes de Villa y contra su recelo de que las mujeres y niños pequeños acompañaran a la tropa, era sumamente difícil excluirlos del escenario revolucionario. Las soldaderas no dejaron de seguir a la tropa, ya fuera en ferrocarril, caminando o a lomo de bestia.

Las más de las veces camina junto al burro, para que sus niños o sus animales puedan ir montados. Los mexicanos quieren mucho a sus animales y aunque el burro de la soldadera esté ya sobrecargado de pertrechos, llevará aun sus siete canarios o una gallina [...]³⁰

Esta situación muestra que a pesar de que la Revolución significaba una alteración de las costumbres cotidianas, una situación extraordinaria, los modos de vida y los códigos familiares de conducta permanecieron adecuándose al momento. Como lo recuerda un veterano villista:

[A las mujeres] las bajaban de los trenes, y no se bajaban porque ahí iba el marido, ahí iba el hijo, y se iban al combate porque se iban de “machetonas” arriba de los trenes, pero no porque iban a combatir, ellas iban nada más por amor a sus parientes.³¹

Sin embargo, no se puede decir que la presencia de las mujeres se deba solamente a la permanencia de estas estructuras familiares. Al contrario, uno de los rasgos más característicos de la vida familiar revolucionaria fue precisamente su vulnerabilidad. Algunos soldados, sobre todo ex federales, sí llevaron consigo, por tradición, a sus mujeres y niños, aunque también los soldados irregulares. Hubo otros que dejaron a sus familias en sus terruños y establecieron otro tipo de vínculos “familiares” durante su errante vida revolucionaria. El caso específico de Francisco Villa —quien ha sido objeto de no pocas leyendas por su fama de “mujeriego”—, habla de un “relajamiento” en las costumbres

²⁹ Entrevista con el teniente coronel Eduardo Ángeles Meraz, realizada por América Teresa Briseño y Alicia Olivera de Bonfil, 8 y 11 de diciembre de 1972, ciudad de México, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/31, p. 21.

³⁰ *Reel Life*, mayo 16 de 1914, *apud* Aurelio de los Reyes, *op. cit.* (Documento núm. 45).

³¹ Entrevista con el señor José González, realizada por Ximena Sepúlveda, 3 de julio de 1974, Lerdo, Durango, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/159, p. 21.

familiares que formaba parte, también, de un imaginario colectivo basado en estructuras “machistas” y autoritarias. La figura de Villa, como líder y caudillo, se complementa —o se enriquece— con su “hombría”, reflejada en su gusto y capacidad de atracción entre las mujeres, de esta manera se convertiría en símbolo o modelo de ese imaginario colectivo.

Fue muy común el robo de mujeres en los pueblos y ciudades tomadas, como lo fue también su incorporación voluntaria. Esta última situación se explica si es tomado en cuenta el vacío de hombres “casaderos” que la guerra dejaba en los pueblos. La novela de la Revolución Mexicana ha sabido recrear muy bien este fenómeno; por ejemplo, Gregorio López y Fuentes, en *Campamento*, muestra el proceso de asimilación de un pueblo que recibe la visita de los rebeldes: tras una primera reacción de alarma, las mujeres jóvenes, obedeciendo a la curiosidad, se asoman tímidamente por las ventanas, pero sostienen resueltamente la mirada de los visitantes. Los soldados invaden las casas buscando alimentos, llenan los callejones y encienden fogatas. Viejos enfadados defienden a sus animales, aunque terminan por resignarse a perderlos. Transcurre una noche larga que parece dar vida a un pueblo muerto. El movimiento acorta las distancias entre las casas y los cuerpos. Ya de mañana, cuando la columna emprende la retirada, una fila de mujeres exige a los soldados que cumplan la promesa de llevarlas con ellos. No hay caso. Casi todas terminan con los pies hundidos en el lodo y con un lío de ropa en la mano:

—¿No es usted quien me dijo que me llevaría?

—¿Y para qué puedes servirnos?³²

Ya fuera por la obligación de acompañar al marido, ya por voluntad de lanzarse a la aventura con algún soldado —por decisión propia o por asalto— o como simple fuente de trabajo, el hecho es que la estancia de las mujeres entre la milicia revolucionaria y, por consiguiente, la presencia de los niños que cargaban y procreaban en campamentos y trenes, afianzó los viejos y nuevos lazos de convivencia familiar con base en las estructuras tradicionales. De esta manera, sin importar que se tratara de esposas, novias, amantes o simples vivanderas o prostitutas, las mujeres se convirtieron en pieza clave del mecanismo de sobrevivencia de las tropas revolucionarias. Así lo recuerda Cecilio Robles Carbajal, villista:

[...] eran tan buenas, que muchas veces se adelantaban ellas, asaltaban el pueblito fulano y ya cuando llegábamos nosotros ya nos tenían tortillas y nos tenían lo que sea, en una palabra: la gallina, el marrano, lo que usted guste [...] ¿Sabe cómo les decíamos ahí? Madrecitas. —¿Qué me tienes madrecita? —Ándele, véngase, un taquito. Y bueno, eso fue.³³

³² Gregorio López y Fuentes, *op. cit.*, pp. 243-244.

³³ Entrevista con Cecilio Robles Carbajal, realizada por Alicia Olivera de Bonfil y Eugenia Meyer, 22 de agosto de 1972, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/7, p. 17.

Hay que decir también que las mujeres villistas sirvieron muchas veces como espías, correos y contrabandistas de armas,³⁴ además de los casos excepcionales de mujeres que, rompiendo el esquema tradicional, participaron en la guerra como soldadas, con las armas en ristre. En ocasiones, cuando los trenes villistas eran atacados durante la marcha, las mujeres tomaban los rifles y “echaban bala” al parejo de los hombres. Cuenta, por ejemplo, el general Práxedis Giner Durán:

Quando ya salimos en el tren [...] del general Villa, nos tirotearon hasta la estación de Chicalote, que está al norte de Aguascalientes. Y todo ese tramo, las mujeres, en los carros donde venían con el rifle, echando bala parejo. Y no nos hizo nada [...] la caballería que nos quería cortar. Y yo se lo atribuyo al concurso de las mujeres.³⁵

Aunque no era habitual, siempre que fue necesario las soldaderas villistas participaron activamente en los campos de batalla, llegando incluso a asumir grados militares. Es un caso muy conocido el de Carmen Parra, viuda de Alaníz, o el de Petra Herrera, quien alcanzó el grado de capitán con un batallón a su mando de veinticinco mujeres.³⁶ También se recuerda a Nacha Cenicero, quien andaba revuelta con “la bola”. El señor José Reyes, ex villista, recuerda que “esa era más capaz que yo y que muchos para andar a caballo [...] Combatía, sí, valientísima. Y un hijo andaba con ella, ya jovencito, de unos quince años”.³⁷ Se dio el caso, también, de mujeres que se vestían de hombres para poder combatir en las batallas sin ser reconocidas —o como una forma de defensa contra los frecuentes ataques sexuales de que eran objeto—. Lo que nos muestra que, al menos entre las tropas villistas, no era muy bien visto que las soldaderas participaran en las labores “propias de los hombres”.

³⁴ Vid. Ana Lau y Carmen Ramos, *Mujeres y Revolución 1900-1917*, México, INEHRM / INAH, 1993.

³⁵ Entrevista con el general Práxedis Giner Durán, realizada por María Isabel Souza, 21 de julio de 1973, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/75, p. 14.

³⁶ Entrevista con el señor Luis García Monzalve, realizada por María Alba Pastor, 6 de septiembre de 1973, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/101, p. 9.

³⁷ Entrevista con el señor José Reyes Mainez, realizada por María Isabel Souza, 1 de julio de 1974, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/158, p. 44.



EL NACIMIENTO

Una mujer parió hoy en el techo de mi carro; y creo que éstas (mis compañeras), serían capaces de parir montadas en un poste de telégrafo.

DOCTOR E. BRONDO WHITT,

La División del Norte por un testigo presencial.

HASTA AQUÍ SE HA EXPUESTO QUE LA MUJER ERA UNA PIEZA MÁS DEL ENGRANAJE QUE DABA curso a la guerra. Sin embargo, la intención ahora es detenerse en su función reproductora, principio elemental e inevitable en aquel momento de la convivencia sexual cotidiana. La primera interrogante que surge es sobre el significado que adquiriría el nacimiento en esos momentos de vida revolucionaria.

Como dato biológico, el nacimiento es para toda sociedad el fruto de la unión entre un hombre y una mujer, sin embargo, este hecho es interpretado por cada grupo social y por cada época histórica de una manera distinta. Desgraciadamente, estos fugaces momentos de la vida privada —íntima— de las familias revolucionarias no dejaron testimonio de su significado, ni siquiera hay la certeza de que tuvieran alguno. Las pocas fuentes —memorias, crónicas y novelas— que llegan a mencionar algún suceso relacionado con el nacimiento entre los villistas, fueron recopiladas y escritas por observadores externos, nunca por los propios protagonistas. Quizá por esta razón, el alumbramiento se muestra con frialdad y crudeza: las soldaderas daban a luz en la marcha de los trenes, en los campamentos e incluso en los campos de batalla, atendidas, generalmente, por parteras improvisadas. Nacido el niño, era envuelto con un rebozo y la marcha, sin detener su curso, continuaba. Recuerda el capitán Francisco Macías:

[La soldadera] recibía a su hijo recién nacido en las condiciones más primitivas: lo envolvía, protegiendo su cuerpecito del frío y el polvo de los caminos con el suyo propio y después seguía nuevamente a los hombres.³⁸

³⁸ Entrevista con el capitán primero Francisco Macías, realizada por María Isabel Souza, 22 y 29 de enero de 1974, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/54.

Sin embargo, una adecuada interpretación de este acontecimiento, tan privado como cotidiano, rebasa el propio momento coyuntural de la Revolución, para dirigirse a un espacio mucho más amplio, aquel que guarda los valores, tradiciones, creencias, cosmogonías e imaginarios, de un colectivo específico; en este caso, el de las familias campesinas que habitaban el norte del país en la primera década del presente siglo. Aquí se ha partido de la idea de la familia rural como unidad productiva, es decir, como comunidad organizada en función de su relación con la tierra. La descendencia no es sólo concebida como la perpetuación de la sangre, de la vida, sino también como la forma de conservar los lazos con la tierra. Los hijos se incorporan, así, no sólo a la necesaria reproducción doméstica con su temprana participación laboral, sino que serán los herederos —y por lo tanto los encargados— de mantener y cuidar la tierra.

A partir de una noción cíclica de la vida —relacionada también con el paisaje agrícola—, el nacimiento se proyecta como fruto de una situación impuesta en el orden natural, como parte del proceso de la vida. A diferencia de las mujeres de clase media y alta, donde el embarazo, el parto y los cuidados del niño, estaban inmersos en una serie de códigos morales y sociales relacionados con una mentalidad “moderna”, la mujer campesina concebía su embarazo con naturalidad e “indiferencia”: seguía entregada a sus labores cotidianas, moliendo, lavando, cargando, emprendiendo largas caminatas para llevar el *itacate* al campo y ayudando al hombre en la siembra. No existía tampoco, en esta mentalidad campesina, el sentimiento de “vergüenza” ante los cambios del cuerpo femenino que, en contraste, sí eran reflejados en el comportamiento cotidiano de las mujeres de la aristocracia porfiriana. El uso de corsés durante el embarazo, por ejemplo, era una forma de ocultar el crecimiento del abdomen, lo que llegaba a provocar, además, serios problemas de salud tanto en la madre como en el hijo. La moda del corsé seguía privando entre las mujeres de las clases acomodadas, lo cual no dejó de preocupar a médicos y científicos, quienes advertían las deformaciones del cuerpo y de las vísceras y de la posible esterilidad que implicaba su uso. El doctor Nicolás León escribía en 1910 que “las jóvenes que menstruaban normalmente constituían la minoría y en este sentido, pese a sus condiciones higiénicas, eran más sanas las proletarias que no usaban el corsé”.³⁹

En el mundo rural, el parto era vivido de manera natural. Las creencias y las tradiciones suplían en gran medida la falta de servicios médicos, educación y recursos económicos. Esta situación provocaba frecuentemente la muerte de las mujeres durante el parto o bien decesos por infecciones posteriores debidos a los malos cuidados —la fiebre puerperal fue durante el siglo XIX una de las principales causas de la mortalidad femenina—.⁴⁰ En ocasiones eran las mujeres de la comunidad, parteras, simples familiares o

³⁹ Nicolás León, *La obstetricia en México*, apud Ma. de la Luz Parceró, *Condiciones de la mujer en México durante el siglo XIX*, p. 158.

⁴⁰ Vid. *Ibidem*.



AGN



AGN



CESU

comadres, quienes se volvían las consejeras empíricas de la mujer parturienta; también era común que las mujeres campesinas dieran a luz sin ayuda de nadie. Durante la Revolución, esta forma de parir asombró a los corresponsales de la prensa extranjera:

Durante una de las marchas de Villa, una soldadera se fue quedando cada vez más rezagada de la tropa. Su marido se hallaba en otra división del ejército. La mujer se había convertido en una figura destacada en el ejército porque llevaba una falda de color rojo intenso y un rebozo del mismo tono [...] Uno o dos que iban a retaguardia le preguntaron que si se sentía cansada y les respondió que no, que quizás no se podría unir a los hombres hasta el día siguiente. En el campamento de Villa, al mediodía del día siguiente, la soldadera se presentó como lo había prometido, vistiendo sólo unas enaguas y un corpiño negros. Parecía llevar enredada en los brazos la falda roja. El general, en su vuelta de inspección, se detuvo ante ella y le preguntó por qué no había venido con los demás. Abrió ella su arrugado lío de ropa y le mostró al hijo que acababa de nacer. "Por esto", le contestó sencillamente. Ni un acontecimiento de esta importancia podía apartarla de su deber.⁴¹

El parto de una soldadera era también uno de los momentos donde se expresaba claramente el sentimiento de solidaridad entre las mujeres revolucionarias. Si había partera en el grupo era ella quien auxiliaba a la futura madre, no sólo con consejos prácticos, sino también previniendo espiritualmente (con su surtido de medallas, escapularios, rosarios, coronas, cintas, cordones y otros amuletos, que ponía al cuello de la parturienta o sobre su abdomen), cualquier complicación del parto. Si no había partera, eran sus mismas compañeras quienes la rodeaban formando un círculo, cortaban el cordón umbilical, limpiaban al recién nacido y lo envolvían con un rebozo.

Para la primera década del siglo, el índice de mortalidad infantil era muy elevado, sobre todo entre los sectores más pobres, carentes de condiciones propicias de higiene y alimentación. Sólo para dar una idea considérense las cifras de mortalidad en el estado de Chihuahua en 1909: de un total de 9 158 defunciones registradas, 3 689 fueron niños menores de un año, es decir, más de 40 por ciento. La cifra para los niños muertos de dos a cinco años es de 1 124, constituyendo el 12 por ciento del total. Estos datos muestran que más de 50 por ciento de las muertes registradas en dicho año fueron de niños menores de cinco años.⁴² Las muertes infantiles eran comúnmente causa de problemas gastrointestinales, tosferina, resfriados mal atendidos que terminaban en pulmonías, y por las epidemias de cólera y viruela, muy frecuentes durante la época.

Es posible suponer, así, que el deseo de tener hijos entre las familias campesinas se veía estimulado por la alta mortalidad infantil. Las mismas cifras de 1909 muestran el

⁴¹ Aurelio de los Reyes, *op. cit.* (Documento núm. 45).

⁴² *Anuario Estadístico del Estado de Chihuahua*, Sección de Estadística de la Secretaría de Gobierno, 1909, t. V, núm. 5, Chihuahua, Imprenta del Gobierno, 1913.

alto índice de natalidad: en total fueron registrados 20 818 niños⁴³ —hay que tomar en cuenta, además, que no siempre se registraban los nacimientos ante un juez civil, lo que indica que la cifra fue seguramente mucho mayor—.

Esta problemática fue transferida a la escena revolucionaria, agravándose por la misma situación precaria que ofrecía la vida nómada de las tropas. Algunas mujeres que tenían hijos en los campamentos y campos de batalla morían antes de llegar a los cuarenta años a causa de enfermedades en el aparato reproductor.⁴⁴ Y si bien la muerte no dejaba de ser considerada una pérdida, causa de tristezas y decepciones, se había establecido una relación con ella natural y cotidiana. Una soldadera del ejército villista contaba a John Reed:

Me acuerdo bien cuando Filadelfo me llamó una mañana, antes del amanecer y me dijo: ¡Ven, vamos a pelear porque hoy asesinaron al buen Pancho Madero! Nosotros nos amábamos solamente hacía ocho meses; nuestro primer niño no había nacido todavía [...] y yo le dije:

— ¿Por qué debo ir también?

Él contestó:

—¿Tengo que morir de hambre entonces? ¿Quién me hará las tortillas si no es mi mujer?

Tardamos tres meses en llegar al norte; yo estaba enferma y el niño nació en un desierto igual que aquí; murió porque no teníamos agua.⁴⁵

Aun cuando es sumamente difícil aprehender los sentimientos a través de la escasa información que proporcionan las fuentes, las necesidades afectivas y sexuales están presentes en la formación de toda comunidad doméstica. El hecho de vivir una situación excepcional como era la vida revolucionaria, no implicaba el destierro de estas necesidades. El problema consiste en que pocas veces quedó algún registro de su manifestación. ¿Cómo afectaba sentimentalmente a un soldado villista el nacimiento de su hijo? Ante esta duda no es posible generalizar ninguna respuesta. No obstante, el acontecimiento no siempre pasaba desapercibido. John Reed recuerda que una noche

llegó corriendo a la sazón un hombre a lo largo del tren; venía del frente, gritando algo ininteligible, mientras que menudeaban los gritos y risas a su paso. Los que dormían levantaron, curiosos, la cabeza queriendo saber de qué se trataba. En un momento nuestro carro inanimado volvió a la vida. El hombre pasó, gritando todavía algo acerca de “padre”; su cara alborozada por alguna broma tremenda. —¿Qué es ello?— pregunté. —¡Oh! —Exclamó la vieja—. ¡Su mujer en el carro de adelante, que acaba de tener un niño!⁴⁶

⁴³ *Ibidem.*

⁴⁴ *Vid.* Elizabeth Salas, *op. cit.*

⁴⁵ John Reed, *op. cit.*, p. 153.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 161.

La anécdota de Reed muestra tan sólo una manifestación pública de un sentimiento privado: la paternidad. De ella es lícito inferir la existencia de una conciencia afectiva, familiar, que se prolonga al nuevo espacio doméstico de los trenes y campamentos. Si bien es claro que las soldaderas se encargaban de cuidar y alimentar a sus hijos, poco se sabe acerca de cómo se ejercía la paternidad durante la Revolución. Sin embargo, en la esfera privada del mundo rural, en el espacio doméstico, generalmente era el padre quien ejercía el control y el poder sobre la mujer y los hijos. La paternidad sería para los campesinos la forma más elemental de supervivencia y resguardo del patrimonio, por lo que su ejercicio estaría estrechamente relacionado con las necesidades de la familia como unidad productiva.

Durante la primera infancia, es decir, hasta que el niño comienza a caminar y hablar, los cuidados y la educación eran responsabilidad exclusiva de las mujeres; pocas veces el padre se acercaría apenas a la criatura. Empero, sobre todo tratándose de los hijos varones, el padre comenzaría desde muy temprano a ejercer el control de la educación, haciéndose acompañar por ellos en las labores del campo. En estas sociedades rurales tradicionales, la paternidad estaba unida también a los conceptos de virilidad y honor masculino. En el mismo sentido gira la fertilidad de las familias (una pareja sin hijos o con pocos puede poner en duda la capacidad sexual del hombre). Por su parte, el honor del padre estaría determinado por el comportamiento de las mujeres del hogar (esposa e hijas), por ello será él quien vigile las salidas, idas y venidas, de las mujeres de la casa, y quien, dado el caso, dará el consentimiento para el matrimonio de sus hijas.

Esta organización jerárquica de la familia daba al padre el poder sobre los hijos, llegando incluso a disponer de ellos sin el consentimiento de la madre. La forma como Pancho Villa ejerció su paternidad es un ejemplo. Como se verá más adelante, cuando Villa se retiró de la vida revolucionaria y se instaló en la hacienda de Canutillo, decidió reunir con él a sus hijos concebidos con las diferentes mujeres que habían pasado por su vida.

Persiste una anécdota, repetida por varios de sus biógrafos y apologistas, que hace referencia a la importancia que Villa concedía a la paternidad. Un día él visitó a una familia amiga suya, que se componía de la madre y tres señoritas. Una de ellas tenía un niño. Villa le preguntó con curiosidad:

—¿Bueno, y ese niño?

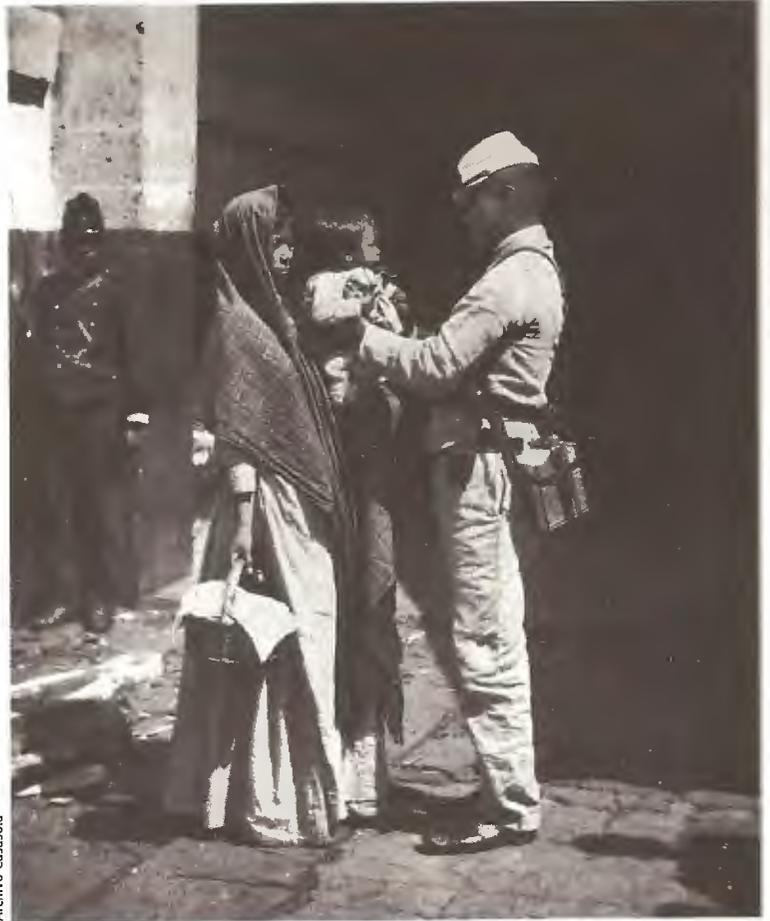
—Pues es hijo mío —contestó la joven.

—¿Y el papá? —preguntó Villa.

—Pues qué quieres, Pancho, es del cura de aquí. Y como Villa callara, ella agregó: —Pero no es eso lo malo, sino que este hombre, después de lo que hizo, anda diciendo que el niño es tuyo o de alguno de tus hombres.

—¿Con qué eso dice? —comentó Villa y salió de la casa luego de despedirse con pocas palabras.

Villa mando traer al cura. Allí el general le hizo una severa reprimenda, no por tener un



Archivo Casasola



AGN



AGN



AGN

hijo, sino por negar su paternidad y le preguntó que si él sabía que los animales y aun las fieras desconocieran a sus hijos. El cura contestó que no, y permaneció cabizbajo y callado. Villa entonces ordenó que una escolta lo llevara al panteón para fusilarlo [...]⁴⁷

El valor que para Villa tenía la paternidad no sólo se demuestra con anécdotas como la relatada o en la manera como la ejercía, reuniendo a sus hijos para que vivieran con él o proporcionando a todos una educación escolar; su autoridad se hacía sentir hasta en los mínimos detalles, como aquel día en que

llegó Agustín —recuerda Luz Corral— a la casa vestido con un gracioso traje de rey, color púrpura y en su manto bordado una corona; el chamaco encantado con su indumentaria, entró al cuarto donde estábamos mi marido y yo. Verlo levantarse y quitarle el trajecito, todo fue uno; estaba mi marido furioso y murmuró entre dientes: ‘¡Viejas ridículas!’ Quitó el traje a su hijo y lo hizo pedazos [...] Calladamente... le repuse su traje de monarca por otro de General de División que hacía unos cuantos días le había mandado confeccionar.⁴⁸

Era muy común durante la Revolución que los niños fueran “disfrazados” con un traje militar igual al que usaban sus padres. En las fotografías de la época se observa este gusto por el retrato del padre y el hijo, donde el traje, las cananas cruzadas, el rifle recargado en el suelo, la posición marcial de los cuerpos y los brazos extendidos a los costados, evidencian, con orgullo, la prolongación sanguínea del padre al hijo, quien por tradición *se hace* y actúa a imagen y semejanza de su progenitor. De nuevo, la importación de las costumbres a la escena revolucionaria: si antes el niño colaboraba con el padre en las labores del campo, ahora lo hace en el campo de batalla. La identificación padre-hijo y el sentimiento de paternidad, no sólo no dejaron de estar presentes durante los años revolucionarios, incluso quizá fue reafirmado por la misma situación improvisada e inestable de la guerra.

¿Cómo se ejercía la educación de los padres hacia los hijos durante la Revolución? Por desgracia, poca información hay al respecto. La evidencia que hable del tipo de castigos o premios —corporales o emocionales— que se acostumbraban en aquellos momentos no aparece en las fuentes de primera mano. Sin embargo, siendo los castigos corporales o las recompensas una parte natural de la educación de los niños, es posible suponer que no dejaron de estar presentes durante la marcha revolucionaria. Las “tundas” o “palizas” aplicadas por los progenitores son un recuerdo persistente de quienes fueron niños a principios de siglo; es un recuerdo que transita con naturalidad, como algo no sólo permitido, sino en ocasiones “necesario”. Los castigos corporales son muestra también de la rudeza característica de las relaciones familiares.

⁴⁷ Federico Cervantes, *op. cit.*, pp. 50-51.

⁴⁸ Luz Corral de Villa, *op. cit.*, p. 81.

El interés que los padres tenían por sus hijos es posible ubicarlo, asimismo, a través del bautizo. Para una mentalidad profundamente religiosa, el bautizo es el rito de iniciación, el cual otorga al recién nacido un nombre que confirma su existencia dentro de un conglomerado social. Es por eso que en éste —que da lugar a la reunión y la fiesta— participaran tanto familiares como amigos de los progenitores. La alta mortalidad infantil y, quizá, también la situación de guerra, que posibilitaba una relación más frecuente con la muerte, propiciaban la necesidad de los bautizos, los cuales aseguraban, dentro de la creencia católica, el descanso de los niños en el “reino de los cielos”. Así, aun cuando los revolucionarios estuvieran distanciados de la práctica religiosa, encontraban los espacios para realizar dichas ceremonias, siendo común que al nacer un niño se buscara un sacerdote en el poblado más cercano y la tropa se congregara para participar en la fiesta. Esta necesidad se ve reflejada en un diálogo recreado por Rafael F. Muñoz:

—¿Tú crees en Dios, Blas? Yo no, palabra de hombre...

—Pero cuando vino el obispo, tú fuiste a llevarle tus tres muchachos pa' que los bautizara...

—Claro que sí, como me llevaron a mí también cuando era muchacho. ¿Por qué crees que me llamo Toribio? ¿Porque me da la gana? A fuerzas de tener uno nombre de gente tienen que bautizarlo, y no que ponérselo como a los caballos... ¿Voy que no conoces un individuo que se llame Cometa, como mi dosalbo? Y palabra que daba gusto ver al obispo, muy viejito, todo canoso, que a leguas se veía que era buen hombre. Por eso le llevé a los muchachos, para que no se vayan a morir como perros, sin bautizar...⁴⁹

El bautismo, además, creaba otro vínculo fundamental en la conformación social mexicana: el *compadrazgo*. Como lazo de parentesco espiritual, el compadrazgo reforzaba los lazos ya existentes de amistad o de intereses, jugando un papel de articulación entre las comunidades y los conjuntos sociales.⁵⁰ Es muy significativo que Francisco Villa se haya convertido en uno de los padrinos más solicitados y apreciados de la región que dominaba militar y políticamente. Al grado que, según Silvestre Terrazas, se creó una fuerte amistad entre el *Centauro del Norte* y el padre Vicente Granados, vicario general de Chihuahua, ya que éste acompañaba a Villa a todas partes donde hubiera algún bautizo.⁵¹

Apadrinar a un niño establecía una relación de responsabilidad de tipo paternal hacia el infante. En caso de morir el padre, sería el padrino quien se ocupara de la formación y educación del ahijado. En este sentido, el hecho de que Villa fuera elegido como padrino de los hijos de los revolucionarios, no sólo respondía a la necesidad de asegurar —a través de un protector poderoso— el futuro de los niños, sino también se convertía

⁴⁹ Rafael F. Muñoz, “El hombre malo”, en *Relatos de la Revolución*, p. 100.

⁵⁰ Vid. François-Xavier Guerra, *México: del antiguo régimen a la Revolución*, t. I, p. 130.

⁵¹ Vid. Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa*, p. 102.

en un acto simbólico que garantizaba la **perpetuación del villismo**, además de establecer, mediante el compadrazgo, un lazo de parentesco **espiritual** con el caudillo:

En Conchos varias mujeres se acercaron a Villa pidiéndole que apadrinara el bautizo de sus hijos, y cuando aceptó gustoso, la noticia se propaló en toda la comarca. Bien pronto, en los días subsiguientes, se le presentaron como ciento cincuenta madres con igual petición. Intrigado Villa por deseo tan colectivo, inquirió el porqué tantas mujeres querían ser sus comadritas, y entonces le expresaron que sus maridos eran todos villistas, y que al salir a campaña les habían recomendado que cuando vieran al general Villa, le pidieran apadrinar a sus hijos, porque, si aquéllos morían, éstos habrían de seguir siendo villistas.⁵²

La protección y cuidado de la niñez comenzaban con las atenciones maternas y la lactancia, la cual, por tradición de las comunidades campesinas, podía prolongarse hasta que el niño comenzara a dentar o, muchas veces, hasta la llegada de otro hermano. Entre las campesinas dar el pecho al niño era un acto natural y espontáneo, a diferencia de la “moda” seguida entre las clases altas de dejar esa tarea a las nodrizas. Un cuadro cotidiano que se podía observar en los campamentos villistas era el de la mujer con el niño pegado al pecho realizando, al mismo tiempo, otras actividades: palmeando tortillas, atizando el fuego o preparando café.

Los niños más pequeños se encontraban, la mayor parte del tiempo, sujetos con el rebozo, en la espalda de la madre. En los momentos de descanso, mientras los trenes permanecían en espera de una nueva movilización, los niños de brazos eran colocados en hamacas improvisadas, amarradas por sus extremos a las ruedas de los trenes. Rememora el doctor Francisco Ruiz Moreno:

[...] los niños los traían ellas [las soldaderas] en los trenes; en los trenes carros cajas hay unas cosas así de tubos de abajo del tren del carro así, que ponían lazos y tablitas y ahí dormían [...] y arriba también en los techos, ya los que caían adentro pues adentro.⁵³

Los niños que aprendían a caminar, es decir, aquellos que tenían entre dos y tres años, se encontraban generalmente alrededor de su madre o hermanos mayores, acompañándolos a todas partes entre sus piernas. La fotografía es abundante en estas imágenes de mujeres siempre rodeadas de niños pequeños, quienes, por su corta edad, eran incapaces de realizar actividades independientes. De ropas sencillas, confeccionadas por sus propias madres con retazos de tela, generalmente andaban descalzos y comenzaban ya a ingerir la comida de sus mayores: tortillas, frijoles, chile, atole...

⁵² Federico Cervantes, *op. cit.*, p. 616.

⁵³ Entrevista con el doctor Francisco Ruiz Moreno, realizada por Ma. Isabel Souza, 17 de julio de 1973, Ciudad Juárez, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/66.



Archivo Casasola



Library of Congress

Los niños más grandes, entre cuatro y siete años, quienes ya gozaban de la independencia de su cuerpo con respecto al de la madre, comenzaban a colaborar en las actividades que exigía la subsistencia cotidiana. Hasta este momento no había una diferencia radical entre los géneros: tanto las niñas como los niños de esta edad se volvían “ayudantes” del trabajo de los padres y, especialmente, del de la madre. Colaboraban como mandaderos, llevaban mensajes, cestos de comida, bultos de ropa; o bien como acarreadores de agua y leña; especialmente las niñas aprendían a desgranar el maíz, a palmear las tortillas y a tallar la ropa. Algunos niños, ya considerados “grandecitos” —de siete u ocho años— empezaban a imitar las labores de sus padres, cuidaban los caballos y aprendían a montar y cabalgar, observaban la limpieza de las armas y podían, en ocasiones, comenzar a funcionar como “ayudantes de campo” de la tropa.

Pasada esta primera infancia, al llegar a los siete, ocho años, los niños, ahora “muchachitos”, podían ya participar en las actividades propias de la guerra. Las niñas, en cambio, cumplían desde entonces el papel de las soldaderas: cuidaban de los niños más pequeños, conseguían y preparaban los alimentos, lavaban la ropa; su infancia terminaba apenas se asomaban en sus cuerpos los cambios de la pubertad, los cuales las llevaban, muchas veces, a convertirse en madres prematuras.

¿A qué jugaban los niños en sus ratos de esparcimiento? ¿Con qué jugaban? ¿Cómo jugaban? Hace falta una profunda investigación que permita resolver tales interrogantes. Son conocidos, por la prensa y documentos de la época, algunos juegos practicados por los niños de las clases media y alta, muchos de los cuales eran aprendidos y ejercitados en las escuelas primarias: “El gato y el ratón”, “La ronda del lobo”, “El lobo a la cola”, “El zorro va rodeando”, “Negro o blanco” y “Día o noche”,⁵⁴ entre muchos otros; también se sabe que para fines del siglo pasado y principios del presente ya existían en el país comercios dedicados específicamente a los juguetes. El juguete comienza a ser en el siglo XIX un objeto de consumo corriente, un producto industrial que se vende en secciones designadas especialmente para él en los grandes almacenes, y que contaba con sus propias tiendas especializadas. En la ciudad de México se había establecido a principios de siglo la juguetería La Nobleza, ubicada en la calle 2a. de Plateros. En ella se podían conseguir:

pelotas de colores, casas de muñecas, polichinelas, animales, trompetas, panoplias para vestirse de militar, caballos grandes de cartón y madera, ferrocarriles de vapor y de cuerda, automóviles, teatros con personajes que se mueven con alambres, y decoraciones, panderetas y tambores.⁵⁵

⁵⁴ Vid. *La enseñanza primaria*, 15 de marzo y 15 de abril de 1902.

⁵⁵ *Album de damas*, junio de 1907, p. 32.

Sin embargo, tales actividades lúdicas y juguetes no llegaban a todos los niños del país, mucho menos a aquéllos que vivían en el campo. Las fotografías y ciertos relatos informan que uno de los juegos más populares practicados por los niños campesinos eran las canicas, además de los juegos con la pelota y el trompo. En este ambiente, cualquier objeto de uso corriente o de desecho podía convertirse en un juguete: un trapo o un bulto podían hacer las veces de una muñeca. Es posible pensar también que los mismos familiares e incluso los propios niños fabricaran sus juguetes. Seguramente, durante la Revolución estos juegos siguieron practicándose, con la diferencia de que la distancia que unía el juego a la realidad se hacía cada vez más corta. Las niñas jugaban a ser madres colocándose un “hijo” de trapo en los brazos, el cual muy pronto era sustituido por uno real, de carne y hueso. Los niños, por su parte, jugaban a la “guerra”, divididos en dos bandos, emprendían batallas “a palos”, mientras unos gritaban “¡Viva Villa!”, los otros, “¡Viva Carranza!”⁵⁶ Al poco tiempo, el juego se trasladaba al verdadero campo de batalla.

⁵⁶ Vid. *Mi pueblo durante la Revolución*, México, Museo Nacional de Culturas Populares / INAH, t. III, p. 221.



Archivo Casasola

NIÑOS EN EL CAMPO DE BATALLA



Yo no tengo ningún hijo pequeño —dijo Gil Tomás, el de los catorce años, entre las carcajadas de todos—. Yo peleo para conseguir un rifle 30-30 de algún federal muerto y un buen caballo de algún millonario.

JOHN REED, *México Insurgente*.

A TRAVÉS DE LA NARRATIVA DE AUTORES COMO RAFAEL F. MUÑOZ (1899) Y NELLIE Campobello (1913) es posible descubrir parte del imaginario de los niños que vivieron en el norte de México al momento de la Revolución. Entre las cualidades más características de su obra, se encuentra el reflejo de una actitud especial frente a los hechos de sangre: da la impresión de que, ante la mirada infantil, éstos han perdido su carácter de tragedia para convertirse en sucesos poco menos que domésticos.

Nellie —apunta Antonio Castro Leal— pasó su niñez en una región de frecuentes y feroces encuentros revolucionarios entre las facciones de Villa y de Carranza. Vivió entre tropas que llegaban y que se iban, asaltos a la ciudad, fusilamientos y ejecuciones, ecos de las batallas a campo raso, concentración de heridos que traían los trenes militares, hospitales de sangre improvisados en los que solía irrumpir el enemigo matando o expulsando a los heridos [...] ⁵⁷

Según su propia narración en las páginas de *Cartucho* —por increíble que parezca—, frente a los charcos de sangre y los cadáveres en descomposición que, de vez en vez, “adornaban” la fachada de su casa en Parral, Chihuahua, y a pesar de la guerra y el hambre que ésta arrastraba consigo a pueblos como el suyo, su vida diaria no dejó de ser la vida, si no alegre, por lo menos juguetona, de una niña de seis años:

⁵⁷ Antonio Castro Leal, “Prólogo”, en *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. I, p. 924.

—Más de trescientos hombres fusilados en los mismos momentos, dentro de un cuartel, es mucho muy impresionante— decían las gentes, pero nuestros ojos infantiles lo encontraron bastante natural.⁵⁸

Para ella y sus compañeros de juego, el entorno macabro se convirtió muchas veces en escenario de expediciones y correrías. Algunos de los soldados villistas, con quienes convivió estrechamente, fueron sus amigos —muchos eran casi tan niños como ella—: los vio descansar entre batalla y batalla, enamorarse, beber, jugar, contar sus hazañas, llorar sus penas... Y los cuerpos muertos, con los que comúnmente se topaba, despertaban, como muñecas de trapo, su instinto maternal:

Como estuvo tres noches tirado, ya me había acostumbrado a ver el garabato de su cuerpo [...] durmiendo allí, junto a mí. Me parecía mío aquel muerto [...]⁵⁹

Así como Nellie Campobello y sus hermanos vivieron la transformación de su espacio doméstico con la llegada de las tropas villistas, adaptándose pronto a las nuevas circunstancias, hubo otros muchos niños que, siguiendo a esas mismas tropas, se vieron obligados a desplazar su cotidianidad a espacios menos acogedores y menos íntimos que la casa familiar, pero no por ello menos domésticos.

Una de las figuras recurrentes en la obra de Muñoz es la del “muchacho”, de entre diez y quince años, que se sorprende a sí mismo envuelto por la guerra y se ve arrastrado por la fatalidad hasta el campo de batalla. Es, de algún modo, su propio caso, pues a los quince años, ante la imposibilidad de terminar la preparatoria —a causa de la Revolución— hubo de iniciarse como corresponsal de un diario de Chihuahua, siguiendo como periodista a la División del Norte. Es, también, el caso de Alvarito Abasolo, protagonista de *Se llevaron el cañón para Bachimba*,⁶⁰ quien al ver su rancho invadido por un grupo de orozquistas, se convierte, a la edad de trece años, en la “mascota” y el secretario de la tropa; es, también, el caso del hijo de Tiburcio Maya, personaje de *¡Vámonos con Pancho Villa!*,⁶¹ quien con apenas diez años se ve obligado a acompañar al padre en sus andanzas con el menguado ejército villista, en la etapa posterior a la batalla de Zacatecas:

Así como él —afirma el autor—, centenares de muchachos soldados habían combatido por la revolución social de México sólo por instinto, por el vago presentimiento de que eran en sí mismo un símbolo: el pueblo niño, que apenas sabe por qué va a la lucha.⁶²

⁵⁸ Nellie Campobello, “Cartucho”, en *La novela de la Revolución Mexicana*, p. 940.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 942.

⁶⁰ Rafael F. Muñoz, “Se llevaron el cañón para Bachimba”, en *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. II.

⁶¹ Rafael F. Muñoz, “¡Vámonos con Pancho Villa!”, en *Ibidem*.

⁶² *Ibidem*, p. 746.



Andreas Brown



Archivo Casasola



John Hardman



Archivo Casasola

Ciertamente, los niños constituyeron una parte importante de las fuerzas rebeldes, aunque no siempre llegaron a ellas arrastrados por un destino fatal sino, por el contrario, como resultado de un proceso de adaptación ante las circunstancias impuestas por la guerra.

Si se identifica a la familia rural, en particular, como un grupo que se define en el sentido de la solidaridad y no estrictamente en función de una casa, se entenderá que su estructura básica no se altera significativamente, aun cuando se encuentre envuelta en la atmósfera de la guerra. Como ha sido visto, durante los tiempos de la Revolución, los trenes y campamentos sustituyeron el espacio doméstico; en ellos, los soldados y soldaderas recrearon íntegramente la vida familiar. Ésta es una de las circunstancias que explican, en buena medida, la presencia de los niños entre las tropas rebeldes y federales a todo lo largo del movimiento revolucionario.

En el México porfiriano, el trabajo infantil formaba parte integral del sistema de producción de las haciendas: “los campesinos de ocho años en adelante comenzaban a ayudarles a los padres de familia a trabajar en la agricultura”.⁶³ No debe sorprender, pues, el hecho de que los niños campesinos siguieran cumpliendo funciones específicas aun fuera de su entorno original.

A través de la fórmula arquetípica que integran los personajes de Tiburcio Maya e hijo, Rafael F. Muñoz elaboró el retrato de una imagen frecuente en la vida revolucionaria: padre e hijo varón labrando juntos la tierra y, después, peleando juntos en el campo de batalla. Dicha fórmula se repite, una y otra vez, en las narraciones de los veteranos villistas —en su mayoría niños soldados— que se encuentran registradas en los testimonios orales:

Yo en esa época era una criatura de catorce años escasos. Cuando la Revolución, que se levantó mi tío don Abraham; ¿verdad?, mi padre, por razón natural, lo secundó, ¿verdad?, desde el 10. Y como se decía que la federación [...] iba acabando con las rancharías, con los pueblos, ¿verdad?, que no dejaban ni perros. Mi padre dijo: “Yo no dejo a mis hijos [...] que se mueran conmigo en la lucha.”⁶⁴

Ésa es, pues, una primera determinante en la conformación de las “fuerzas infantiles” del ejército villista: el desplazamiento del grupo doméstico al campo de batalla —con todo y funciones individuales impuestas por éste.

⁶³ Entrevista con el señor Roberto Merino Rivera, realizada por María Isabel Souza, 30 de octubre de 1973, Bachiniva, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/112, p. 6.

⁶⁴ Entrevista con el coronel Emilio A. Bencomo Casavantes, realizada por María Isabel Souza, 21 de julio de 1973, Parral, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/71.

Hay que aclarar, sin embargo, que esta tendencia a la **permanencia y adaptación** del grupo doméstico no fue un proceso del todo homogéneo. En muchos casos, la **Revolución** también provocó el fenómeno inverso: ofreció una salida a los adolescentes que deseaban abandonar el seno familiar. Así, una segunda determinante para el ingreso de los niños en las tropas villistas tenía que ver con la búsqueda de aventuras y, más particularmente, con el magnetismo que Villa ejercía sobre la juventud. Hubo muchos que se incorporaron a sus filas sin la autorización de sus padres, “porque a cada rato me andaban cuereando”,⁶⁵ o “no más por el deseo de acompañar a mi general Villa, sin saber, yo sabía que había que echar balazos [...]”⁶⁶

En *Villa y la Revolución Mexicana*, John Reed relata la anécdota de una multitud de campesinos que, al día siguiente del primer asalto a Torreón, se presentó en el cuartel villista para integrarse a las tropas. Buena parte de esos voluntarios eran apenas unos niños. El padre de uno de ellos imploraba al caudillo que le devolviera a su hijo, a lo que aquél respondió irritado: “a nadie le voy a prohibir que pelee por nuestra causa no importa edad ni sexo. Éste es el modo como los hacemos hombres. No quiera impedirme que convierta a los niños en hombres”.⁶⁷

Por su parte, el mismo Villa se encargaba de recoger y reclutar muchachos jóvenes para sus filas. Fue, entre otros muchos, el caso de Martín López, uno de los *Dorados*:

Lo recogí cuando tenía once años —decía Villa, entre lágrimas, a Ramón Puente, el día de la muerte de Martín—. Era tan chiquito, que en los combates de 1910 lo dejaba cuidando mi caballo, y cuando el manso animal se encabritaba con el ruido de los fusiles, le arrancaba el cabestro de las manos.⁶⁸

Dadas tales determinantes —el traslado de familias completas a las tropas, así como la integración de adolescentes que llegaban por cuenta propia o reclutados por el caudillo—, se debe decir que la División del Norte (incluido el selecto grupo de los *Dorados*), estaba constituida, en buena medida, por gente muy joven. Al respecto, otro *Dorado* explicaba lo siguiente:

[Villa] nos trataba de “muchachitos”. A mí me decía Güerito. Nos daba una palmeadita en la espalda.. “y tú vas y tomas allá, Güerito” [...] La mayor parte de la División del Norte, los

⁶⁵ Entrevista con el señor Cosme Mendoza Chavira, realizada por María Isabel Souza, 3 de julio de 1974, Lerdo, Durango, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/160.

⁶⁶ Entrevista con el señor Silvestre Cadena Jaramillo, realizada por María Alba Pastor, 21 de agosto y 14 de septiembre de 1973, Cuajimalpa, DF, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/98, p. 23.

⁶⁷ John Reed, *Villa y la Revolución Mexicana*, pp. 157-158.

⁶⁸ *Apud* Ramón Puente, *Villa en pie*.



MEXICAN SOLDIERS.
CAMPANA, AUG. 10 1915.

MANUEL SANCHEZ. JOSE MONROY.
13 YEARS.

Colección John Hardman



Metropolitan Magazine



Archivo Casasola



AGN

jefes, éramos demasiado nuevos [...] Ahí demostró Villa también otra de sus sutilezas. ¿Verdad? El hombre adulto piensa mucho las cosas para hacerlas, ¿verdad?, y a nosotros con una palmeadita nos mandaba a que nos mataran y a que matáramos gente [...].⁶⁹

Esta particularidad, en efecto, servía para afirmar la autoridad de Villa quien, de este modo, aseguraba la sumisión y el absoluto respeto de sus subordinados y, por otro lado, revestía a las tropas de una vitalidad especial:

[...] había niños —comenta John Reed— que no llegaban a los catorce años, según mi cálculo [...] jugueteaban como niños, colándose en los tranvías, amagando jugar fútbol, o yendo de un lado a otro en grupos de veinte a cincuenta, cantando y gritando y comiendo cacahuates. Nunca vi una multitud tan alegre.⁷⁰

Pero los “muchachitos” que integraban las filas del villismo no se dedicaban necesariamente a “echar balazos”. De acuerdo con su edad y aptitudes, prestaban diferentes tipos de servicios. A través de los testimonios gráficos es apreciado que los niños más pequeños asistían comúnmente a las madres en su oficio de soldaderas, lo cual no distaba en modo considerable del papel que desempeñaban en tiempos de paz. Por lo general, a quienes andaban entre los siete y los doce años ya se les asignaban tareas relacionadas con la actividad bélica, aunque no participaban directamente en combate. Ellos se encargaban de cumplir con la nada despreciable función de ejecutar la diana militar y del redoble de tambores. También se desempeñaban regularmente como aguadores, caballerangos, mensajeros y centinelas. Entre risas, el veterano Cosme Mendoza Chavira relataba lo siguiente:

En la tropa yo toda mi revolución ¿sabe lo que era?, andarles llevando a los caballos el agua, andarles haciendo el mandado y andarles [...] bueno alzando el pie para que subieran a los caballos, y como pos no servíamos, nos dejaban allá [con las mujeres y la caballada].⁷¹

Era tan espectacular el número de niños en esas edades, que el caudillo llegó a concebir la idea de aprovechar los ratos libres para que se les impartiera algún tipo de educación. Aquel mismo veterano comenta que, cuando las tropas venían de regreso de Celaya, “[...] en la tarde nos formaban a todos los muchachillos chiquillos a tocar el clarín, a darles clases [...] yo ni aprendí”.⁷²

Estos muchachos, en su mayoría, después de los doce o trece años, se convertían formalmente en soldados, con todo lo que implicaba: habiendo recibido su arma, que casi los superaba en peso y tamaño, con uniforme o sin él, incursionaban en el campo de

⁶⁹ Entrevista con el coronel Emilio A. Bencomo Casavantes, *op. cit.*, p. 17.

⁷⁰ John Reed, *op. cit.*, p. 115.

⁷¹ Entrevista con el señor Cosme Mendoza Chavira, *op. cit.*

⁷² *Ibidem*, p. 28.

batalla: “[...] unos portaban el familiar ‘cuete’; otros habían exhumado viejas escopetas de familia, algunos se pavoneaban con un brillante ‘30-30’ y muchos no pasaban de cargar el ‘marrazo’ con filo redoblado”.⁷³ Quienes demostraban tempranamente sus habilidades militares, se iniciaban en la lucha incluso más pequeños:

Panchito —cuenta John Reed— tenía once años de edad y ya era soldado, con un rifle demasiado pesado para él y un caballo, al que tenían que subirlo para montar. Victoriano era su compadre, un veterano de catorce años [...]⁷⁴

A aquellos de carácter más “intrépido” se les asignaban, incluso, tareas que requerían un mayor grado de astucia, las cuales representaban una fuerte responsabilidad, además de un gran peligro, como la del espionaje. Su juventud, que a la vista ocultaba sus propósitos, los hacía pasar fácilmente desapercibidos, permitiéndoles infiltrarse en las posiciones enemigas.⁷⁵

En general, puede decirse que la infancia se vivía rápidamente. Los niños dejaban de ser considerados como tales desde el momento en que pisaban el campo de batalla. El doctor Brondo Whitt, médico de la División del Norte, recuerda en un pasaje de sus memorias:

¡Oh, los hombres prematuros! ¡Oh, los soldados de doce años! Me dan ganas de decir “dos muchachos vestidos de soldados”. Uno de ellos es todo un valiente: soporta jornadas a caballo, se bate como todo hijo de vecino y lleva una daga metida entre la pierna y la polaina, a la moda canallesca. Estos pobres chicos son sorprendidos en plena niñez por la vida, con todas sus consecuencias, y han probado ya el rudo placer del combate. El amor [...] ¿por qué no? También les sale al paso [...] Son los hombres prematuros: se baten, echan albuere, conocen el ‘606’, y se dan campo para bailar al trompo.⁷⁶

Sin embargo, no hay que olvidar que esta “prematura” asimilación a la vida adulta correspondía al ciclo natural de la vida de todo campesino, que no es necesariamente una consecuencia directa de la Revolución. Por momentos, esta melancólica evocación de Brondo Whitt es parecida a aquellos discursos de la prensa porfiriana, en los cuales se subrayaba enérgicamente que los niños trabajadores no eran propiamente niños.

Por su parte, las niñas que acompañaban a los villistas compartían las funciones de sus madres. En ellas es aun más clara la conservación de las funciones domésticas en el espacio de los trenes y los campamentos. Por lo demás, la línea divisoria entre niña y

⁷³ Horacio Estol, *Realidad y leyenda de Pancho Villa*, p. 47.

⁷⁴ John Reed, *México Insurgente*, pp. 44-45.

⁷⁵ Vid. Paul J. Vanderwood y Frank N. Samponaro, *Los rostros de la batalla. Furia en la frontera México-Estados Unidos. 1910-1917*, p. 178.

⁷⁶ Doctor E. Brondo Whitt, *op. cit.*

mujer adulta resultaba ser mucho menos marcada que la que separaba al niño del hombre adulto. Comúnmente, las mujeres iniciaban muy pronto su vida sexual. De hecho, se convertían en madres y soldaderas apenas alcanzaban la adolescencia —entre los doce y catorce años—. Como tales, según se ha visto anteriormente, no participaban en hechos de armas salvo en casos extremos y en franca desobediencia de las órdenes de Villa. Por lo mismo, su presencia en la División del Norte resulta menos protagónica que la de los niños varones, presencia que no significa que deba ser ignorada. Su papel era fundamental para el desenvolvimiento cotidiano de las tropas.



Library of Congress



Library of Congress

LA MUERTE NIÑA



*A un muchachito de ocho vestido de soldado, le tocó morir en el patio;
estaba tirado sobre su lado izquierdo, abiertos los brazos; su cara de
perfil sobre la tierra; sus piernas flexionadas parecían estar dando un
paso: el primer paso de hombre que dio.*

NELLIE CAMPOBELLO, *Cartucho*.

UNA VEZ EN MEDIO DEL COMBATE, POR DÉBIL O PEQUEÑO QUE EL NIÑO SOLDADO PUDIERA ser, nadie —salvo en casos excepcionales— cuestionaba su sitio como tal: ni él mismo, ni la tropa, ni los jefes y, menos aun, el enemigo. No importaban las circunstancias individuales que lo condujeron hasta ahí, no importaba que su cuerpo infantil se doblegara al peso de la cruz de las cartucheras; se convertía, como el resto de la soldadesca, en parte integral y anónima de una masa guerrera. Condición gregaria que le hacía perder aparentemente el miedo que, al principio, experimentaba bajo la lluvia de las balas:

Es una reacción desconocida [... cuenta un veterano villista] sí, había miedo en el momento en que empezaban los balazos, sí llegaban los nervios, se seca la boca y siente usted que está nervioso [...] Pero [...] inmediatamente cuando empiezan los tiros ya no siente usted nada, se siente uno transportado a otra región, como si no supiera usted lo que anda haciendo, así honradamente, y se llena de entusiasmo y sabe usted que matan a un amigo, y usted quiere matar así en esa forma.⁷⁷

Hay que aclarar, sin embargo, que aquel pretendido “entusiasmo” no debe interpretarse como una especie de valentía o excitación ante situaciones de peligro, sino como una suerte de inconsciencia colectiva: la amenaza de muerte iguala a todos y cada

⁷⁷ Entrevista con el teniente coronel Victoriano de Anda, realizada por Laura Espejel, [s.f.], DF, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/46.

uno de los integrantes de la tropa, guiados por el instinto de matar para sobrevivir. Posiblemente, los niños sean los más susceptibles de ser invadidos por este “entusiasmo”, porque son quienes menos conscientes están del peligro.

En uno de los pasajes finales de *¡Vámonos con Pancho Villa!* —en el que Rafael F. Muñoz ofrece una recreación del ataque a Columbus—, el hijo de Tiburcio Maya se lanza resueltamente sobre una enorme ametralladora y, con tiros “disparejos y lentos”, termina con la vida de un par de soldados norteamericanos. Con ello logra poner a salvo al caudillo, quien se hallaba a punto de ser atacado por la espalda. Cuando Villa, una vez fuera de peligro, vuelve la mirada en busca de su salvador, descubre un cuadro que lo conmueve hasta las lágrimas:

[El muchacho] se había quedado de bruces sobre el arma: sus brazos flácidos colgaban a los lados del tripié de acero, y su rota cabeza manchaba de sangre la cinta de los cartuchos [...] No se atrevió a moverlo. Tender el cadáver en el suelo, como cualquier otro, era restarle la belleza de su muerte. Prefirió dejarlo ahí, sobre la ametralladora, para que no lo vieran los enemigos. Era un monumento.⁷⁸

Haciendo a un lado el carácter épico de esta narración y centrando la atención en la figura del muchacho muerto, de bruces sobre la ametralladora, se puede observar una imagen que mucho tiene de verídica. Según testigos presenciales, después del citado ataque, las aceras del poblado ofrecían un espectáculo de horror: “Los hombres de Villa que habían caído, yacían muertos o en agonía. Algunos se retorcían y otros musitaban, pero la mayoría estaba tendida en la abandonada postura de la muerte [...] Ese día, más tarde, se les reunió, apiló y quemó.”⁷⁹ Si una buena parte de los subordinados de Villa eran menores de quince años, es lógico suponer que de los muchos cadáveres abandonados en Columbus, unos cuantos habrían sido de niños.

Este caso, ocurrido en 1916, cuando el villismo se había convertido en un movimiento guerrillero, no es más que un ejemplo. Hay que recordar que se trató de un asalto sorpresivo y, por lo tanto, los villistas llevaban ventaja militar sobre los defensores de Columbus. Previo a este episodio, cuando las fuerzas de Villa eran todavía un ejército en forma (a punto de ser derrotado por el carrancismo), las bajas en combate fueron mucho más dramáticas. En 1915, durante las batallas del Bajío, las cuales se prolongaron por espacio de tres meses, participaron alrededor de 50 000 hombres, entre carrancistas y villistas; de ellos murieron aproximadamente 20 000.⁸⁰ Si se considera que se trató de una derrota para los villistas y que ambos ejércitos estaban más o menos equilibrados en

⁷⁸ Rafael F. Muñoz, “*¡Vámonos con Pancho Villa!*”, p. 749.

⁷⁹ Paul J. Vanderwood y Frank N. Samponaro, *op. cit.*, p. 217.

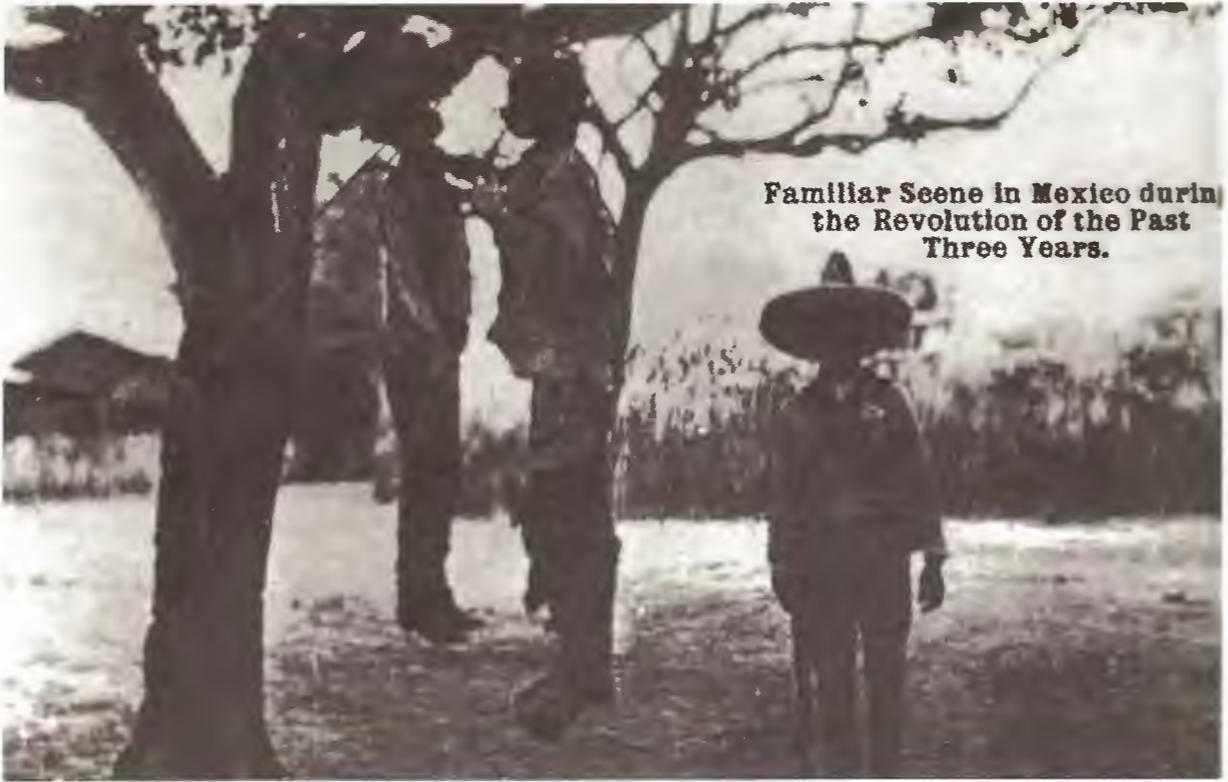
⁸⁰ *Vid.* Alan Knight, *op. cit.*, vol. II, p. 873.



Colección John Hardman



Colección particular



Familiar Scene in Mexico during
the Revolution of the Past
Three Years.

John Hardman



Arreglo Fotográfico
Dentro de Residencia de Hacienda de México
Condumex

Condumex

número de hombres, aunque se desconoce la proporción exacta, es lógico pensar que de estas bajas, por lo menos la mitad correspondieron al ejército de Villa. Por desgracia, las edades de estos soldados se ignoran. No obstante, a partir de los testimonios orales y las crónicas, se infiere la participación de algunos niños en estas batallas, por lo tanto, una vez más, la lógica obliga a suponer que, en mayor o menor medida, una buena parte de los combatientes muertos tendrían menos de quince años.

Además de la muerte de los niños en combate, también era frecuente fusilarlos o ahorcarlos. Aquéllos que se infiltraban como espías, en las posiciones enemigas, corrían el riesgo de ser sorprendidos y ejecutados. “Si se les atrapaba, se les colocaba ‘contra el adobe’, en fila con otros prisioneros y se les fusilaba.”⁸¹ También se les solía ejecutar, como a cualquier adulto, cuando eran capturados en el transcurso de alguna escaramuza.

Hay que considerar, sin embargo, que la presencia de niños en el ejército villista, así como su participación activa en el campo de batalla y la inevitable muerte en combate de muchos de ellos, no deben identificarse —por conmovedor que parezca— con una manifestación de heroísmo patriótico infantil. Ello equivaldría a adoptar como propio el concepto de infancia que compartían los estratos medios porfirianos, para quienes este tipo de “hazañas” eran expresión inequívoca de una sólida conciencia nacional, transmitida de padres a hijos.

Como algunos tuvieron oportunidad de atestiguar, los niños que integraban las “fuerzas infantiles” del villismo eran partícipes de una desbordada pasión colectiva y de un súbito sentimiento de hermandad, que les hacía olvidar el miedo a la muerte; lo cierto es que, salvo en casos excepcionales, no tenían la menor idea de las supuestas causas por las que arriesgaban la vida en forma tan arrojada. Ello resulta bastante obvio si se considera que dichas causas eran ignoradas, incluso, por la gran mayoría de los soldados adultos:

Uno andaba en la Revolución por simpatía al general Villa, pero según llevaban la idea del Plan de Guadalupe, hasta ahorita a la fecha no conozco el Plan de Guadalupe.⁸²

Por lo demás, el deceso en combate no fue la única forma de muerte entre los niños villistas: la Revolución solía cobrar vidas infantiles con gran frecuencia, aun fuera del campo de batalla. A pesar de que los grandes convoyes contaban con servicios médicos —destinados sobre todo a la atención de soldados heridos—, la atmósfera insalubre de los trenes y campamentos favorecía la propagación de enfermedades infecciosas y virales, cuyas mayores víctimas eran los niños más pequeños, dada su debilidad física y

⁸¹ Paul J. Vanderwood y Frank N. Samponaro, *op. cit.*, p. 178.

⁸² Entrevista con el sargento Juan Rocha Ortiz, realizada por María Alba Pastor, 21 de julio de 1973, Parral, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/72.

alimentación deficiente. La dieta inadecuada se traducían muchas veces en casos de **diarrea** y enteritis, asimismo, la precaria habitación y la escasa indumentaria eran causa de **pade-**cimientos del aparato respiratorio, como neumonía y bronquitis; la insalubridad **posibi-**litaba la proliferación de epidemias como el paludismo y la viruela.⁸³

Por otro lado, se sumaba a este cuadro cierto tipo de percances que, en virtud del azar que resultaba el acontecer cotidiano, se pueden definir como una suerte de “accidentes domésticos”: las largas y penosas jornadas de desplazamiento, los avatares a veces suicidas para conseguir víveres y agua o, simplemente, el diario y apacible transcurrir de la vida entre el ferrocarril y el campamento, daban lugar, entre otros, a frecuentes golpes, caídas, incendios, explosiones en los almacenes de parque, patadas de caballo o heridas provocadas por balas perdidas. Además de estas eventualidades, hay que hacer notar que el escenario donde se desarrollaba la vida cotidiana se prestaba para que los pasatiempos infantiles llegaran a ser particularmente peligrosos: era común, por ejemplo, que los niños jugaran a ganar la carrera a un tren en marcha o que lanzaran apuestas para ver quién soportaba más tiempo esperándolo de frente, de pie sobre la vía, y retirarse en el último momento.

Son más o menos abundantes los relatos que refieren la tragedia de una muerte infantil por algún acontecimiento de naturaleza accidental. He aquí uno de ellos, tomado de la novela de Gregorio López y Fuentes *Campamento*:

Había llovido y los caminos estaban fangosos y deslavados a trechos [...] Algunas de las mujeres habían colocado a sus escuincles en la grupa de las acémilas. En un mismo paso difícil, donde las canteras, cubiertas de fango, eran verdaderas trampas de lobo, dos mulas se quebraron las patas. Una de ellas llevaba en ancas un muchacho cambajo y simpático. En cuanto el hueso tronó al quebrarse y la mula dio la maroma, el muchacho fue lanzado violentamente hacia adelante. La cabecita se estrelló contra la cantera bruta en que el camino fue abierto [...] ⁸⁴

En una época en la que la mortandad infantil era tan alta —sobre todo en los ámbitos rurales—, la muerte de un niño era un suceso que los padres aceptaban con cierta naturalidad; sin embargo, no significa que el deceso careciera de un peso emocional fuerte. Buena parte de las anécdotas relacionadas con muertes infantiles durante la Revolución (en especial las que refieren la muerte de niños menores de siete años) muestran, como una primera reacción de los padres, la premura por sepultar cristianamente al pequeño difunto.

Siguiendo con *Campamento*, el pasaje inmediato a la muerte del pequeño es, justamente, su improvisado funeral: la madre toma al niño en brazos y, acompañada por

⁸³ Vid. Moisés González Navarro, *El Porfiriato. Vida social*, pp. 56-58.

⁸⁴ Gregorio López y Fuentes, *Campamento*, p. 194.



Juan de Dios Machain. Colección particular

otras mujeres, se interna unos metros en el campo, mientras la tropa continúa su paso. El padre se une al cortejo fúnebre que, con el temor de perder de vista a la columna, se apresura a enterrar a la criatura:

Con unos marrazos se pusieron a abrir una sepultura en un sitio de tierra blanda [...] El cadáver fue envuelto en un capote de soldado. Fue puesto en el fondo [...] Apretaron la tierra a golpe de piedra. Pusieron encima una laja [...] La madre se limpiaba las lágrimas con una punta del rebozo. El soldado parecía ajeno a cuanto acababa de hacer.⁸⁵

Es posible que el mayor motivo de tristeza en estos casos fuese la imposibilidad de realizar debidamente el ritual fúnebre que, en otras circunstancias, mandaría la tradición. Los entierros infantiles eran motivo de fiesta enlutada para las comunidades rurales que celebraban la alegría de saber que el niño había alcanzado la vida eterna, siempre y cuando hubiera sido bautizado: el entierro se acompañaba con música, bailes, comida y juegos; los vecinos y familiares evitaban el llanto para que el chico pudiera entrar en el paraíso sin tener que regresar a recoger las lágrimas; de ser posible, se retrataba al “ángelito” cubierto de flores para conservar su imagen hasta el reencuentro final en la otra vida.⁸⁶

El vértigo de la vida revolucionaria imponía la improvisación y la rápida adaptación ante las pérdidas familiares. Así las cosas, el sepelio habría de realizarse en forma triste, en la mayor austeridad, sin instrumentos musicales, sin flores, sin comida, sin juegos y sin fotografías; el cortejo fúnebre se apresuraba para reunirse lo más pronto posible con el resto de la tropa; los padres de la criatura, dolor a cuestas, continuarían su camino y se resignarían a olvidar el hecho. Es importante insistir en que esta premura, la cual podría interpretarse como una forma de frialdad, responde en realidad a un instinto natural de adaptación.

Sin embargo, el modo de asumir la muerte como el cierre de un ciclo natural subsiste. Esta forma “instantánea” de resignación ante *la muerte niña* —tanto en el campo de batalla como por accidente o enfermedad— no es una manifestación de frialdad. Por el contrario, el fallecimiento de un niño es asumido por la colectividad como un destino cumplido —y como tal, aplaudido—, nunca como promesa truncada. Existe una diferencia fundamental entre esta idea de muerte como destino cumplido y la idea de heroísmo. La primera se identifica con una suerte de servicio a la colectividad, que acelera el ciclo natural e inevitable de la vida; la segunda como un deber para con la nación, cumplido por seres extraordinarios en momentos cruciales de la historia.

La forma en que se asumió la muerte de Martín López, por ejemplo, es una muestra de esta idea. Aunque ya nadie lo consideraba un niño, pues era nada menos que uno

⁸⁵ *Ibidem*, p. 194.

⁸⁶ Gutiérrez Aceves, “Imágenes de la inocencia eterna”, en *Artes de México*, núm. 15, p. 27.

de los principales “jefes” de Villa; es importante decir que, al momento de su muerte, apenas había cumplido diecisiete años. Su desaparición, según afirma Ramón Puente,⁸⁷ conmovió hondamente al caudillo. Sin embargo, como lo muestra el tono del siguiente corrido, el acontecimiento no pasó de ser un triste, pero inevitable incidente:

Paloma Real de Durango,
párate ahí en el fortín.
Les dices a los carranzas
que aquí se queda Martín.

Martín López les decía:
“Cuando atacamos Columbus,
quemamos todas las casas
y nos vamos a otros rumbos.”

En la hacienda La Labor
una bala lo alcanzó;
dos días luego pasaron
y luego se nos murió.

Martín López nos decía:
“No se vayan a rendir;
mejor se mueren alzados
y así es bonito morir.”

Martín López le hace piernas
a su caballo alazán;
en llanos de Catarinas
fue diablo para pelear.

De un lado para otro iba,
gritando fuerte y muy claro:
“Aquí les traigo a los changos
sus cosquillas y su rayo.”

A caballo con su lazo,
los rodó allí en Canutillo:
allí toditos murieron,
pos no hubo ningún herido.

⁸⁷ Ramón Puente, *op. cit.*, p. 159.

En Chihuahua y en Torreón
y en el bonito Parral,
Martín López fue adelante,
porque sabía pelear.

A Chihuahua se metió,
en su caballo jobero;
los escalones subió
del Palacio de Gobierno.

En las cruces se murió
en ese mes de septiembre;
lo enterraron los *dorados*,
lo lloró toda la gente,
hasta los más encuerados.

Paloma Real de Durango,
no te canses de volar;
díles que el Güero Martín
lo acaban ya de enterrar.

Pancho Villa lo lloraba,
lo lloraron los *dorados*,
lo lloró toda la gente,
hasta los más encuerados.

Todos los cerros del Norte
recordarán a Martín
a caballo los subió
sin miedo de irse a morir.

Vuela, palomã ceniza,
vete pa' aquella humadera,
y díles que Martín López
aquí se quedó en la sierra.⁸⁸

⁸⁸ Recogido por Nellie Campobello en *Cartucho*, p. 965.



Colección John Hardman

Capítulo IV

VILLA Y LOS NIÑOS





FRANCISCO VILLA, PROTECTOR Y BENEFactor DE LA NIÑEZ

Si yo pudiera mandaría a todos los niños pobres a estudiar y educarse en los Estados Unidos; que entraran a las fábricas enormes que ellos tienen, que vieran los secretos de sus industrias, que se educaran como ellos; porque como nuestros hermanitos son más valientes que ellos y más vivos pronto aprenderían “sus mañas” pa los negocios, pa las industrias, pa la guerra y entonces me reía yo de los gringos [...] o se reírían mis muchachitos si yo ya no vivía [...]

PANCHO VILLA AL INGENIERO ELÍAS TORRES.

SOBRE LA FIGURA DE FRANCISCO VILLA SE HAN ESCRITO MILES DE PÁGINAS: ALGUNAS SON su apología, otras su condena y, las menos, pertenecen al espacio de los estudios especializados y profesionales de la historia. En unas y otras se asoma una de las facetas más peculiares de la personalidad de Pancho Villa: su interés por los niños. Las anécdotas que confirman este rasgo abundan, unas son verosímiles —y comprobables—, otras simplemente extraordinarias. Sin embargo, más allá de los hechos que la historia pueda corroborar se encuentra la fuerza subjetiva y contundente de la leyenda y del mito. En el caso de Villa, la leyenda se funde con la historia y su imagen se vuelve parte de un imaginario colectivo que no permite ningún intento de cuestionamiento “racional”.

Al enfrentarse con esta imagen lo importante no es ya conocer si “realmente” Villa era de tal o cual manera, o si el recuerdo de sus actos corresponde a lo que “verdaderamente” sucedió. El hecho es que a fuerza de repetirse y difundirse —a través de la tradición oral, corridos, panfletos, etcétera— las anécdotas, así como las historias fabulosas de la vida y hazañas de Villa, se vuelven “verdaderas” o válidas dentro del imaginario colectivo que las resguarda. Tal como afirma Friedrich Katz, “mientras que otros jefes revolucionarios dejaron documentos y proclamas como sus principales herencias ideológicas, Villa ha dejado a las generaciones futuras una leyenda que no sólo interesa a los historiadores, sino que ha tenido un impacto profundo en la conciencia de los campesinos mexicanos”.¹

¹ Friedrich Katz, “Francisco Villa y la Revolución”, en *Revista mexicana de sociología*, abril-junio, p. 113.



Detalle



Archivo Casasola

Una de las características de la personalidad de Villa —en la cual coinciden casi todos sus biógrafos y apologistas— era su naturaleza contradictoria, su dualidad. Por una parte, Villa se manifestaba generoso, tierno y sensible; por la otra, el Villa cruel, autoritario y vengativo. La primera faceta se expresaba generalmente hacia los niños. Le gustaba rodearse de ellos, jugar con ellos —y como ellos—, observar su educación y protegerlos. Una de sus principales preocupaciones fue siempre procurarles escuelas y medios para su educación. Sobre este hecho persisten varias anécdotas; sin embargo, más allá de ellas se perciben las acciones concretas que Villa realizó cuando estuvo al frente del gobierno del estado de Chihuahua.

John Reed cuenta que “la gran pasión de Villa eran las escuelas”, y con frecuencia se le oía decir:

—Cuando pasé esta mañana por tal y tal calle, vi a un grupo de niños. Pongamos allí una escuela.²

Según Reed, en el tiempo que Villa gobernó Chihuahua, fueron fundadas más de cincuenta escuelas.³ Quizá la cifra sea exagerada, mas no deja de ser significativo que un observador extranjero como Reed haya registrado, asombrado, las acciones de Villa con respecto a la educación. De esta manera, a pesar de que no se encuentre, en estos años, ningún tipo de reformas sistemáticas hacia la educación,⁴ durante su gobierno se asignaron más recursos que ninguna otra administración a la instrucción pública y, en la misma época, se verificó una serie de anécdotas que patentizan la preocupación de Villa por la educación de la niñez.

Una de las fuentes más importantes para el estudio del villismo es el testimonio escrito de Silvestre Terrazas,⁵ uno de los colaboradores más cercanos de Villa. Cuando este último fue gobernador del estado de Chihuahua, Terrazas fungió como secretario General del Gobierno y después él mismo lo relevó como gobernador interino cuando Villa abandonó el gobierno para continuar su campaña militar. Terrazas confirma el hecho: Villa procuró “siempre cuanto en su mano estuvo” para iniciar la construcción o reconstrucción de edificios escolares y ayudar a los maestros para que continuaran con su labor en todo el estado. Sin embargo, él mismo acepta que “por falta de tiempo” muchos de sus proyectos educativos no pudieron realizarse. Entre ellos, el deseo de que se estableciera una escuela elemental en cada hacienda, “hasta en el más humilde rancho”, y el proyecto de establecer una “Universidad Fronteriza”.

² John Reed, *México Insurgente*, p. 102.

³ *Ibidem*, p. 102.

⁴ *Vid.* Alan Knight, *La Revolución Mexicana: del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*, vol. II, p. 670.

⁵ Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa*, México, Era, 1985.



Hemeroteca Nacional



CESU

Además de las escuelas que mandaba construir, Villa tenía un especial interés en que los niños —cuando se podía— fueran mandados a estudiar a Estados Unidos. Se puede observar en él un proyecto de “modernización” que parecería antagónico con su ideología tradicional de “hombre de campo” que lo caracterizaba. Quizá por la cercanía con Estados Unidos, Villa veía en esta sociedad algunos elementos simbólicos del progreso y la modernidad que hacía falta en México, carencia que él atribuía a la falta de instrucción en el país. Según Federico Cervantes, a menudo se le oía decir: “cuánta falta le hacen al hombre las letras y la educación”.⁶ No se sabe a ciencia cierta cuántos niños fueron en realidad enviados por Villa a estudiar a Estados Unidos. Luz Corral afirma que sólo en 1914 fueron llevados (bajo la custodia de Carlitos Jáuregui) doce niños (Francisco Gil Piñón, Eustaquio Rivera, Eugenio Acosta Oaxaca, Ignacio Bailón, Zenaido Torres, Manuel Baca Madrid, Manuel Díaz, José, Gabriel y Valentín con el mismo apellido, Jesús Corral y Mariano Loera), quienes fueron internados en academias militares de San Francisco.⁷

Villa actuaba de manera intempestiva, no era un político y mucho menos un estadista. Sus acciones como gobernador, los decretos, manifiestos y disposiciones que llevaba a cabo tenían un sentido inmediato y práctico. Hay que tomar en cuenta, además, que el tiempo real que estuvo al frente del gobierno del estado fue muy corto y se verificó justamente en el transcurso del proceso revolucionario. Villa actuaba solo —dice Reed—, “los consejeros que tenía pasaban la mayor parte de su tiempo dando respuesta a sus preguntas impacientes y haciendo lo que él les decía que hicieran”. Mientras hablaba con prisa y sin interrupciones definía la política del estado de Chihuahua: legislativa, hacendaria, judicial y educativa. “Cuando llegaba a un punto en que no podía salir del paso, decía: ‘—¿Cómo hacen eso?’ Y, entonces, después de que le era explicado cuidadosamente el porqué, le parecía que la mayor parte de los actos y costumbres del gobierno eran extraordinariamente innecesarios y enredosos.”⁸

Sus medidas se encaminaban a resolver problemas inmediatos: restableció el orden en el estado, emitió su propio papel moneda, abarató los precios de los productos de primera necesidad —mediante un decreto, emitido el 11 de diciembre, en el cual ordenaba que, desde ese día, la carne de res debía venderse a \$0.15 el kilo de pulpa y a \$0.10, el kilo de carne de res con hueso—. Además, su movimiento se financió tanto con la venta de ganado y de productos agrícolas como el algodón, como con la intervención de las propiedades pertenecientes a los más poderosos terratenientes del estado. Es muy significativo que parte de las ganancias obtenidas se destinaran también al pago de pensiones de las viudas y huérfanos de los revolucionarios.

⁶ Federico Cervantes, *Francisco Villa y la Revolución*, p. 14.

⁷ Vid. Luz Corral de Villa, *Pancho Villa en la intimidad*, México, La Prensa, 1977, pp. 71-72.

⁸ John Reed, *op. cit.*, p. 98.

Villa demostró su interés por la educación en diversas ocasiones; aun cuando su movimiento se encontraba vencido militarmente por el carrancismo y su fuerza había disminuido considerablemente, siguió aplicando disposiciones referentes a la educación. Cuenta el ingeniero Elías Torres que cuando los villistas tomaron la ciudad de Hidalgo de Parral (en abril de 1919), Villa citó a los principales vecinos y autoridades civiles a una junta, ya congregados les pidió dinero para el sostenimiento de sus tropas. Algunos días después, la comisión que se había organizado para reunir los fondos se presentó en el cuartel general para informar a Villa que sólo había recaudado poco más de siete mil pesos. Él, respondiendo que “esa cantidad no me sirve ni para darles una tortilla dura a mis soldados”, convocó a todo el pueblo a una junta en el Teatro Hidalgo. Entonces, recuerda el ingeniero Torres, pronunció el siguiente discurso:

He querido reunir al pueblo de Parral y a sus autoridades sin importarme que sean villistas o no, porque quiero que se construya un Comité de Instrucción Pública, que se encargue de vigilar todo lo que sea relativo a las escuelas de la ciudad. Yo quiero que todos los muchachos concurren a las escuelas, que éstas estén debidamente atendidas por buenos maestros y que cuenten con todos los libros y útiles necesarios [...] Ayer me comunicó la Comisión nombrada para coleccionar dinero para mi gente, que sólo había conseguido la suma de siete mil pesos, cantidad que, como se los manifesté, no me alcanza para dar a la gente una tortilla dura; mas como esa cantidad ya está reunida, la voy a entregar al Comité de Instrucción, que acaba de formarse, para que con ella compre pizarras, cuadernos, lápices, gises y todo lo que sea necesario para que los muchachos trabajen en las escuelas [...]⁹

En este caso, según lo registra Elías Torres, las órdenes de Villa fueron acatadas y con el dinero que donó el Comité de Instrucción compró una casa en el barrio de San Nicolás, donde se instaló la Escuela Oficial número 282 para niños. En muchas otras ocasiones, las disposiciones o proyectos de Villa fueron olvidados en el momento mismo en que éste abandonaba los lugares para continuar la marcha revolucionaria.

Otras anécdotas muestran de Villa otros rasgos de su personalidad, tales como su preocupación y generosidad con los niños pobres, huérfanos o abandonados, recluidos en las instituciones de beneficencia. En una ocasión, por ejemplo, cuando Villa viajaba en su automóvil por una de las calles de Chihuahua un niño la cruzó corriendo y el carro alcanzó a pegarle. Villa se bajó corriendo, inmediatamente después se encontró rodeado de “chamaquitos” que salían de un internado de monjas. Levantó a una niña y sintió sus costillas, percatándose al instante de su delgadez, entonces se dirigió enojado a la monja:

⁹ Ingeniero Elías L. Torres, *La cabeza de Villa y 20 episodios más*, p. 25.

—¿Pues qué no comen estos niños que están tan flacos?

—Señor —respondió la monja— por la revolución se han ido los ricos que sostenían esta escuela y los pobres que también lo hacían no pueden dar lo necesario para alimentarlos bien y sólo comen una vez al día.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Villa— desde hoy tendrán estos niños mucho que comer; mande usted al cuartel general una lista de lo que necesite para todo el mes y daré orden de que se lo entreguen de donde lo haya [...] no me gustan los conventos, ni las monjas; pero quiero a los niños, que son los “hermanitos” del mañana y no voy a dejar que se mueran de hambre [...] Repartió algunos billetes entre los chicos, que lo rodeaban admirados [...] subió al automóvil y se fue [...] ¹⁰

Otra anécdota, contada por Silvestre Terrazas, hace referencia a esta preocupación especial que tenía Villa por los niños pobres. Un día Villa fue invitado a una fiesta infantil que organizaba La Amiga de la Obrera, una casa de beneficencia con domicilio en la ciudad de Chihuahua, atendida por religiosas. Villa asistió junto con Terrazas y presenció el programa preparado por los niños hospiciados. Al terminar, cuenta Terrazas:

toda la concurrencia aplaudía a rabiar, pero era de notarse el indescriptible entusiasmo del general Villa, que superaba por sobre todos los demás, y dudo que él hubiera aplaudido más entusiastamente en cualquiera otra ocasión [...] y en su muy grande satisfacción hasta se le veían correr lágrimas de contento, expresando en voz alta la admiración que le arrancaban aquellos niños artistas.

Después de terminado el festejo, Villa se dirigió a la madre superiora:

—Madrecita —le decía— ¿cuántos niños tiene usted en el asilo?

—Tantos —le contestaba ella. (Recuerdo como de ciento cincuenta.)

—¿Y cuánto gasta usted en leche, diariamente, para dar a los niños?

—Según con lo que contamos para hacer el gasto. Hay lecheros que bondadosamente nos regalan alguna y de lo que disponemos compramos algo más, distribuyéndola conforme a las necesidades de los pequeños.

—¿Y de carne cuánto compra cada día?

—Ésa, apenas la conocemos por aquí; pocas veces tenemos con qué comprarla.

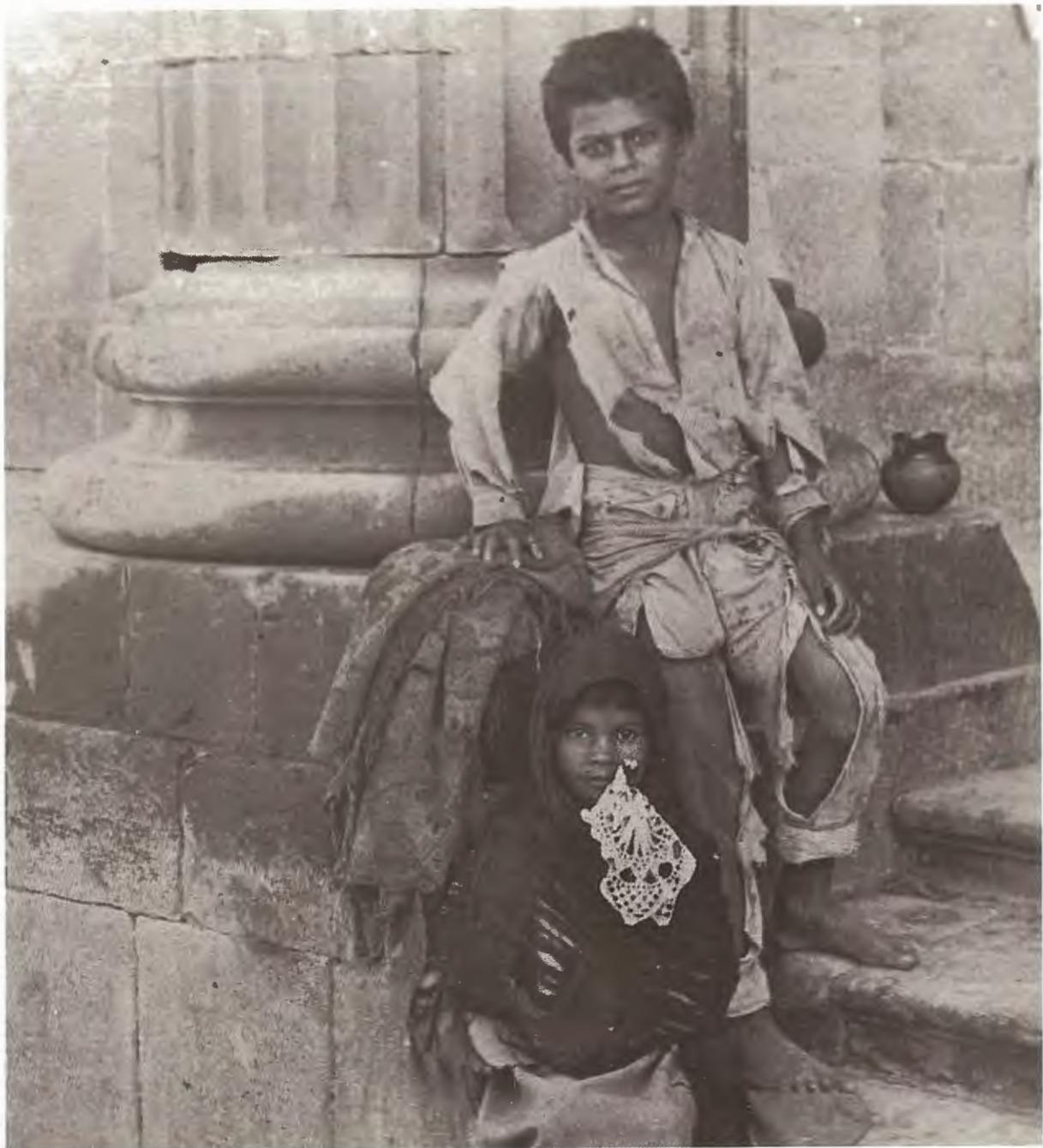
—¿Y de pan?

—De pan tenemos asegurada una parte diariamente, ya que algunos caritativos dueños de panaderías bondadosamente nos envían algo y compramos un poco, pero no siempre alcanza lo suficientemente, como quisiéramos para todos los niños...

—¡Está bien!

Recapacité Villa por unos momentos, y como resultado de un cálculo aritmético y como resolución perfectamente tomada, volteó para donde yo estaba diciéndome:

¹⁰ *Ibidem*, pp. 47-48.



AGN



AGN

—Don Silvestre, mañana mismo se encarga usted personalmente de expedir las órdenes para que todos los días, ¡sin falta!, les traigan a estas hermanitas... tanto de carne... tanto de leche... tanto de pan... y que cada quince días o cada mes, cuando ellas gusten, que pasen un recibo por dinero... tanto más cuanto, por lo menos... para que nada les falte a estos niños, ni para comer ni para vestir... ¡Qué primero nos falte a nosotros que a ellos!...¹¹

Quizá una de las anécdotas más famosas que demuestra la preocupación de Villa por la niñez desvalida es la que aconteció el día en que Villa llegó a la ciudad de México (en diciembre de 1914), y sorprendido por la cantidad de niños que dormían en los quicios de las puertas, a la intemperie, mandó que fueran recogidos y llevados a Chihuahua para internarlos en la Escuela de Artes y Oficios. La anécdota varía según el narrador que la registra, sin embargo, todas coinciden en que Villa, a su manera, impulsiva y violenta, intentó resolver el problema de los niños de la calle.

Según Elías Torres, Villa “los mandó recoger para darles albergue y café caliente con pan, e intentó mandarlos a Estados Unidos para que se educaran, cosa que no consiguió por la rebeldía propia de ellos que se negaron a ir”.¹² El doctor Ramón Puente relata, por su parte, que Villa mandó recoger

a centenares de niños papeleros y expendedores de billetes de lotería, incurable plaga de la ciudad, que miraba durmiendo en los quicios de las puertas o en las bancas de las plazas públicas, por no tener hogar, para que se les internara en la Escuela de Artes y Oficios de la ciudad de Chihuahua y se les preparara así una manera honesta de vivir.¹³

La anécdota es confirmada por Silvestre Terrazas, quien encontrándose encargado de la Secretaría General del gobierno de Chihuahua, mientras Villa se hallaba en la capital, le tocó recibir a los “más de trescientos niños harapientos” que el caudillo había mandado en trenes especiales con la orden de que fueran internados en la Escuela de Artes y Oficios, “dedicándolos a un oficio manual al mismo tiempo que a su enseñanza primaria, con prevención desde luego, de suministrarles doble vestuario y alimentos en abundancia”.¹⁴

Por último, también Luz Corral, entonces esposa de Villa, narra el mismo episodio al referir en sus memorias que su marido le mandó un telegrama avisándole que llegarían “como 300 chamacos” en el tren de la mañana y pidiéndole que les buscara alojamiento en la Escuela de Artes y Oficios. Luz Corral afirma que ella misma se hizo cargo de mandar confeccionar colchonetas, sábanas, camisas y demás prendas de vestir para los “chamacos” recogidos por el *Centaurus del Norte*.¹⁵

¹¹ Silvestre Terrazas, *op. cit.*, p. 154.

¹² Ingeniero Elías Torres, *op. cit.*, p. 47.

¹³ Ramón Puente, *Villa en pie*, p. 116.

¹⁴ Silvestre Terrazas, *op. cit.*, p. 180.

¹⁵ Luz Corral de Villa, *op. cit.*, pp. 93-93.

Se carece de información que indique cuál fue el método que utilizaron los villistas para recoger a tantos niños y obligarlos o convencerlos a subir al tren. Silvestre Terrazas afirma que Villa ordenó una *razzia*: atrapar a los niños que se encontraran en la noche durmiendo en la calle; en realidad, la acción fue una redada llevada a cabo rápidamente y sin ningún tipo de explicación previa a los niños sobre hacia dónde serían trasladados y cuál sería su destino. No fue raro, entonces, que al ser internados en la escuela muchos se fugaran, hecho que Terrazas atribuye a que aquellos niños estaban “acostumbrados más a la aventura que a la disciplina”.¹⁶

Es pertinente preguntarse en qué condiciones se encontraba la Escuela de Artes y Oficios cuando tales niños fueron internados. Una crónica publicada en *El correo de Chihuahua* (en 1903), refiere que la escuela, a pesar de estar ubicada en “un edificio hermosamente construido, con su fachada estilo moderno y sus corredores amplios”, funcionaba con escasos recursos y en condiciones sumamente precarias. Los talleres eran piezas reducidas y sin ventilación; apenas se contaba con unas cuantas herramientas de trabajo, que se reducían “a unos cuantos fierros viejos”. Pero lo que se encontraba en peores condiciones eran los dormitorios:

¡Ah!, señores, si vierais aquella pieza, estoy seguro que salíais corriendo de allí, pues aquello, más que dormitorio, parece un muladar de mendigos; hay allí algunos catres viejos, todos desvencijados, con los colchones o cobijas o lo que sea, hechos jirones, en las peores condiciones de limpieza.¹⁷

Si se da crédito a Silvestre Terrazas, este establecimiento fue remodelado y ampliado para recibir en las mejores condiciones a los niños mandados por Villa. “Se procuró su ampliación —dice Terrazas— y la reparación de los departamentos abandonados, construyéndose dos enormes salones a los lados del establecimiento, que subsisten aún y están dando muy útiles servicios.”¹⁸ Asimismo, Luz Corral afirma que ella misma se encargó de proveer al lugar, además de colchonetas, sábanas y demás prendas de cama, de catres, una batería para la cocina y despensa suficiente para todos los niños.¹⁹ Se infiere, entonces, que las condiciones de esta escuela mejoraron considerablemente, con respecto a la situación denunciada en 1903, mientras Villa mantuvo el poder en el estado de Chihuahua. No obstante, esto no es suficiente para conocer cómo vivieron esos niños a quienes Villa —en su afán de proteger a la infancia y transformar sus condiciones de pobreza y abandono— les cambió radicalmente la vida.

¹⁶ Silvestre Terrazas, *op. cit.*, pp. 180-181.

¹⁷ *El correo de Chihuahua*, 25 de agosto de 1903.

¹⁸ Silvestre Terrazas, *op. cit.*, p. 93.

¹⁹ Luz Corral de Villa, *op. cit.*, p. 93.

Es indudable que Villa tuvo un especial interés por los niños. Ordenó construir escuelas, a las que solía asistir —como un niño más— en tiempos de fiesta o certámenes; cuando pudo pagó los estudios de hijos propios y ajenos en el extranjero; contribuyó al mejoramiento de las instalaciones de beneficencia en el estado de Chihuahua; recogió, como lo cuenta la anécdota, a cientos de niños desvalidos, y en sus ratos de esparcimiento gustaba rodearse de niños con quienes platicaba y jugaba. A manera de corolario vital, Francisco Villa decidió vivir sus últimos años en la hacienda de Canutillo rodeado por “sus muchachitos”.



Hemeroteca Nacional

LA VIDA EN CANUTILLO

*¿Qué le parece ingeniero? Dígale a don Adolfo y al
señor presidente que aquí está el criadero de machitos
pa' pegarles a los gringos.*

ELÍAS L. TORRES,
La cabeza de Villa y 20 episodios más.

DURANTE LOS TRES AÑOS QUE PANCHO VILLA PERMANECIÓ EN CANUTILLO (DE 1920 A 1923), su vida transcurrió tranquila —por lo menos en apariencia— entre las actividades del campo y el hogar. Eligió vivir rodeado por sus parientes, amigos y subordinados más cercanos, quienes, a su vez, eran acompañados por sus respectivas familias. Además, llevó consigo a varios de sus hijos, propios y adoptivos —a quienes había ido recogiendo en pueblos y hospicios— y a una tríada de esposas —Luz Corral, Soledad Seañez y Austreberta Rentería—, quienes durante un corto tiempo llegaron a habitar la misma hacienda, en franca disputa por la legitimidad.

Entre las primeras preocupaciones del caudillo, una vez instalado, estuvieron localizar y “recuperar” a los hijos que había ido dejando a su paso durante sus andanzas. Luz Corral describe en sus memorias la forma, a veces arbitraria, en que los fue congregando:

Después de organizar la Hacienda y dar principio a los trabajos de siembra, pensó como siempre en reunir a su lado a todos sus hijos para estar más pendiente tanto de las necesidades de ellos como de su educación [...] Se dirigió a Ciudad Guerrero en donde estaba radicada la señora Guadalupe Coss, madre de Octavio, un hijo de Pancho que le fue recogido por éste y llevado a la Hacienda. Más tarde llegó a Canutillo la señora Leonor Z. de Torres, acompañándola su hijo Hilario, la que llevaba a su pequeña nietecita Juana María (hija de la señora Juana Torres, fallecida en Guadalajara) para que saludara a su padre [...] pero nunca imaginaban que Pancho se las recogería, por ser ése el programa que se había trazado de recoger a sus hijos [...] Llegó después Celia, a la que llevaba su tía, pues había perdido a su madre cuando ella estaba muy pequeña [...] A la Hacienda fue llevada para que viviera con la familia del señor

Ramón Contreras, primo de Pancho, la Sra. Soledad Seañez, quien tenía un hijo pequeño de Pancho, y el cual era llevado diariamente a la casa tanto para que saludara a su padre, como para que fuera teniendo cariño a sus demás hermanos [...] Marinita, hermana de Pancho, fue comisionada para que recogiera de Parral a la Sra. María Hernández, quien también tenía un niño hijo de mi marido y que a lo sumo tendría tres meses [...] Así Pancho iba reuniendo a sus hijos, pero todavía le faltaba recoger uno que tenía la señora Francisca Carrillo, a quien le dio orden para que se trasladara a Canutillo.²⁰

Previamente a su llegada a Canutillo, Villa había reunido a algunos de sus hijos en la casa de Luz Corral, quien los adoptó como propios, pues la pequeña Luz, única hija que tuvo con ella, moriría a la corta edad de dos años. Entre ellos estaban Micaela, Agustín y Reynalda. Así, como lo recuerda Luz, Villa se presentaba con uno de sus hijos y, sin más, le avisaba “desde hoy vivirá con nosotros”.

Buena parte de las fotografías de la época de Canutillo muestran a Villa en actitud paternal, orgullosamente rodeado por sus vástagos, cargando a los más pequeños, enseñándolos a caminar y a montar. Asimismo, la mayoría de los testimonios de la gente que convivió con él en la hacienda coincide en la afirmación de que el caudillo era “muy cariñoso con sus hijos, muy hogareño; cargaba a sus hijos, los besaba, los paseaba, los traía para donde quiera, a caballo lo mismo [...]”;²¹ a su modo, se preocupó por darles una educación consistente:

No [los castigaba] Nada más les decía: ‘a la siguiente prepárate porque el castigo va a ser duro’. Y los muchachos hijos de él pues se cuidaban de no llegar a la siguiente, o cuando menos procuraban que no lo supiera él [...]”²²

Por supuesto, Villa no logró reunir a todos los hijos que tuvo. En muchos casos — seguramente en la mayoría— ni siquiera llegó a saber de su existencia. Es probable que, de no haber muerto tan pronto, hubiese podido “recuperar” a algunos más. Cuenta la señora Romero de Quezada que, el día en que fue asesinado, “como la noticia [...] cundió en forma violenta, para en la tarde había allí no menos de quince viudas con medio centenar de “villitas”.”²³

Sin embargo, el número de sus hijos consanguíneos resulta irrelevante. Más significativo es que, no contento con la cantidad de hijos que procreó y pretendió criar, el

²⁰ Luz Corral de Villa, *op. cit.*, p. 226.

²¹ Entrevista con el profesor Rodolfo Rodríguez Escalera, realizada por Ximena Sepúlveda, 4 de julio de 1974, Torreón, Coahuila, México, Archivo de la Palabra del Instituto Dr. José María Luis Mora, PHO/1/161, p. 50.

²² Entrevista con el profesor Salvador Varela Reséndiz, realizada por María Isabel Souza y María Alba Pastor, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/62.

²³ *Apud* Víctor Ceja Reyes, *Yo maté a Villa*.



Hemeroteca Nacional



AGN



Hemeroteca Nacional



AGN

caudillo tuviera la costumbre de adoptar a los niños que consideraba “prometedores” —por simpatía, talento y carácter— y financiarles su educación en escuelas extranjeras. Algunos de ellos, como se ha dicho, se reunieron con él para asistirlo en la organización de la hacienda. Es el caso de Francisco Gil Piñón, quien fue recogido por el caudillo en 1913, tras la toma de Ciudad Juárez, y enviado a estudiar a Estados Unidos.²⁴ La siguiente anécdota, narrada por la misma Luz Corral, muestra la facilidad con que su marido tomaba la decisión de hacerse cargo de hijos ajenos:

Ya estaban con nosotros los muchachos Florentino Baray, Ramón Urbina, Leonel Olivas, Gonzalo Morales y Felipe Palomares, cuando una noche el oficial de Guardia, le vino a decir a mi marido que un chamaco como de seis años quería hablar con él [...] llegó hasta donde estaba mi marido, se le paró enfrente, se le cuadró y le dijo: “Mi General, soy huérfano; mi padre murió en uno de los combates de San Pedro de las Colonias y mi madre, estando en uno de los carros del tren, vino una bala perdida y la mató, y yo, sabiendo que tiene tantos niños recogidos, quiero que usted haga igual conmigo, me recoja y me eduque.” [...] Mi marido lo vio con mucha atención, y después de meditar un momento, le dijo: “Bueno, quieres quedarte con nosotros, al lado de los demás niños que ya tenemos, a quienes considerarás desde hoy como tus hermanos. Y si te portas bien y eres buen niño, más tarde te mandaré a un colegio.” [...] Más tarde vino a aumentar el número de aquellos chiquillos [...]²⁵

Así, entre los muchachos —propios y ajenos—, que Villa llevó consigo y los hijos de sus parientes, amigos y subordinados, la antes desolada hacienda de Canutillo se vio de pronto invadida por una considerable población infantil (compuesta por alrededor de doscientos pequeños), a la cual Villa prestó especial atención. Así, las actividades que se realizaban giraron, en gran medida, en torno a los niños que la habitaban o que vivían en los pueblos vecinos.

Habiendo sido reconstruida por completo, gracias a un intenso trabajo comunitario —fue entregada en condiciones prácticamente ruinosas—, y habiendo concentrado una población fluctuante de entre 400 y 800 habitantes, como explica Eugenia Meyer, la hacienda de Canutillo se convirtió en un pequeño pueblo que funcionaba en forma autónoma y para cuya organización “se tomaron en cuenta necesidades tales como: la electricidad, el correo, el telégrafo, el médico, la escuela, la carpintería, talabartería, zapatería, sastrería, molino, tienda, etcétera”.²⁶

²⁴ Vid. Entrevista con Francisco Gil Piñón, realizada por Alicia Bonfil y Eugenia Meyer, 3 de agosto de 1972, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/9.

²⁵ Luz Corral, *op. cit.*, p. 98.

²⁶ Eugenia Meyer, *et al.*, “La vida con Villa en la hacienda de Canutillo”, en *Secuencia*, núm. 5, p. 173.

Para que el proyecto alcanzara su culminación era necesario que la hacienda incluyera entre sus instalaciones una escuela a la que pudieran asistir los niños de Canutillo y de sus alrededores con maestros preparados y métodos educativos novedosos. Con tal propósito, Villa no tardó en ponerse en contacto con José Vasconcelos —en ese entonces secretario de Educación Pública—, quien, como se sabe, se hallaba profundamente comprometido con el proyecto educativo nacional y de quien se obtuvo el material escolar necesario, así como el envío de una buena planta de profesores recién egresados de la Escuela Normal. El director del nuevo plantel, profesor Jesús Coello Avendaño, declararía:

Nosotros hicimos un ensayo en Canutillo, dado como fuimos producto mental o profesional de la Revolución, establecimos en la hacienda de Canutillo el gobierno escolar, asesorado por un maestro, en donde los alumnos participaban, a nivel de la niñez, en la marcha de la escuela [...] Así es que hicimos un ensayo que nos dio maravillosos resultados, sin llegar a apapacharlos; éramos amigos de ellos, jugábamos con ellos, pero cuando decíamos a trabajar, a trabajar.²⁷

La escuela recibió el nombre de Felipe Ángeles, y fue instalada en “una construcción rústica, con un gran patio central y unas cuatro o cinco aulas rodeándolo. Había además un salón de actos y una modesta biblioteca que Villa personalmente iba enriqueciendo”.²⁸ Funcionaba en dos turnos: abría sus puertas a los niños y niñas por la mañana y, por la noche, a los adultos que desearan instruirse. Al turno vespertino asistían los campesinos, los miembros de la escolta e incluso algunas mujeres.

Fue la primera escuela de concentración —agregaba Coello— [...] porque los niños que vivían alrededor de Canutillo, se reconcentraban en la hacienda y se dividían viviendo en la casa de los demás compañeros de ellos que vivían en la hacienda, a los que [Villa] los alimentaba, los vestía, y los calzaba a trescientos cincuenta niños. Entre los cuales figuraban los hijos de él, que eran Celia, Juana María, Micaela, Agustín y Octavio.²⁹

Salvador Varela, uno de los profesores enviados para encargarse de la educación en la hacienda, cuenta que Villa “se levantaba en la madrugada para ir a recorrer los lugares donde tenía el ganado, las siembras y todo eso; llegaba a su casa, almorzaba, dormía un ratito y luego se iba a la escuela, y ahí lo tiene usted sentado en una banca, pendiente [...]”³⁰ Además, acostumbraba dedicar algunas horas a la lectura. El señor Regino

²⁷ Entrevista con el profesor Jesús Coello Avendaño, realizada por María Alba Pastor, 27 de octubre de 1973, Chihuahua, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/117.

²⁸ Eugenia Meyer, *op. cit.*, p. 178.

²⁹ Entrevista con el profesor Jesús Coello Avendaño, *op. cit.*

³⁰ Entrevista con el profesor Salvador Varela Reséndiz, realizada por María Isabel Souza y María Alba Pastor, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/62.

Hernández Llergo, quien lo entrevistó en Canutillo para *El Universal*, recuerda que aquél “tenía una biblioteca pequeña, pero una biblioteca en la que leía constantemente [...] principalmente de los asuntos guerreros; a él le apasionaba la historia de Napoleón Bonaparte, la historia de Alejandro el Grande [...]”³¹ Voluntad de saber que le permitía intervenir de vez en cuando en los cursos, poniendo no pocas veces a los profesores en dificultades:

Yo me hacía la ilusión —confiesa el profesor Varela—: “al cabo no sabe nada”. Y sí sabía, iba en el décimo tomo de *El tesoro de la juventud* [...] Y una vez [...] estaba yo hablando de las plantas [...] Pensaba yo que ya había acabado ese capítulo [...] Cuando Pancho Villa pide la palabra, levantando el dedo: —falta decir por qué son verdes las hojas—. ³²

Otras veces sacaba a los niños de la escuela y se los llevaba a montar. “Porque usted —decía al maestro— nomás los está enseñando pa’ políticos y yo además los quiero pa’ hombres.”³³ Cuenta el ingeniero Elías Torres que:

Los primeros días eran simples paseos, después ya galopaban y luego, era aquel ejercicio una verdadera carga de caballería en dirección de algún grupo de árboles, en donde desmontaban para almorzar a la sombra refrescante [...] parece que [Villa] veía en aquellos chiquitines, alegres y gordiflones, a los futuros jefes del ejército mexicano.³⁴

Los niños, en general, tenían la extraña virtud de conmover al caudillo hasta hacerlo rayar en el ridículo. Las crónicas periodísticas, así como los relatos, memorias y libros de historia, han recalcado el carácter voluble de aquél y la forma en que su “voluntad de hierro” se doblegaba frente a cualquier expresión infantil. Hay en esas fuentes un tanto de leyenda pero, ante el vastísimo universo de testimonios a este respecto, no se puede dejar de lado. El siguiente relato, por voz del profesor Varela, es tan sólo uno de tantos en los que Villa aparece envuelto en sollozos, vulnerado por un grupo de infantes:

Era un apasionado de oír a los niños cantar, a las doce ya estaba Pancho Villa ahí en el salón de canto, donde los grupos de escolares [interpretaban] cantos escolares bonitos, que inspiran, por ejemplo “Del mundo al infinito”, que es letra de Víctor Hugo; “Los insectos”, que es un coro a cuatro voces. Y luego la canción clásica mexicana, “Un viejo amor”, “Las golondrinas” [...] y a Pancho Villa se le derramaban las lágrimas cuando los muchachos acababan de cantar.³⁵

³¹ Entrevista con el señor Regino Hernández Llergo, realizada por Jaime Alexis Arroyo, noviembre de 1960, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/10.

³² Entrevista con el profesor Salvador Varela Reséndiz, *op. cit.*

³³ Elías L. Torres, *op. cit.*, p. 49.

³⁴ *Ibidem.*

³⁵ Entrevista con el profesor Salvador Varela Reséndiz, *op. cit.*



Archivo Casasola

Ciertamente, la preocupación de Villa por la niñez merece ser observada con cierto detenimiento. Tal parece que, a su modo, éste había asumido un concepto de infancia que en mucho coincidía con el modelo tradicional del Porfiriato —aquél que se ha descrito como el ideal imaginado—. (A grandes rasgos, dicho ideal consistía en identificar a los niños, en especial a los varones, como los futuros trabajadores, empresarios, hombres de letras, militares y gobernantes que pondrían a la nación en la senda del progreso, y a quienes, por lo tanto, había que educar y proteger.)

A pesar de lo rústico de sus métodos y de su mentalidad campesina, persistía en Villa una suerte de inquietud *sui generis* por alcanzar la “modernidad”. Canutillo funcionó, en cierto modo, como una de tantas haciendas porfirianas del norte del país. Sus actividades agrícolas “encaminaron sus esfuerzos al cultivo de trigo, frijol y maíz”,³⁶ además de poseer huertas y granjas de animales para el consumo interno de la población. Y —toda proporción guardada— puede decirse que el caudillo adoptó, con sobrada naturalidad, la actitud de hacendado paternalista al estilo de Francisco Madero. Sin embargo, no significa que el caudillo se hubiera despojado de su mentalidad campesina. Su costumbre de interrumpir las clases para sacar a los niños de la escuela y enseñarlos a cabalgar con el propósito de enseñarlos a ser hombres, no solamente “políticos”, más allá de su valor como anécdota curiosa, ejemplifica claramente su oposición frente al clásico sistema de crianza bajo aislamiento al que eran sometidos los niños de las familias porfirianas de clase media y alta. En el concepto de Villa, el niño debía habituarse desde pequeño a la rudeza del trabajo cotidiano, al contacto con la naturaleza y a la vida en comunidad para no quedar convertido en un hombre enclenque y sin carácter.

Lo que queda es, por lo tanto, una contradictoria combinación de conceptos: por un lado —aquél que lleva más arraigado—, el del hombre de campo, en esencia conservador, que busca en sus hijos un apoyo, en términos de trabajo, que permita asegurar la permanencia intacta del grupo a lo largo del tiempo; por el otro, el del ciudadano “moderno”, con una visión jerárquica de la sociedad, consagrado a su trabajo, confiado en la educación y en las leyes, que pretende depositar en la infancia el futuro progreso de la nación.

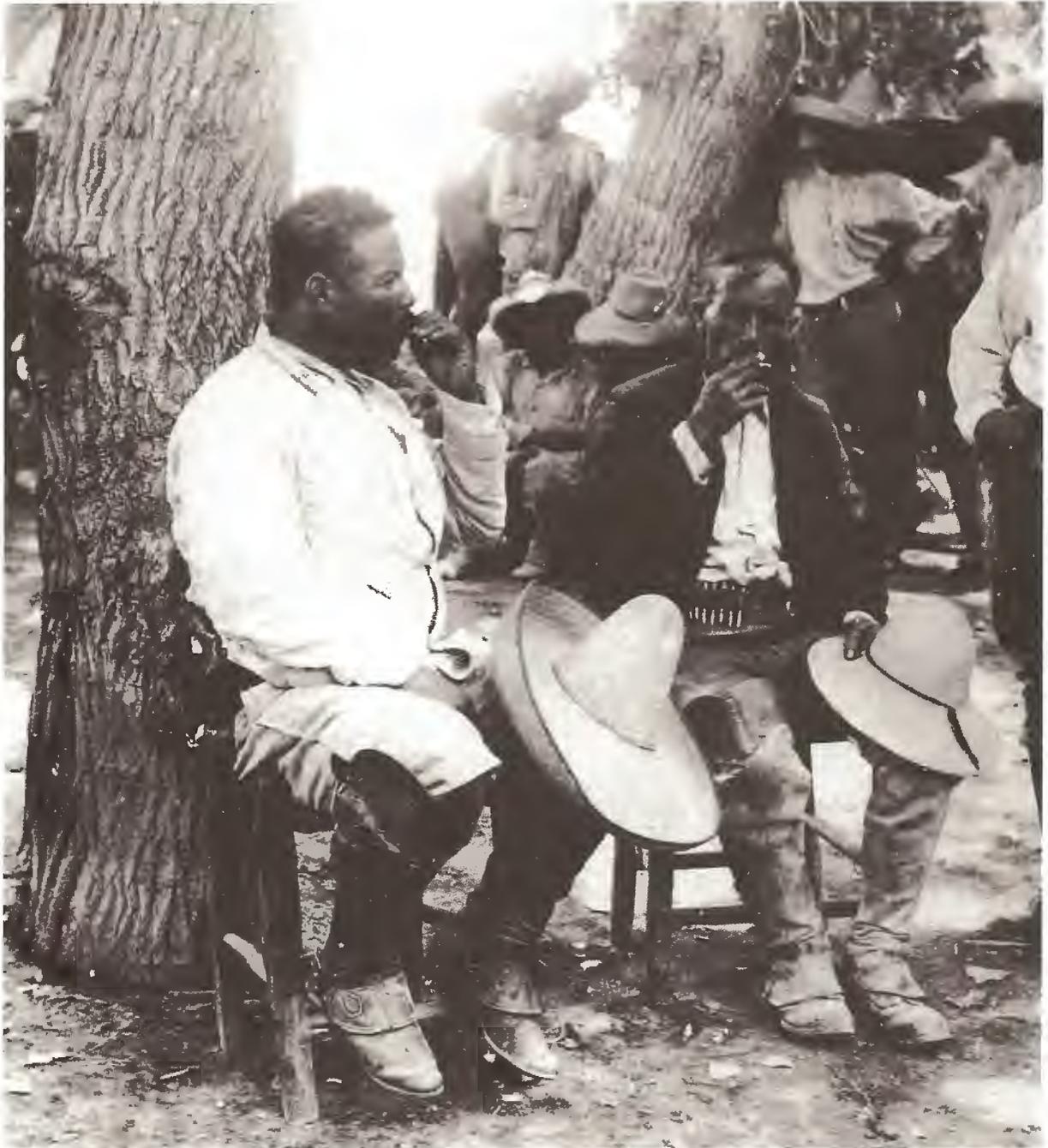
Ambos conceptos pueden leerse, entre líneas, en lo que John Reed interpretó como “el apasionado ensueño” del caudillo, “la quimera que anima a este luchador ignorante que no tiene bastante educación para ser presidente de México”.³⁷ Proyecto que Villa pretendió llevar a cabo, por sí mismo, en el pequeño universo que constituyó Canutillo durante los últimos años de su vida:

³⁶ Eugenia Meyer, *op. cit.*, p. 174.

³⁷ John Reed, *México Insurgente*, p. 116.

[...] pondremos a trabajar al ejército. Serán establecidas en toda la República colonias militares, formadas por veteranos de la revolución. El Estado les dará posesión de tierras agrícolas y creará grandes empresas industriales para darles trabajo. Laborarán tres días de la semana y lo harán duro, porque el trabajo honrado es más importante que el pelear y sólo el trabajo así produce buenos ciudadanos. En los otros días recibirán instrucción militar, la que, a su vez, impartirán a todo el pueblo para enseñarlo a pelear. Entonces, cuando la Patria sea invadida, únicamente con tomar el teléfono desde el Palacio Nacional en la ciudad de México, en mediodía se levantará todo el pueblo mexicano de sus campos y fábricas, bien armado, equipado y organizado para defender a sus hijos y a sus hogares. Mi ambición es vivir mi vida en una de esas colonias militares, entre mis compañeros a quienes quiero, que han sufrido tanto y tan hondo conmigo. Creo que desearía que el gobierno estableciera una fábrica para curtir cueros, donde pudiéramos hacer buenas sillas y frenos, porque sé cómo hacerlos; el resto del tiempo desearía trabajar en mi pequeña granja, criando ganado y sembrando maíz. Sería magnífico, yo creo, ayudar a hacer de México un lugar feliz.³⁸

³⁸ *Ibidem*, p. 116.



Condumex

CONCLUSIONES



LOS NIÑOS VILLISTAS

MILES DE PÁGINAS SE HAN ESCRITO SOBRE LA REVOLUCIÓN MEXICANA; SIN EMBARGO, hasta el momento, pocas han registrado la presencia que los niños tuvieron en ella. Como inicial acercamiento, en este trabajo se ha elegido estudiar el papel que desempeñaron los niños en el movimiento villista. La justificación de esta elección, en páginas preliminares, obedeció a dos razones fundamentales: la primera tiene que ver con el carácter popular del ejército villista, éste se conformó con la incorporación voluntaria de miles de hombres que decidieron tomar el camino de las armas, haciéndose acompañar por sus familias. Esta situación dio al movimiento villista una fisonomía de migración popular, la cual incluía la participación cotidiana de hombres, mujeres y niños. La segunda razón se encuentra en la misma personalidad de Francisco Villa, quien a lo largo de su vida revolucionaria dejó constancia de su interés y preocupación por la infancia.

El estudio de los “niños villistas”, no obstante, planteó la necesidad de acceder a un espacio mucho más amplio y complejo: el mundo de la infancia mexicana a principios de siglo. Se descubrió, entonces, que no había uno, sino varios mundos y que cada uno de ellos demandaba —y demanda— una profunda exploración histórica. En este trabajo han sido delineados, a manera de contexto de nuestro tema específico, solamente algunos de los rasgos propios de aquellos mundos, profundamente distintos entre sí, que coexistían en México al despuntar el siglo: aquél que se encargaba de velar el Estado; el ideado por los sectores medios y altos de la sociedad; el olvidado de los niños trabajadores, huérfanos y abandonados y, finalmente, el campesino, mundo mayoritario, cuya dinámica respondía a sus propias costumbres y tradiciones legendarias.

El centro de atención fue ubicado en el mundo agrario por ser éste el que tuvo una mayor presencia en la Revolución Mexicana y, específicamente, en el movimiento villista, conformado aquél sustantivamente por rancheros, campesinos despojados, peones asalariados, arrendatarios, vaqueros y pastores, quienes abandonaron sus hogares primero en 1910 y después con mayor fuerza en 1913, muchas veces con todo y familia. Así, durante la marcha revolucionaria se fueron construyendo los espacios propicios para llevar a cabo la reproducción de la vida familiar cotidiana, transformando de esta manera el rostro de la Revolución en un movimiento popular que incluía a hombres, mujeres, ancianos y niños.

Ubicar el papel que jugaron los niños en el escenario revolucionario implicó penetrar en los ámbitos de lo cotidiano, lo privado, lo sentimental. Ámbitos subjetivos que muestran la fuerza de las permanencias sobre los momentos coyunturales o de cambio. De esta manera, se dio cuenta de cómo la conformación de un grupo doméstico rural se genera a partir de una relación estrecha entre la familia, el trabajo y la naturaleza, relación donde la casa, símbolo del dominio familiar, no estaba limitada a los muros que contenían la vida privada que transcurría en su interior, sino que incluía, por el contrario, el indivisible conjunto de habitación y tierra.

El niño, en este espacio, se enfrentaba a un paisaje abierto, en el cual incidía desde edad temprana a través de su participación laboral, ya fuera asistiendo en las labores propias de la casa, ya fuera trabajando directamente en la siembra o la cosecha. Sin embargo, el trabajo infantil no implicaba necesariamente un ingreso prematuro al mundo de los adultos; su labor era desempeñada de acuerdo con una visión comunitaria del conjunto familiar, donde cada uno de los miembros cumplía un papel complementario para la reproducción de la vida cotidiana.

Esta organización laboral se observa adecuándose a los trenes y campamentos improvisados por las tropas villistas, ahí cada miembro del núcleo familiar adquiría una responsabilidad y un papel determinado. Como nuevos espacios domésticos, trenes y campamentos fueron el resguardo de las actividades de convivencia familiar más cotidianas: comer, dormir, jugar, amar... Esta situación creó sus propias formas de vida cotidiana y privada, que fueron determinadas por las nuevas condiciones, pero también importando y adecuando las formas tradicionales de vida.

De esta manera, aun bajo las condiciones inestables de la guerra, los niños siguieron naciendo: su mundo infantil quedó enmarcado por el escenario revolucionario. Las pocas crónicas que registran el nacimiento de "niños villistas" muestran el acontecimiento con crudeza: las soldaderas daban a luz en la marcha de los trenes, en los campamentos e incluso en los campos de batalla. Nacido el niño, era envuelto en un rebozo y, si acaso se detenía, la marcha continuaba. Sin embargo, aquí se ha intentado trascender la mera anécdota hacia su significado más amplio y permanente. De esta forma, el nacimiento se presenta como fruto de una situación impuesta en el orden natural, como parte del proceso de la vida y como forma de conservar, a través de la descendencia, los lazos con la tierra.

La mujer campesina consideraba el embarazo y el parto con la mayor naturalidad e “indiferencia”, sin interrumpir siquiera sus actividades cotidianas. Los cuidados maternos comenzaban con la lactancia, la cual, por tradición, podía prolongarse hasta que el niño comenzara a dentar o, muchas veces, hasta la llegada de un nuevo hermano. Así, uno de los cuadros comunes observados en los campamentos villistas es el de una mujer con el niño prendido al pecho, ella realizando, al mismo tiempo, otras actividades: palmeando tortillas, atizando el fuego o preparando café.

A través de la fotografía se percibe que el lugar de los niños más pequeños era el rebozo sujetado en el dorso de la madre. Generalmente, las madres se encontraban rodeadas de niños pequeños; sin embargo, aquellos niños con edades de entre cuatro y siete años podían colaborar con sus padres ya fuera como mandaderos, cargando los cestos de comida o como acarreadores de agua y leña, entre otros oficios livianos. Algunos niños, considerados “grandecitos” —de siete u ocho años— empezaban a imitar las labores de sus padres, cuidaban los caballos o aprendían a montar y cabalgar, observaban cómo se realizaba la limpieza de las armas y podían, en ocasiones, comenzar a funcionar como “ayudantes de campo” de la tropa. Las niñas, en cambio, cumplían desde entonces el papel de soldaderas: cuidaban a los niños más pequeños, conseguían y preparaban los alimentos, lavaban la ropa; su infancia terminaba apenas comenzaban a asomarse los cambios de la pubertad.

Por lo general, aquellos “muchachitos”, con edades de entre siete y los doce años, ya podían participar en la actividad bélica, aunque no necesariamente en el combate. Eran ellos, por ejemplo, quienes se encargaban de ejecutar la diana militar y del redoble de tambores. También auxiliaban regularmente como aguadores, caballerangos, mensajeros y centinelas, llegando incluso a cumplir labores de espionaje. A partir de los doce años, un niño dejaba de ser considerado como tal: asumía grados militares, combatía hombro con hombro con los adultos y podía ser fusilado si caía en manos enemigas: oficios de la guerra.

Además de la presencia cotidiana de los niños en el movimiento villista, también se dio cuenta en este trabajo de una peculiaridad de la personalidad de Francisco Villa: su interés por los niños. Una de sus principales preocupaciones fue siempre proporcionar a la infancia escuelas y medios para su educación. Es significativo, asimismo, que parte de las ganancias obtenidas por las confiscaciones las haya destinado al pago de pensiones de las viudas y huérfanos de los revolucionarios. Como ha sido expuesto, son abundantes las anécdotas que refieren acciones concretas del caudillo para ayudar a los niños pobres, huérfanos o abandonados, reclusos en las instituciones de beneficencia, siendo la más famosa aquella que conserva el día en que Villa llegó a la ciudad de México y, sorprendido por la cantidad de niños que dormían en los quicios de las puertas, a la intemperie, mandó que fueran recogidos y llevados a Chihuahua para internarlos en la Escuela de Artes y Oficios. Por último, el hecho de que Villa se haya rodeado de niños —propios y

ajenos— en la hacienda de Canutillo muestra una faceta de su **personalidad que trasciende** el espacio de la anécdota y la leyenda.

A lo largo de estas páginas han sido tejidas algunas imágenes que sirven de pistas para conocer el mundo de los “niños villistas”. Sin embargo, el camino que falta por recorrer se avizora distante y complejo. Hasta el momento, poco puede afirmarse sobre qué sentían los niños revolucionarios; poco también, sobre su manera de concebir y entender el proceso que vivían. Como se planteó al inicio, este trabajo deja muchas más preguntas que respuestas; su intención no es más que la de contribuir —tomando palabras de Guillermo Bonfil— a “recuperar un punto de vista sobre la Revolución: el de quienes la vivieron desde abajo, ni héroes connotados ni villanos, sólo participantes, a veces indirectos, como tantos millones de mexicanos. Un punto de vista que complemente la historia heroica, modelada en estatuas y escrita con letras de bronce; una visión más particular, que matice las gruesas generalizaciones; un conjunto de testimonios que nos diga de alegrías, sufrimientos y motivaciones que no siempre coinciden con lo que hemos aprendido a pensar sobre la Revolución Mexicana”.¹

¹ Guillermo Bonfil Batalla, “Mi pueblo durante la Revolución: un ejercicio de memoria popular”, en *Mi pueblo durante la Revolución*, vol. I, p. 8.

CRONOLOGÍA



EL MOVIMIENTO VILLISTA Y LA REVOLUCIÓN

1910

- Enero 17 Francisco I. Madero llega a Parral, Chihuahua.
- Enero 21 Se reúnen Abraham González y Francisco I. Madero. El primero indica a Madero que el Club Antirreeleccionista que preside en Chihuahua sostendrá la fórmula Madero-Vázquez Gómez para la Presidencia y vicepresidencia, respectivamente.
- Marzo 21 Madero llega a Torreón, Coahuila.
- Marzo 23 Madero arriba a la ciudad de Zacatecas.
- Marzo 28 Madero visita San Luis Potosí.
- Abril 15 Se celebra la Convención del Partido Antirreeleccionista, quedando como candidato a la Presidencia Francisco I. Madero, y Francisco Vázquez Gómez para la vicepresidencia.
- Abril 16 Entrevista de Porfirio Díaz con Francisco I. Madero, concertada por Teodoro A. Dehesa.
- Abril 20 Madero y Vázquez Gómez presentan su programa de gobierno.
- Junio 7 Madero es aprehendido y encarcelado en Monterrey junto con Roque Estrada.
- Junio 15 Desde la prisión, Madero dirige una carta a Porfirio Díaz, en ella denuncia las arbitrariedades a las que han sido sujetos él mismo y sus partidarios.
- Junio 22 Madero y Roque Estrada son conducidos, desde Monterrey, a la cárcel de San Luis Potosí.
- Julio 10 Se verifican las elecciones secundarias. Las cifras oficiales otorgan el triunfo a Porfirio Díaz por 18 625 votos contra 196 de Madero.

- Julio 22 Madero es puesto en libertad bajo fianza, a condición de que no abandone la ciudad de San Luis Potosí.
- Sep. 12-23 Festejos del Centenario de la Independencia.
- Octubre 6 Vestido de mecánico, Francisco I. Madero se fuga de la ciudad de San Luis Potosí.
- Octubre 7 Madero cruza la frontera por Laredo, Texas, y se dirige a San Antonio.
- Octubre 25 Impresión del Plan de San Luis en San Antonio, Texas, que aparece datado con fecha 5 de octubre para así evitar complicaciones internacionales. El plan es firmado por Francisco I. Madero, Juan Sánchez Azcona, Roque Estrada, Federico González Garza, Bordes Mangel y Ernesto Fernández.
- Noviembre 17 Asalto de maderistas, comandados por Francisco Villa y Tomás Urbina, al rancho de Chavarría, Chihuahua.
- Noviembre 18 Tropas maderistas al mando de Cesáreo Castro atacan un rancho cerca de Cuatro Ciénagas, Coahuila. Ese mismo día, la casa de los hermanos Serdán, en la ciudad de Puebla, es atacada.
- Noviembre 20 Estallan diversos levantamientos en los estados de Chihuahua, Durango, San Luis Potosí y Veracruz.
- Noviembre 23 Francisco Villa y Tomás Urbina se unen oficialmente al movimiento maderista.
- Noviembre 27 Enfrentamiento entre federales y tropas de Villa cerca de Chihuahua. Villa es derrotado y huye a Sierra Azul.
- Diciembre 1 Porfirio Díaz y Ramón Corral protestan como presidente y vicepresidente de la República, respectivamente, para el periodo 1910-1916.
- Diciembre 6 Pascual Orozco, Francisco Villa, Francisco Salido y José de la Luz Blanco, celebran una junta en Ciudad Guerrero, Chihuahua, para organizar sus planes revolucionarios.
- Diciembre 12 Combate entre federales y villistas en San Andrés Chihuahua. A partir de este triunfo, Francisco Villa es nombrado coronel.

1911

- Enero 6 Francisco Villa y Tomás Urbina toman Guadalupe, Chihuahua. Para entonces, la tropa villista ya ascendía a más de 700 hombres.
- Enero 31 Francisco Villa toma la población de Satevo, Chihuahua, donde se aprovisiona de armamentos y caballos. De ahí parte a Mapimí con Martín Triana.
- Febrero 8 Fuerzas maderistas al mando de Villa, Urbina, Ávila y Hernández, capturan Mineral de Naica, Chihuahua, sin encontrar resistencia.
- Marzo 29 Madero establece su cuartel general en la hacienda de Bustillos, Chihuahua. Francisco Villa se reúne ahí con Madero.
- Mayo 8-10 Planeada por Orozco y Villa, Ciudad Juárez es capturada; su ocupación marcó el triunfo de la causa maderista.
- Mayo 13 Francisco Villa y Pascual Orozco intentan aprehender a Francisco I. Madero. Las circunstancias parecen indicar que el enfrentamiento fue propiciado por

- Orozco al querer fusilar a Juan J. Navarro, contra las órdenes de Madero. Después del incidente, Villa es licenciado, y se retira a la vida privada.
- Mayo 21 Firma de los tratados de paz entre el gobierno del general Díaz y los representantes de la revolución maderista en Ciudad Juárez, Chihuahua.
- Mayo 23 Se da a conocer al Congreso el Tratado de Ciudad Juárez, comunicando que en breve se presentarían las renunciaciones del presidente y vicepresidente.
- Mayo 25 Se aprueban las renunciaciones de Porfirio Díaz y Ramón Corral; se nombra a Francisco León de la Barra como presidente interino de la República.
- Mayo 31 Porfirio Díaz y su familia abordan en Veracruz el vapor alemán *Ipiranga*, que los conducirá a Europa.
- Junio 1 Se promulga el decreto que convoca a elecciones extraordinarias de presidente y vicepresidente de la República. Las primarias se efectúan el 1 de octubre; las secundarias, el 15 del mismo mes.
- Junio 7 Francisco I. Madero entra a la ciudad de México.
- Junio 19 Se promulga un decreto que establece que serán declarados bandidos todos los revolucionarios que no hubiesen ocurrido a licenciarse el 1 de julio.
- Noviembre 6 Francisco I. Madero toma posesión de la Presidencia de la República y José María Pino Suárez, de la vicepresidencia.
- Noviembre 16 El general Bernardo Reyes lanza el Plan de la Soledad.
- Noviembre 28 Emiliano Zapata, Otilio E. Montaña, José Trinidad Ruiz, Eufemio Zapata, entre otros, suscriben en Villa de Ayala el Plan de Ayala, en el que se desconoce como jefe de la Revolución a Madero.
- Noviembre 25 Es aprehendido el general Bernardo Reyes en Linares, Nuevo León. El día 28 ingresa a la prisión de Santiago Tlatelolco.

1912

- Febrero 2 Los "vazquistas" proclaman el Plan de Santa Rosa, por el cual prometen cumplir el Plan de San Luis, agregándole nueve artículos. La Junta Vazquista proclama, en Ciudad Juárez, presidente provisional de la República al licenciado Emilio Vázquez Gómez, quien acepta el 17 del mismo mes.
- Marzo 4 El general Pascual Orozco lanza un manifiesto desconociendo a Madero y asumiendo el mando estatal y federal como general en jefe del movimiento. Para combatir la rebelión orozquista se organizó la División del Norte al mando del general José González Salas, en ese entonces ministro de Guerra y Marina. En la batalla de Rellano, las fuerzas federales son derrotadas en el famoso episodio de la "máquina loca"; González Salas se suicida de un balazo en la cabeza. La maltrecha División tuvo que regresar a México para reorganizarse. Fue entonces cuando se otorga el mando de la División del Norte a Victoriano Huerta (tropa que ascendía aproximadamente a 4 000 soldados).
- Marzo 15 Francisco Villa, quien desde que tuvo conocimiento de la rebelión preparada por Orozco, comenzó a organizarse para defender al gobierno de Madero; combate contra el general orozquista José Inés Salazar en La Boquilla, Chihuahua.

- Marzo 24 Francisco Villa y su tropa toman Hidalgo del Parral, Chihuahua. Ahí, Villa recibe un telegrama de Madero con la orden de unirse a la División del Norte. Fue ascendido a general honorario, jefe de su brigada irregular.
- Marzo 25 En Chihuahua, los generales Pascual Orozco, Inés Salazar, Benjamín Argumedo y otros, firman el Pacto de la Empacadora desconociendo el gobierno de Madero.
- Mayo 12 Los federales, al mando de los generales Victoriano Huerta, Joaquín Telley, Fernando Trucy Aubert y Francisco Villa, combaten en Conejos, Durango, contra los orozquistas.
- Mayo 21-23 Nuevos enfrentamientos entre la División del Norte y los orozquistas en los combates de Rellano, Chihuahua.
- Junio 3 Francisco Villa llega a la ciudad de México en calidad de detenido, después de haberse salvado de ser fusilado por órdenes de Victoriano Huerta quien, con el pretexto de una supuesta insubordinación de Villa, lo mandó fusilar y gracias a la intervención de los Madero, pasó de ser fusilado a la prisión de Santiago Tlatelolco.
- Junio 13 Villa es declarado formalmente preso.
- Julio 5 Los federales, al mando de Victoriano Huerta, derrotan a los orozquistas en Bachimba, Chihuahua.
- Julio 7 Los federales entran triunfantes a la ciudad de Chihuahua.
- Septiembre 2 Pascual Orozco llega derrotado a Ojinaga; Huerta hace su entrada triunfal a Ciudad Juárez, Chihuahua.
- Septiembre 4 Orozco huye a Estados Unidos.
- Diciembre 26 Francisco Villa se escapa de la prisión de Santiago Tlatelolco y huye a Estados Unidos.

1913

- Febrero 9 Inicio de la Decena Trágica. Salen simultáneamente los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan y 700 dragones del primer y segundo regimiento de artillería. Se dirigen a la prisión de Tlatelolco, de donde liberan a Bernardo Reyes, y a la penitenciaría, de la cual liberan a Félix Díaz. Al frente de las tropas sublevadas, Bernardo Reyes llega a Palacio Nacional, mas en el primer enfrentamiento muere. Félix Díaz y Manuel Mondragón atacan La Ciudadela.
- Febrero 11 Victoriano Huerta es nombrado comandante militar de la plaza y general en jefe de las fuerzas del gobierno.
- Febrero 18 Inicia un bombardeo sobre Palacio Nacional desde La Ciudadela. El ejército, con el general Huerta a la cabeza, desconoce al gobierno, uniéndose al cuartelazo. Son aprehendidos el presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez por el general Aurelio Blanquet. Es asesinado el hermano del presidente Gustavo Madero.
- Febrero 19 En la Cámara de Diputados se aceptan las renunciaciones de Madero y Pino Suárez. Pedro Lascuráin asume la Presidencia y nombra secretario de Gobernación a Victoriano Huerta. Acto seguido, Lascuráin renuncia por lo que Huerta asume el Poder Ejecutivo y protesta ante la Cámara de Diputados.

- Febrero 22 Son asesinados Madero y Pino Suárez.
- Febrero 26 Venustiano Carranza, después de desconocer al gobierno de Huerta, sale de Saltillo para levantarse en armas.
- Marzo 5 Álvaro Obregón, jefe de la sección de guerra de Sonora, lanza un manifiesto para unirse a la lucha contra Huerta.
- Marzo 6 Abraham González es asesinado.
- Marzo 23 Francisco Villa cruza la frontera por el río Bravo.
- Marzo 25 Venustiano Carranza y sus seguidores llegan a la hacienda de Guadalupe, en Monclova, después de haber sido derrotados en Saltillo.
- Marzo 26 Se firma el Plan de Guadalupe, el cual proclama a Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, y cuya misión será derrocar al gobierno ilegítimo de Huerta.
- Abril 18 En Coahuila se firman los acuerdos de Monclova, conforme a los cuales los sonorenses suscriben el Plan de Guadalupe. Villa, quien se encontraba en las cercanías del poblado de Ascensión, recibirá la visita de los representantes carrancistas para invitarlo a secundar el movimiento iniciado por Carranza.
- Mayo 24 Villa es ascendido a general de brigada del Ejército Constitucionalista.
- Mayo 30 Los revolucionarios sureños reforman el Plan de Ayala desconociendo a Huerta y retirando de la jefatura de su movimiento a Pascual Orozco. Emiliano Zapata es nombrado presidente de la Junta Revolucionaria del centro y sur de la República.
- Junio 12 Venustiano Carranza sale rumbo al estado de Sonora, acompañado por su estado mayor.
- Agosto 26 Villa decide atacar la plaza de Chihuahua, previamente toma San Andrés, ocupado por fuerzas combinadas de federales y orozquistas; este triunfo fue el primer obstáculo eliminado para la toma de Chihuahua. En San Andrés se inició la gloriosa etapa del ejército villista, ya que fue entonces cuando nació la División del Norte, en cuya comandancia estaba el general Francisco Villa, por la unión de las tropas de Fidel Ávila, Maclovio Herrera, Tomás Urbina, Rodolfo Fierro, Calixto Contreras, los hermanos Aguirre Benavides, Yuriar y Juan E. García.
- Septiembre 27 Venustiano Carranza nombra a Álvaro Obregón jefe supremo del Cuerpo de Ejército del Noroeste.
- Septiembre 30 La División del Norte, a las órdenes de Francisco Villa, toma la ciudad de Torreón.
- Octubre 10 El presidente Huerta decreta la disolución de la Cámara de Diputados, y son aprehendidos 84 diputados.
- Octubre 11 La Cámara de Senadores acuerda disolverse.
- Octubre 12 El Ejecutivo expide un decreto en el que éste asume facultades extraordinarias en los ramos de Hacienda, Guerra y Gobernación.
- Octubre 17 Venustiano Carranza expide en Nogales, Sonora, un decreto en el que establece la organización del gobierno constitucionalista.
- Octubre 29 Una delegación zapatista se entrevista con Francisco Villa en Ciudad Juárez.

- Noviembre 2 Villa inicia el ataque a Chihuahua, pero es derrotado.
- Noviembre 15 Sorpresivamente, Villa ataca y captura Ciudad Juárez.
- Nov. 23-25 Francisco Villa derrota a las fuerzas huertistas en la batalla de Tierra Blanca.
- Diciembre 8 Francisco Villa, en compañía de los generales Maclovio Herrera, Toribio Ortega y José Rodríguez, entra pacíficamente a la ciudad de Chihuahua, donde lo esperaban los generales Manuel Chao y Orestes Pereyra. Por acuerdo de estos jefes militares, Francisco Villa es designado gobernador provisional del estado.
- Diciembre 12 Francisco Villa, en su carácter de gobernador, decreta la creación de un banco de emisión estatal, asimismo decreta la confiscación de los bienes de los Terrazas, Creel y Falomir, entre otros.

1914

- Enero 11 Francisco Villa toma Ojinaga. Los federales, al mando de Pascual Orozco y Salvador Mercado, huyen hacia Estados Unidos, ahí son aprehendidos por efectivos militares de aquel país.
- Febrero 26 El Departamento de Estado envió al agente consular George C. Carothers a Ciudad Juárez, Chihuahua, para entablar conversaciones con Villa.
- Marzo 15 Llega Felipe Ángeles a Ciudad Juárez para unirse a Villa. Desde ese día, Ángeles queda a cargo de la artillería de la División del Norte. Para este momento, el movimiento villista era el ejército más numeroso de los que participaban en la Revolución (se calculan sus hombres en más de 50 000), y se distinguía por su eficaz estructura militar.
- Marzo 21 Villa informa al entonces gobernador de Chihuahua, Manuel Chao, la ocupación de las plazas de Bermejillo y Tlahualillo, y el retiro de los federales a Torreón.
- Marzo 29 Venustiano Carranza llega a Ciudad Juárez, Chihuahua.
- Abril 2-3 Villa expulsa a los federales de la ciudad de Torreón y toma la plaza.
- Abril 12 Villa derrota a los federales en San Pedro de las Colonias. Carranza llega a la ciudad de Chihuahua. Venustiano Carranza, después de una corta temporada en Chihuahua, continuó su viaje con destino a Torreón, donde se encontraba la División del Norte.
- Abril 20 El presidente norteamericano Woodrow Wilson decide la ocupación del puerto de Veracruz.
- Abril 21 Comenzó el desembarco de los norteamericanos en Veracruz. El secretario de Relaciones informó de la ruptura entre México y Estados Unidos.
- Mayo 17 Francisco Villa toma Paredón; inicia el ataque a Saltillo y derrota a los federales. Con estas victorias, el norte del país quedó en poder del constitucionalismo, entonces la División del Norte siguió adelante hacia su objetivo lógico: la plaza de Zacatecas. Objetivo que costaría el rompimiento final de Villa con Carranza, quien pidió que los generales Natera y Arrieta tomaran la plaza y que Villa sólo les mandara unas brigadas de apoyo. Villa desobedece a Carranza y se lanza a la toma de Zacatecas con toda su división.

- Mayo 20 Inician las conferencias de paz de Niagara Falls, Canadá, para solucionar el conflicto entre México y Estados Unidos.
- Mayo 21 Saltillo es ocupada por las fuerzas villistas de José Isabel Robles.
- Junio 15 Villa sale con rumbo a Fresnillo dispuesto a tomar Zacatecas.
- Junio 23-24 La División del Norte derrota a las tropas federales y entra a dicha ciudad. Después de esta acción el ejército villista regresó a su centro de operaciones: la ciudad de Torreón, en espera de órdenes para continuar su marcha hacia el sur.
- Julio 15 Victoriano Huerta renuncia a la Presidencia interina de la República y nombra en su lugar al ministro de Relaciones Francisco S. Carbajal. El mismo día, Huerta abandona la capital en compañía de Blanquet y de otros allegados.
- Julio 17 Los zapatistas se acercan a la ciudad de México y toman Milpa Alta.
- Julio 28 Emiliano Zapata y Gerardo Murillo, *Dr. Atl*, en representación de los carrancistas, se entrevistan. Zapata afirma que su condición para pactar era que se reconociera el Plan de Ayala.
- Agosto 13 Firma de los tratados de Teoloyucan. Cuernavaca cae en poder de los zapatistas. El presidente provisional Francisco S. Carbajal deja el gobierno y sale rumbo a Veracruz.
- Agosto 15 El Ejército Constitucionalista hace su entrada triunfal a la ciudad de México, y al frente de éste, Álvaro Obregón.
- Agosto 20 Llega a la ciudad de México Venustiano Carranza.
- Septiembre 16 Obregón llega a Chihuahua para entrevistarse con Villa. En secreto, Obregón manda un telegrama a Plutarco Elías Calles y a Benjamín Hill para que no obedecieran sus órdenes mientras él se encontrara en Chihuahua. Villa, disgustado, amenaza con fusilar a Obregón.
- Septiembre 22 Villa desconoce a Venustiano Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.
- Septiembre 23 En la ciudad de México se crea la Comisión Permanente de Pacificación, con el objetivo de encontrar un arreglo entre las distintas facciones revolucionarias. La comisión convoca a la realización de una convención del Ejército Constitucionalista en Aguascalientes u otro lugar neutral, para definir la organización que tendría el gobierno de la República.
- Octubre 1 Inician las labores de la convención convocada por Carranza en la ciudad de México. A esta junta asistieron 69 delegados, de los cuales, a petición de Obregón, fueron excluidos los civiles con representación de algunos gobernadores y comandantes militares. A dicha junta no asistieron ni los villistas ni los zapatistas.
- Octubre 6 La convención dio por terminada sus sesiones y se trasladan algunos de sus miembros a Aguascalientes.
- Octubre 10 Inicia la Convención de Aguascalientes. A esta junta asistieron 150 militares.
- Octubre 15 La convención integra una comisión presidida por Felipe Ángeles para invitar al Ejército Libertador del Sur a participar en ella.
- Octubre 22 En Cuernavaca se entrevistan los delegados de la convención con Zapata. Acuerdan que los zapatistas enviarán una delegación informal a la Convención de Aguascalientes.

- Octubre 27 Bajo la jefatura de Paulino Martínez se presenta a la convención una comisión zapatista integrada por 23 personas. Ésta pide que sea reconocido el Plan de Ayala. Al día siguiente, con ciertas modificaciones, la convención aprueba la adopción de dicho Plan.
- Octubre 29 Carranza sugiere que él, Villa y Zapata, renuncien a sus cargos y se exilien.
- Octubre 31 La convención acuerda destituir a Venustiano Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo, y a Francisco Villa como jefe de la División del Norte.
- Noviembre 2 Carranza sale de la ciudad de México rumbo a Puebla. Ese mismo día, Villa con el pretexto de proveerse de alimentos se presentó en Aguascalientes con un ejército de 6 000 hombres y cinco trenes cargados de artillería.
- Noviembre 5 La convención mandó un ultimátum a Carranza para que, a más tardar el día 10, a las seis de la tarde, abandone los cargos que le confirió el Plan de Guadalupe y que le habían sido ratificados por la convención de generales en la ciudad de México. Eulalio Gutiérrez protesta ante la Soberana Convención de Aguascalientes como presidente provisional de la República por veinte días.
- Noviembre 6 Carranza sale de Puebla rumbo a Veracruz.
- Noviembre 8 La comisión convencionista integrada por Álvaro Obregón, Antonio I. Villarreal, Eduardo Hay, Eugenio Aguirre Benavides y Gutiérrez Lara se entrevistan con Carranza en Córdoba, Veracruz. Carranza desconoce a la convención y manifiesta que quedará al frente del Poder Ejecutivo. Antes de llegar la respuesta de Carranza a la convención, Eulalio Gutiérrez nombra a José I. Robles ministro de Guerra; Villa les promete apoyar a ambos, y aumenta los contingentes militares que ya tenía acantonados en Aguascalientes. Eulalio Gutiérrez nombró a Villa jefe de operaciones y la convención declara que Carranza era un rebelde.
- Noviembre 10 Villa se dirige a Zapata para manifestarle la necesidad de unirse contra los carrancistas.
- Noviembre 13 La convención acuerda conceder al presidente provisional facultades para continuar en el poder hasta que pudiera elegirse al presidente provisional definitivo.
- Noviembre 14 El presidente norteamericano Wilson ordena la desocupación de Veracruz.
- Noviembre 15 La Convención de Aguascalientes suspende sus labores para continuarlas en la capital de la República el 1 de enero de 1915.
- Noviembre 19 Las tropas villistas se concentran en Irapuato y parten rumbo a la ciudad de México.
- Noviembre 23 Las fuerzas norteamericanas, en posesión del puerto de Veracruz, lo entregan al gobernador del estado Cándido Aguilar. Los zapatistas entran a Xochimilco.
- Noviembre 24 Álvaro Obregón, junto con su fuerza de artillería, salen de la ciudad de México, después de haber presidido una manifestación que celebraba la desocupación de Veracruz.
- Noviembre 25 Se establece la capital de la República en el puerto de Veracruz.
- Noviembre 26 Emiliano Zapata llega a la ciudad de México para abandonarla casi inmediatamente después.
- Noviembre 30 Francisco Villa, con 20 000 hombres y 18 trenes militares, llegó a Tacuba.

- Diciembre 1 Roque González Garza, Juan Banderas y Alfredo Serratos, acompañados de Carothers, fueron a Cuernavaca para tratar de convencer a Zapata de que los villistas deseaban la unificación revolucionaria. Zapata aceptó una entrevista con Villa en Xochimilco.
- Diciembre 3 Villa entró a la ciudad de México e instaló a Eulalio Gutiérrez en Palacio Nacional.
- Diciembre 4 Zapata y Villa se reunieron finalmente en Xochimilco. El resultado de sus conversaciones fueron dos pactos, uno público y otro privado. El primero, relativo a una alianza militar entre la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur. Además, Villa aceptó el Plan de Ayala con excepción de los ataques que contenía contra Madero, y se obligó a proporcionar armas a Zapata. El segundo consistiría en el compromiso de "entregar a cualquier persona que estorbara sus planes"; en realidad, nunca se supo acerca de qué platicaron en privado.
- Diciembre 6 Entra a la ciudad de México el Ejército Convencionista, del que fue nombrado general en jefe Francisco Villa. Ese día Villa y Zapata se reúnen en Palacio Nacional; Villa se sienta en la silla presidencial.
- Diciembre 9 Zapata abandona la ciudad de México para comenzar su campaña militar en Puebla.
- Diciembre 10 Villa sale de la ciudad de México hacia Guadalajara.
- Diciembre 13 Venustiano Carranza nombra a Álvaro Obregón general en jefe del Ejército de Operaciones.
- Diciembre 17 Villa entra triunfalmente a Guadalajara. Por órdenes de Villa, Felipe Ángeles sale rumbo a Torreón a combatir a Maclovio Herrera.
- Diciembre 22 Enterado de una conspiración de Eulalio Gutiérrez y sus partidarios para sublevarse contra Villa y Zapata, aquél regresa a la ciudad de México, corta las comunicaciones ferroviarias y los delata ante la Comisión Permanente de la convención. Esta comisión huye a San Luis Potosí. Villa estuvo a punto de fusilar a Gutiérrez, pero llegaron finalmente a un arreglo.

1915

- Enero 1 Se reanudan las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria en el antiguo recinto de la Cámara de Diputados.
- Enero 4 Puebla, ocupada por las fuerzas del Ejército Libertador del Sur, es recuperada por los constitucionalistas al mando del general Obregón.
- Enero 5 Villa sale de la ciudad de México.
- Enero 6 Venustiano Carranza expide la Ley Agraria, obra de Luis Cabrera, mediante la cual se crea la Comisión Nacional Agraria, las Comisiones Locales Agrarias y los Comités Particulares Ejecutivos, que procederían, según el caso, a efectuar los trámites tendientes a la restitución o dotación de propiedades a los pueblos campesinos.
- Enero 7 Los villistas toman la ciudad de Saltillo, obligando a los constitucionalistas a evacuar la ciudad.
- Enero 15 Monterrey cae en poder de las tropas villistas comandadas por Felipe Ángeles.

- Enero 16 Los gutierristas, encabezados por el mismo Eulalio Gutiérrez, después de apoderarse de los fondos de la Tesorería de la Nación, salen de la ciudad. Roque González Garza, quien fungía como presidente de la asamblea de la convención, asumió el mando del Poder Ejecutivo.
- Enero 22 Obregón sale de Puebla rumbo a la ciudad de México. Mientras tanto, Villa ejercía su poder en el norte, centro y occidente de México, secundado por Maytorena, Juan Cabral, Rafael Buelna y Julián C. Medina. Zapata regresó a Morelos y estableció su centro de operaciones en Tlaltizapán.
- Enero 27 Los convencionistas tienen que evacuar la ciudad de México para refugiarse en Cuernavaca, a causa del avance de Obregón.
- Enero 28 Las tropas constitucionalistas al mando de Obregón ocupan la ciudad de México. En Cuernavaca queda instalado el gobierno convencionista.
- Enero 31 Villa lanza un Manifiesto a la Nación desde su cuartel general en Aguascalientes, en el que a pesar de reiterar su lealtad al gobierno de la convención y de seguir usando su nombre, asumía independientemente la dirección de los asuntos públicos. No llegó a nombrarse presidente de la República ni encargado del Poder Ejecutivo, pero creó una cuarta fracción del gobierno convencionista, la más importante en cuanto a poderío militar y extensión territorial. En el manifiesto, Villa hacía hincapié en que por haberse trasladado el gobierno de la convención a Cuernavaca se habían interrumpido las comunicaciones y señalaba que como la vida nacional no podía estancarse, se veía obligado a asumir él transitoriamente la autoridad gubernamental del país, que se proponía ejercer a través de tres departamentos. Villa se desentendía del gobierno de la convención y asumía facultades extraordinarias en todos los ramos del gobierno.
- Febrero 2 Villa formó su gabinete con los departamentos de Gobernación y Comunicaciones, Hacienda y Fomento, y Relaciones Exteriores y Justicia, encomendándoselos a Luis de la Garza Cárdenas, Francisco Escudero y Miguel Díaz Lombardo, respectivamente. Los tres rindieron la protesta de ley en Aguascalientes e inmediatamente partieron a Chihuahua para ahí organizar sus oficinas y elaborar los decretos que Villa iría promulgando en diversos lugares del país.
- Febrero 12 Villa entra a Guadalajara después de haber derrotado a los generales Diéguez y Murguía.
- Febrero 17 Villa expidió un decreto ordenando que el 22 de febrero fuera día de luto nacional, por ser la fecha del asesinato de Madero; estableció las responsabilidades penales y civiles en que incurrieron los autores y los cómplices de la rebelión de febrero de 1913.
- Febrero 18 Villa derrota en Sayula a las fuerzas de Diéguez y Murguía.
- Marzo 10 Los constitucionalistas evacúan la ciudad de México.
- Marzo 11 Los zapatistas entran a la ciudad de México.
- Marzo 13 La Convención Revolucionaria se instala nuevamente en la ciudad de México.
- Marzo 22 González Garza presenta su gabinete a la convención, a reserva de que Villa lo apruebe. Sin embargo, para estos momentos Villa ya se había establecido en el gobierno de Chihuahua sin tomar en cuenta a la convención.

- Marzo 23 Villa contesta a González Garza que debían trasladarse a sus dominios, ya fuera Torreón o Chihuahua, porque los carrancistas podían atacar la ciudad de México. González Garza se negó a dejar la capital y pidió a Villa que le enviara 2 000 soldados para defender la ciudad de México.
- Abril 7 Álvaro Obregón repele el ataque villista a Celaya.
- Abril 13 Se inicia el combate entre obregonistas y villistas en Celaya. Las fuentes difieren en cuanto al número de hombres con los que contaba Obregón, oscilando entre 15 y 20 000 hombres, en contra de 20 a 30 000 villistas.
- Abril 15 Obregón derrota, finalmente, a los villistas.
- Abril 29 Villa establece su cuartel general en León, Guanajuato. Después de la derrota de Celaya, Villa concentró sus tropas en Aguascalientes y se volvió a reunir con Ángeles el 14 de abril. Las viejas fricciones entre ambos se agudizaron por los planes de campaña cuando Villa dispuso que la línea de posiciones se distribuyera entre León y Silao, contra la opinión de su subalterno de reorganizarse en Torreón o Chihuahua y, en último término, resistir a los carrancistas en Aguascalientes. A estas dificultades se sumaron las discordias entre los oficiales villistas de origen federal y revolucionario, porque después de la batalla de Celaya, sólo los últimos habían sido ascendidos a los grados inmediatamente superiores. Para solucionar este problema y las fricciones con Ángeles, Villa dejó a la mayoría de los ex federales en la ciudad, mandó a Ángeles a combatir hacia el sur de Aguascalientes y él se llevó a sus incondicionales a León.
- Mayo 18 Raúl Madero, gobernador villista del estado de Nuevo León, y Felipe Ángeles evacuan la ciudad de Monterrey.
- Mayo 20 Monterrey es ocupado por los carrancistas.
- Mayo 24 Desde León, Guanajuato, Villa promulga una Ley Agraria.
- Mayo 31 Villa decreta en León, Guanajuato, que los bienes de los cómplices del golpe militar de 1913 fuesen embargados y rematados y que los productos que se obtuvieran del remate se distribuyeran en tres partes: una para el erario federal, otra para el Estado y la tercera para auxiliar a las viudas, huérfanos e inválidos de la Revolución. Ese mismo día, Carranza ordena el inicio formal de la campaña militar contra los zapatistas, formando para ello el Ejército de Operaciones al mando del general Pablo González.
- Junio 1 Villa ataca Silao; después de un día de batalla, Felipe Ángeles anuncia que la plaza se encontraba en poder de los villistas.
- Junio 3 Batalla entre obregonistas y villistas en Santa Ana, en la refriega, Obregón perdería el brazo derecho, y Benjamín G. Hill asumió el mando.
- Junio 5 Benjamín Hill ataca León. El Ejército de Operaciones causó alrededor de 5 000 bajas a los villistas, y el resto de ellos huyó abandonando trenes y armamentos. A partir de esta derrota, la División del Norte quedó deshecha, a pesar de que el villismo estaba muy lejos de haber sido aniquilado.
- Junio 9 La Convención Revolucionaria decide sustituir en la Presidencia a González Garza por Francisco Lagos Cházaro.
- Junio 20 Felipe Ángeles se separa de Villa y huye hacia Estados Unidos.

- Julio 8 La convención decide huir a Toluca ante el avance de los constitucionalistas a la ciudad de México.
- Julio 11 Los carrancistas ocupan la ciudad de México. Sin embargo, la tuvieron que evacuar en varias ocasiones, ya fuera por el temor que les causó una columna villista mandada por Rodolfo Fierro y Canuto Reyes, que burló el Ejército de Operaciones de Obregón o porque los contingentes zapatistas hicieron diversas entradas.
- Agosto 2 Pablo González ocupó en definitiva la ciudad de México.
- Septiembre 17 Villa, continuamente atacado por los constitucionalistas, evacua Torreón y traslada su cuartel general a Chihuahua.
- Septiembre 19 Rodolfo Fierro asesina a Tomás Urbina.
- Septiembre 29 Torreón es ocupada por los constitucionalistas.
- Octubre 10 Como las fuerzas carrancistas de Alfredo Elizondo iniciaron sus ataques a las zonas próximas a Toluca, los convencionistas decidieron evacuarla y disolver la convención. Los zapatistas regresaron a Cuernavaca y los villistas se dirigieron al norte, acosados continuamente por los carrancistas.
- Octubre 11 Carranza sale de Veracruz rumbo a Tampico, iniciando su anunciado recorrido por los estados del norte y centro del país. Para el 31 de octubre ya había recorrido Ciudad Victoria, Monterrey, Lerdo, Gómez Palacio, Torreón, Saltillo, Monclova y Piedras Negras.
- Diciembre 1-3 Villa ataca sin éxito la población de Agua Prieta. Los villistas se habían concentrado en Galeana y Casas Grandes, Chihuahua, a mediados de octubre con el propósito de penetrar en Sonora por el puerto de Carretas y el cañón de El Púlpito, para apoderarse de Agua Prieta. El siguiente objetivo del *Centauro del Norte* era atacar Hermosillo. Previamente, aseguró la retaguardia y los refuerzos trasladándose a la supuestamente neutral población de Naco, a Cananea y a Nogales. En la primera plaza dejó unos 7 000 hombres al mando de José Rodríguez, y en la segunda ordenó a Manuel Medinaveytia que se dirigiera a Tecoripa.
- Noviembre 18 Villa atacó Hermosillo con unos 10 000 hombres y 30 cañones. Los carrancistas de Manuel M. Diéguez se defendieron e hicieron huir a las villistas. Después de estas derrotas, el ejército villista se redujo a unos 3 000 hombres (según datos de Obregón). Con esto los carrancistas se adueñaron de todo el estado de Sonora y los contingentes al mando de Villa huyeron a Chihuahua. En la última semana de diciembre, Villa se ocultó en la sierra en compañía de sus seguidores más fieles.
- Diciembre 23 Los villistas son obligados a evacuar Ciudad Juárez y ésta es tomada por los constitucionalistas.
- Diciembre 31 Para este fin de año, el gobierno constitucionalista ya era reconocido por Estados Unidos, Argentina, Brasil, Honduras, Chile, Costa Rica, Cuba, El Salvador, Inglaterra, Austria, Alemania y Japón. En cambio, los villistas, derrotados, se habían internado en la sierra para continuar su guerra en forma de guerrillas.

1916

- Enero 1 Venustiano Carranza llega a Querétaro. Acuerda que en esa ciudad quedará instalada la residencia del Poder Ejecutivo y la capital de la República.
- Enero 8 Carranza informa que en Querétaro se reunirá el Congreso Constituyente.
- Enero 10 En Chihuahua un grupo de villistas ataca el Ferrocarril Central; 17 norteamericanos y 19 mexicanos resultaron muertos en el asalto.
- Enero 14 Con el pretexto del incidente del tren, Francisco Villa es declarado fuera de la ley. Cualquier ciudadano puede aprehenderlo y ejecutarlo sin formación de causa.
- Marzo 3 Villa, acompañado por Candelario Cervantes, Francisco Beltrán, Pablo y Martín López y 300 hombres más, partieron de Las Cruces, Chihuahua.
- Marzo 6 Villa y sus hombres llegaron al rancho de Ojitos y, después de acampar en Boca Grande, el día 8, salieron rumbo a Columbus, Nuevo México.
- Marzo 9 Villa y su tropa atacan la población de Columbus, Nuevo México. El ataque empezó a las cuatro de la mañana y duró solamente una hora. El ataque provocó un conflicto internacional. El mismo día, el general Pershing pidió la autorización para cruzar la frontera en expedición punitiva y capturar a Villa.
- Marzo 15 Con cerca de 5 000 hombres de caballería, infantería y artillería, Pershing penetró en territorio mexicano, contra el rechazo expreso del gobierno constitucional de Carranza.
- Marzo 23 Fuerzas del Cuerpo del Ejército del Noreste derrotan a Villa en Santa Gertrudis, Chihuahua.
- Marzo 27 Villa derrota a las tropas constitucionalistas en Ciudad Guerrero. En su huida, los constitucionalistas lo hieren en una pierna.
- Marzo 29 Villa, con una escolta de aproximadamente 150 hombres, llega a El Porvenir, Chihuahua.
- Marzo 31 Villa, herido, es trasladado a la Sierra del Oso en Chihuahua y durante casi tres meses muchos lo creyeron muerto.
- Abril 14 Carranza llegó a la ciudad de México y le devolvió a ésta su carácter de capital de la República.
- Abril 18 Venustiano Carranza fija su residencia en el castillo de Chapultepec.
- Abril 19 Las fuerzas constitucionalistas de Pablo González rodean la ciudad de Cuernavaca, Morelos, persiguiendo a los zapatistas.
- Mayo 5-7 Villa ataca las poblaciones norteamericanas de Glenn Springs y Boquillas, Texas, asimismo, ataca Boquillas, Coahuila. Sin autorización del gobierno mexicano vuelven a cruzar la frontera fuerzas norteamericanas.
- Junio 18 Fuerzas norteamericanas pretenden apoderarse de la estación de El Carrizal, Chihuahua, y son rechazadas por tropas constitucionalistas. Después de este incidente, parecía evidente el estallamiento de una guerra entre México y Estados Unidos. Sin embargo, ni Carranza ni Wilson querían la guerra. El gobierno de México solicitó la intervención de los países latinoamericanos para mediar en el conflicto. Carranza propuso que se llevaran a cabo unas conferencias para obtener el respeto de la soberanía de México, que se retirara la expedición punitiva y que se discutiera un plan para proteger la frontera.

- Julio 4 Carranza se dirigió al gobierno de Estados Unidos para consultarlo si quería arreglar el retiro de la expedición punitiva por negociaciones directas entre ambos gobiernos o si quería la mediación latinoamericana. El secretario de Estado optó por las negociaciones directas y Wilson lo aprobó. El gobierno mexicano propuso la creación de una Comisión Conjunta Mexicana-Norteamericana y formuló el anteproyecto de las conferencias.
- Agosto 3 Fueron designados como representantes del gobierno para la Comisión Conjunta Mexicana-Norteamericana Luis Cabrera, Ignacio Bonillas y Alberto J. Pani, quienes discutirían la solución del conflicto entre los dos países.
- Agosto 27 Salen de la ciudad de México los comisionados a la Conferencia Conjunta Mexicana-Norteamericana.
- Septiembre 6 En New London, Estados Unidos, dan inicio las Conferencias de la Comisión Conjunta Mexicana-Norteamericana.
- Septiembre 15 Francisco Villa logra dominar, sólo por este día, la ciudad de Chihuahua, tras derrotar con 300 hombres al general Treviño.
- Septiembre 19 Carranza expide la convocatoria para la elección de diputados al Congreso Constituyente, que debía reunirse en la ciudad de Querétaro e instalarse el primero de diciembre de 1916. Ese mismo día, Villa toma San Andrés, Chihuahua.
- Octubre 22 Se realizan elecciones directas para integrar el Congreso Constituyente.
- Octubre 28 Venustiano Carranza acepta la postulación del Partido Liberal Constitucionalista para ser candidato a la Presidencia.
- Noviembre 11 Pablo González dicta una orden para que se pase por las armas a todo individuo que directa o indirectamente preste servicio a los zapatistas.
- Noviembre 17 Carranza sale de la ciudad de México rumbo a Querétaro, donde se establecerá la capital de la República en tanto se realiza el Congreso Constituyente.
- Noviembre 23 Villa vuelve a tomar la ciudad de Chihuahua y permanece en ella diez días.
- Diciembre 1 Se inaugura el Congreso Constituyente en el Teatro Iturbide.
- Diciembre 12 Villa ataca Ciudad Camargo, Chihuahua.
- Diciembre 23 Villa ataca Torreón y toma la plaza.

1917

- Enero 5 Los villistas son derrotados por el general Murguía en Jiménez, Chihuahua.
- Enero 8 El general Murguía recupera la población de Hidalgo del Parral; Villa se ve obligado a huir a la sierra.
- Enero 16 Después de muchas negociaciones se anunció oficialmente el retiro de la expedición punitiva norteamericana, el día 30 empezó la evacuación y terminó totalmente el 5 de febrero.
- Enero 31 El Congreso Constituyente clausura sus sesiones en la ciudad de Querétaro y se firma la nueva Constitución Política de la República.
- Febrero 5 Venustiano Carranza promulga por bando solemne la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, que reforma la del 5 de febrero de 1857.

- Marzo 11 Se efectúan elecciones para presidente de la República, diputados y senadores. Es electo presidente de la República Venustiano Carranza, quien decreta a la ciudad de México capital de la República.
- Marzo 12 Villa tiende una emboscada en Alto de la Cantero (en la frontera de Durango y Chihuahua) a las tropas del general Murguía.
- Marzo 30 Villa ataca nuevamente Chihuahua, pero es derrotado.
- Abril 18 Nuevos enfrentamientos entre villistas y las tropas de Murguía en San Miguel Bavícora y en El Carmen, Chihuahua.
- Abril 29 Se expide el decreto por el cual se designa presidente de la República, en el periodo del 1 de diciembre de 1916 al 30 de noviembre de 1920, a Venustiano Carranza.
- Mayo 1 Álvaro Obregón renuncia a la Secretaría de Guerra y Marina, anunciando su retiro a la vida privada.
- Mayo 18 Es fusilado en Tlaltizapán, Morelos, el profesor y general zapatista Otilio E. Montaña.
- Junio 18 Es asesinado Eufemio Zapata.
- Julio 8 Villa ataca la ciudad de Parral.
- Noviembre 20 Villa toma Ojinaga y los generales Pedro Fabela y Carlos Murguía la recuperan hasta el 13 de diciembre.

1918

- Febrero 25 Villa derrota a los generales Pedro Fabela y Bernabé González en Canutillo, Durango.
- Febrero 26 Villa ataca El Oro, Durango.
- Agosto 12 Villa vuela un tren entre Horcasitas y Bachimba, Chihuahua.
- Septiembre 23 Villa, después de derrotar a los generales Joaquín Amaro y Pedro Fabela, en los bajos de Salaíces, entra a Jiménez, Chihuahua.
- Noviembre 23 Villa toma Villa Ahumada, Chihuahua.
- Diciembre 11 Felipe Ángeles viaja desde Estados Unidos para entrevistarse y unirse nuevamente a Villa.
- Diciembre 18 Aparece firmado en la hacienda de Rubio, Chihuahua, un manifiesto de Francisco Villa en contra del presidente Carranza.

1919

- Febrero 27 Francisco Villa toma Moctezuma, entre Chihuahua y Ciudad Juárez.
- Abril 10 Es asesinado en Chinameca, Morelos, Emiliano Zapata.
- Abril 18-20 Francisco Villa y Felipe Ángeles atacan Parral, Chihuahua.
- Mayo 19 Es nombrado el general Plutarco Elías Calles secretario de Industria y Comercio y entrega el gobierno de Sonora a Adolfo de la Huerta.

- Junio 1 Álvaro Obregón anuncia su candidatura a la **Presidencia de la República**. Para entonces corría el rumor de que el candidato "oficial" impulsado por el presidente Carranza sería Ignacio Bonillas.
- Junio 14-15 Villa ataca Ciudad Juárez y ocupa momentáneamente la plaza.
- Junio 21 El general villista Martín López es desalojado de Villa Ahumada, Chihuahua, por el general Pablo Quiroga.
- Agosto 2 Combaten en Santa Cruz de Herrera, Chihuahua, los carrancistas del general Carlos Osuna contra los villistas de Martín López.
- Agosto 6 Álvaro Obregón celebra un pacto secreto con los directivos de la CROM, entre quienes se encontraban Luis N. Morones, Celestino Gasca, Samuel O. Yudico y otros. El compromiso recíproco entre el candidato y los cromistas era que, a cambio de apoyo el gobierno resultante de los trabajos electorales crearía un Ministerio de Trabajo y que dicha cartera estaría ocupada por un cromista.
- Agosto 25 Inicia el Primer Congreso Nacional del Partido Socialista Mexicano, por el cual quedó fundado el Partido Comunista Mexicano.
- Octubre 27 Álvaro Obregón inicia su campaña electoral para presidente de la República en Sonora.
- Noviembre 8 El general Pablo González solicita licencia al ejército.
- Noviembre 23 Álvaro Obregón llega a la ciudad de México.
- Noviembre 26 Felipe Ángeles es fusilado en Chihuahua.
- Diciembre 11 Francisco Villa entra a Múzquiz, Coahuila.
- Diciembre 16 El general Gildardo Magaña llega a México para arreglar su rendición y la de los zapatistas que continuaban alzados. Obtuvo la amnistía al día siguiente.

1920

- Febrero 1 Plutarco Elías Calles renuncia a la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo.
- Febrero 3 Francisco Villa entra a Lerdo y a Gómez Palacio.
- Febrero 9 Queda organizado el Centro Director Obregonista.
- Marzo 19 En Saltillo, Coahuila, Ignacio Bonillas acepta formalmente su candidatura a la Presidencia de la República.
- Marzo 21 Ignacio Bonillas llega a la ciudad de México. Como candidato oficial había iniciado su campaña en Coahuila, realizando una gira electoral de norte a sur, pocos días antes.
- Abril 12 Álvaro Obregón huye de la ciudad de México rumbo a Iguala, de ahí parte a Chilpancingo, donde es recibido por el gobernador Francisco Figueroa el día 17.
- Abril 15-16 Pascual Ortiz Rubio y Enrique Estrada, gobernadores de Michoacán y Zacatecas, se levantan en armas contra el gobierno de Carranza.
- Abril 20 Álvaro Obregón expide en Chilpancingo, Guerrero, un manifiesto en el que responsabiliza a Carranza de impedir su campaña política y se pone a las órdenes de Adolfo de la Huerta, gobernador de Sonora, para luchar contra el presidente.

- Abril 23 Se firma el Plan de Agua Prieta por Luis L. León, Gilberto Valenzuela, Ángel Flores, Francisco R. Manzo, Lino Morales, Francisco Serrano, Juan y Roberto Cruz, Carlos Plank, Alejandro Mange, Abelardo L. Rodríguez, Fausto Topete, entre otros, en Agua Prieta, Sonora, en contra del presidente Carranza.
- Abril 30 El general Pablo González lanza un manifiesto en contra del presidente Carranza, quien es apoyado por varios militares.
- Mayo 6 Carranza cambia la residencia oficial a Veracruz debido a la sublevación de Agua Prieta.
- Mayo 7 Entran a la ciudad de México las fuerzas de Pablo González.
- Mayo 9 Entra a la ciudad de México Álvaro Obregón.
- Mayo 12 Los generales Pablo González y Álvaro Obregón acuerdan que Adolfo de la Huerta, jefe supremo interino del Ejército Liberal Constitucionalista, nombre un presidente provisional con base en el Plan de Agua Prieta.
- Mayo 15 Pablo González renuncia a su candidatura para presidente.
- Mayo 21 Venustiano Carranza es asesinado en Tlaxcalantongo, Puebla.
- Mayo 24 El Congreso de la Unión designa como presidente interino a Adolfo de la Huerta, quien gobernaría hasta el 30 de noviembre de 1920, tras cumplir la misión de reorganizar el gobierno, restablecer la paz y convocar a elecciones generales para renovar los poderes Ejecutivo y Legislativo.
- Junio 1 Adolfo de la Huerta es nombrado presidente provisional.
- Julio 10 El presidente Adolfo de la Huerta escribe a Villa señalándole las condiciones de su pacificación.
- Junio 13 Queda constituido el Partido Nacional Agrarista bajo la presidencia de Antonio Díaz Soto y Gama.
- Julio 28 En Sabinas, Coahuila, el general Francisco Villa firma un pacto de rendición con el gobierno, quien le otorga garantías y le concede la hacienda de Canutillo y el derecho de mantener a su guardia personal integrada por *Dorados*. Los últimos 759 villistas deponen las armas. En Canutillo, Villa se dedicaría a la vida privada, hasta que el 20 de julio de 1923, en la ciudad de Parral, Chihuahua, fue asesinado.
- Septiembre 5 Se efectúan las elecciones federales. Contienen por la Presidencia de la República el general Álvaro Obregón y el ingeniero Alfredo Robles Domínguez. Álvaro Obregón es electo presidente para el periodo 1920-1924.
- Diciembre 1 Álvaro Obregón toma posesión de la Presidencia de la República.

FUENTES



BIBLIOGRAFÍA

- ACEVES, Gutierre, "Imágenes de la inocencia eterna", en *Artes de México*, núm. 15, primavera de 1992.
- ALTAMIRANO Cozzi, Graziella y Guadalupe Villa (comps.), *Chihuahua. Textos de su historia (1824-1921)*, 2 vols., México, Gobierno del estado de Chihuahua / Instituto Mora / Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1988.
- , *Los años de la Revolución en Durango, 1910-1920* (manuscrito).
- ALVEAR Acevedo, Carlos, *La educación y la ley. La legislación en materia educativa en el México independiente*, México, Jus, 1978.
- ARIÈS, Philippe, *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Madrid, Taurus, 1987.
- , y Georges Duby (comps.), *Historia de la vida privada*, vol. IV, Madrid, Taurus, 1990.
- AZUELA, Mariano, "Los de abajo", en *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. I, México, Aguilar, 1981.
- BAZART, Mílada, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, México, El Colegio de México, 1993.
- BRENNER, Anita, *Ídolos tras los altares*, México, Domés, 1983.
- , *La Revolución en blanco y negro. La historia de la Revolución Mexicana entre 1910 y 1942*, México, FCE, 1985.

- BRONDO Whitt, E., *La División del Norte (1914) por un testigo presencial*, México, Lumen, 1940.
- BONFIL Batalla, Guillermo (comp.), *Mi pueblo durante la Revolución*, México, Museo Nacional de Culturas Populares / Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985. (Serie Testimonios)
- CAMPOBELLO, Nellie, "Cartucho", en *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. I, México, Aguilar, 1981.
- CEJA Reyes, Víctor, *Yo maté a Villa*, México, La Prensa, 1960.
- , *Francisco Villa, el hombre*, México, La Prensa, 1979.
- CERVANTES, Federico, *Francisco Villa y la Revolución*, edición facsimilar, México, INEHRM, 1985.
- COATSWORTH, John H., *El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato*, México, Era, 1984.
- CORRAL de Villa, Luz, *Pancho Villa en la intimidad*, México, La Prensa, 1977.
- ESTOL, Horacio, *Realidad y leyenda de Pancho Villa*, Buenos Aires, Librería Hachette, 1944.
- FIGUEROA Torres, Carolina, *Señores vengo a contarles... La Revolución Mexicana a través de sus corridos*, México, INEHRM, 1995.
- FLORES, Manuel, *Tratado elemental de pedagogía*, edición facsimilar, México, UNAM, 1986.
- GONZALBO, Pilar (comp.), *Historia de la familia*, México, Universidad Autónoma Metropolitana / Instituto Mora, 1993.
- GONZÁLEZ Flores, Enrique, *Las constituciones de Chihuahua*, Chihuahua, Gobierno del estado de Chihuahua, 1960.
- GONZÁLEZ Navarro, Moisés, *El Porfiriato. Vida social*, México, Hermes, 1957.
- , *La pobreza en México*, México, El Colegio de México, 1985.
- GUERRA, Eduardo, *Historia de Torreón, su origen y sus fundadores*, México, Casan, 1957.
- GUERRA, François-Xavier, *México: del antiguo régimen a la Revolución*, 2 vols., México, FCE, 1993.
- KATZ, Friedrich (comp.), *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, México, SEP, 1976. (Sepsetentas)
- , "Pancho Villa y la Revolución Mexicana", en *Revista mexicana de sociología*, abril-junio de 1989.

- , (comp.), *Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, 2 vols., México, Era, 1988.
- KNIGHT, Alan, *La Revolución Mexicana, del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*, México, Grijalbo, 1996.
- LAU, Ana y Carmen Ramos, *Mujeres y Revolución. 1900-1917*, México, INEHRM / INAH, 1993.
- LÓPEZ y Fuentes, Gregorio, "Campamento", en *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. II, México, Aguilar, 1981.
- Memoria presentada al Congreso del Estado por el gobierno del mismo sobre los actos de la administración pública, durante el periodo del 16 de septiembre de 1904 al 16 de septiembre de 1906*, Durango, Imprenta del gobierno, 1906.
- MEYER, Eugenia, "El México bárbaro en el norte", en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, nueva época, vol. I, núm. 3, enero-abril de 1955.
- MEYER, Eugenia, et. al. *El Museo Histórico de la Revolución, Estado de Chihuahua*, México, Secretaría de la Defensa Nacional-Secretaría de Educación Pública-INAH, 1982.
- , et al., "La vida con Villa en la hacienda de Canutillo", en *Secuencia. Revista americana de ciencias sociales*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, núm. 5, mayo-agosto de 1985.
- MUÑOZ, Rafael F., "Se llevaron el cañón para Bachimba", en *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. II, México, Aguilar, 1981.
- , "¡Vámonos con Pancho Villa!", en *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. II, México, Aguilar, 1981.
- , *Relatos de la Revolución. Cuentos completos*, México, Grijalbo, 1985. (Enlace clásicos)
- PARCERO, María de la Luz, *Condiciones de la mujer en México durante el siglo XIX*, México, INAH, 1922. (Colección Científica)
- PEZA, Juan de Dios, *Cantos del hogar*, México, Herrero Hermanos Sucesores, 1910, p. 22.
- PERROT, Michel, "Figuras y funciones", en Philippe Ariès y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, vol. IV, p. 154.
- POLLOCK, Linda A., *Los niños olvidados: relaciones entre padres e hijos de 1500 a 1900*, México, FCE, 1993.
- PUNTE, Ramón, *Villa en pie*, México, México Nuevo, 1937.

- RADKAU, Verena, *“Por la debilidad de nuestro ser”, mujeres del pueblo en la paz porfiriana*, México, CIESAS, 1989.
- REED, John, *México Insurgente*, Barcelona, Ariel, 1974.
- , *Villa y la Revolución Mexicana*, México, Nueva Imagen, 1985.
- REYES, Aurelio de los, *Con Villa en México. Testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución*, México, UNAM / INEHRM, 1985.
- RIVERA Cambas, Manuel, *México pintoresco, artístico y monumental*, México, Imprenta de la Reforma, 1880.
- ROSENZWEIG, Fernando, “La industria”, en Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato, vida económica*, vol. I, México, Hermes, 1974.
- SALAS, Elizabeth, *Soldaderas en los ejércitos mexicanos, mitos e historia*, México, Diana, 1995.
- Secretaría de Salud, *La atención materno-infantil. Apuntes para su historia*, México, Secretaría de Salud, 1993.
- TERRAZAS, Silvestre, *El verdadero Pancho Villa*, México, Era, 1988. (Colección Problemas de México)
- TORRES Sánchez, Rafael, *Revolución y vida cotidiana: Guadalajara, 1914-1934*, tesis de doctorado en historia, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1995.
- TORRES, Elías, *La cabeza de Villa y veinte episodios más*, México, Tatos, 1938.
- URQUIZO, Francisco L., “Tropa vieja”, en *La novela de la Revolución Mexicana*, vol. II, México, Aguilar, 1981.
- VANDERWOOD, Paul J., y Frank N. Samponaro, *Los rostros de la batalla. Furia en la frontera México-Estados Unidos. 1910-1917*, México, Grijalbo / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.
- VARGAS Arreola, Juan Bautista, *A sangre y fuego con Pancho Villa*, México, FCE, 1995.
- VÁZQUEZ de Knauth, Josefina, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1970.
- VELASCO Ceballos, Rómulo, *Beneficencia pública en el DF. El niño mexicano ante la caridad y el Estado*, México, Cultura, 1935.
- WASSERMAN, Mark, “La ruptura. Los orígenes sociales de la Revolución de 1910 en Chihuahua”, en *Latin American Research Review*, vol. XV, núm. 1, 1980.
- WOLF, Eric R., *Los campesinos*, Barcelona, Labor, 1971.
- ZARCO, Francisco, *Crónica del Congreso Constituyente. 1856-1857*, México, El Colegio de México, 1975.

HEMEROGRAFÍA

Anuario estadístico del estado de Chihuahua (1909).

Álbum de damas (1907-1908).

El amigo de la juventud (1903-1904).

El bien social (1910).

El camarada, semanario infantil ilustrado (1889-1890).

El correo de Chihuahua (1909-1912).

El cosmopolita (1905).

El diario del hogar (1900, 1905, 1910).

El diario ilustrado (1906).

El educador moderno (1910).

El Estado de Chihuahua. Periódico oficial (1881).

El Heraldo del hogar (1906-1910).

El hogar (1891).

El hogar católico (1904-1905).

El hogar mexicano (1910).

El niño mexicano (1895-1896).

- El periódico de las señoras* (1896).
El siglo XX (1905).
El tiempo (1895).
El tiempo ilustrado (1901/1905/1910).
La Clase Media (1907-1910).
La educación contemporánea (1905-1906).
La enseñanza primaria (1901-1902).
La escuela mexicana (1904).
La escuela moderna (1900-1907).
La familia (1890-1892).
La ilustración semanal (1913-1915).
La juventud (1905-1906).
La mujer mexicana (1904-1908).
La ofrenda escolar (1908).
La semana ilustrada (1909-1910).
La voz de la niñez (1900-1904).
Revista de revistas (1910-1914).
Revista escolar chihuahuense (1906-1907).

ENTREVISTAS

Entrevista con el teniente coronel Arturo López Flores, realizada por Jaime Alexis Arroyo, 31 de enero de 1961, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/3.

Entrevista con Cecilio Robles Carbajal, realizada por Alicia Olivera de Bonfil y Eugenia Meyer, 22 de agosto de 1972, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/7.

Entrevista con Francisco Gil Piñón, realizada por Alicia Bonfil y Eugenia Meyer, 3 de agosto de 1972, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/9.

Entrevista con el señor Regino Hernández Llergo, realizada por Jaime Alexis Arroyo, noviembre de 1960, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/10.

Entrevista con el teniente coronel Eduardo Ángeles Meraz, realizada por América Teresa Briseño y Alicia Olivera de Bonfil, 8 y 11 de diciembre de 1972, ciudad de México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/31.

Entrevista con el teniente coronel Victoriano de Anda, realizada por Laura Espejel, [s.f.], México, DF, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/46.

Entrevista con el capitán primero Jesús Herrera Calderón, realizada por María Isabel Souza, 17 de mayo de 1973, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/53.

Entrevista al capitán primero Francisco Macías, realizada por María Isabel Souza, 22 y 29 de enero de 1974, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/54.

Entrevista con el señor Apolonio Gómez, realizada por América Teresa Briseño y María Isabel Souza, 29 de junio, 3 y 6 de julio de 1973, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/58.

Entrevista con el señor José Reyes, realizada por María Isabel Souza, 1 de julio de 1974, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/58.

Entrevista con el profesor Rodolfo Rodríguez Escalera, realizada por Ximena Sepúlveda, 4 de julio de 1974, Torreón, Coahuila, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/61.

Entrevista con el profesor Salvador Varela Reséndiz, realizada por María Isabel Souza y María Alba Pastor, 2 y 3 de octubre de 1974, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/62.

Entrevista con el doctor Francisco Ruiz Moreno, realizada por María Isabel Souza, 17 de julio de 1973, Ciudad Juárez, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/66.

Entrevista con el coronel Emilio A. Bencomo Casavantes, realizada por María Isabel Souza, 21 de julio de 1973, Parral, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/71.

Entrevista con el sargento Juan Rocha Ortiz, realizada por María Alba Pastor, 21 de julio de 1973, Parral, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/72.

Entrevista con el General Práxedes Giner Durán, realizada por María Isabel Souza, 21 de julio de 1973, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/75.

Entrevista con el mayor Francisco Muro Ledezma, realizada por María Isabel Souza, 17 de agosto de 1973, oficinas de la Confederación de Veteranos Revolucionarios de la División del Norte, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/97.

Entrevista con el señor Silvestre Cadena Jaramillo, realizada por María Alba Pastor, 21 de agosto y 14 de septiembre de 1973, Cuajimalpa, DF, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/98.

Entrevista con el señor Luis García Monzalve, realizada por María Alba Pastor, 6 de septiembre de 1973, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/101.

Entrevista realizada con el señor Roberto Merino Rivera, por María Isabel Souza, 30 de octubre de 1973, Bachiniva, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/112.

Entrevista con el profesor Jesús Coello Avendaño, realizada por María Alba Pastor, 27 de octubre de 1973, Chihuahua, Chihuahua, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/117.

Entrevista con el señor Julián Escobedo Girón, realizada por María Isabel Souza, 5 de noviembre de 1973, Torreón, Coahuila, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/115.

Entrevista con el señor José González, realizada por Xiména Sepúlveda, 3 de julio de 1974, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/159.

Entrevista con el señor Cosme Mendoza Chavira, realizada por María Isabel Souza, 3 de julio de 1974, Lerdo, Durango, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/160.

Entrevista con el profesor Rodolfo Rodríguez Escalera, realizada por Xiména Sepúlveda, 4 de julio de 1974, Torreón, Coahuila, México, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO/1/161.

Los Niños Villistas

UNA MIRADA A LA HISTORIA DE LA INFANCIA EN MÉXICO, 1900-1920



se terminó de imprimir en Lithoimpresora Portales, S.A. de C.V.,
Canarias 103, Col. Portales, CP 03300, México, DF,
en el mes de noviembre de 1996. La edición, en papel couché de 150 g,
al cuidado de Javier Díaz Perucho, Dirección de Difusión, INEHRM,
consta de 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.



Secretaría de Gobernación
Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana